

# **Ciudad de Cristal**

**Paul Auster**

# BIOGRAFÍA DE PAUL AUSTER



## **FECHA Y LUGAR DE NACIMIENTO:**

Nació el 3 de febrero de 1947 en Newark, N.J., USA

## **VIDA Y OBRAS:**

Novelista norteamericano, ensayista, traductor y poeta cuyas misteriosas novelas tienen que ver a menudo con la búsqueda de la identidad personal y el conocimiento de uno mismo.

Después de graduarse en la Universidad de Columbia (M.A., 1970), Auster se trasladó a Francia, donde comenzó a traducir los trabajos de escritores franceses y a publicar sus propias obras en revistas americanas. Obtuvo renombre por una serie de historias experimentales sobre detectives publicadas colectivamente como La Trilogía de Nueva York (1987). Comprende Ciudad de Cristal (1985), sobre un autor de novela negra que se ve envuelto en una situación misteriosa que le lleva a asumir diversas identidades; Fantasmas (1986), sobre un detective llamado "Azul" que debe investigar a un hombre llamado "Negro" por cuenta de un cliente llamado "Blanco"; y La Habitación Cerrada (1986), la historia de un escritor que, mientras se encuentra investigando la vida de un escritor desaparecido para una biografía, se da cuenta que va asumiendo paulatinamente la identidad de esa persona.

Otros libros en los que los protagonistas aparecen obsesionados con los acontecimientos diarios de la vida de otras personas son las novelas El Palacio de la Luna

(1989) y Leviatan (1992). La Invención de la Soledad (1982) es a la vez un recuerdo sobre la muerte de su padre y una meditación sobre el acto de escribir. Otros trabajos de Auster incluyen los volúmenes de poesía Uneath (1974) y Wall Writing (1976), las colecciones de ensayos White Spaces (1980) y El Arte del Hambre (1982), y las novelas La Música del Azar (1990), Mr. Vertigo (1994) y Tombuctú (1999). Ha escrito también los guiones de películas aclamadas por la crítica como Smoke and Blue in the Face (1995) y Lulu on the Bridge (1998).

En la colección de relatos Creía que mi padre era Dios (2002), Paul Auster realizó una propuesta inusual: invitó a los oyentes a participar en un programa de radio contando una historia verdadera. La respuesta fue abrumadora: más de cuatro mil relatos de los que Paul Auster seleccionó y editó ciento ochenta, y que componen un volumen extraordinario. Son historias relatadas por gente de todas las edades, orígenes y trayectorias vitales. La mayoría de las historias son breves, intensos fragmentos narrativos que combinan sucesos ordinarios y extraordinarios, y la mayor parte de ellas describen un incidente concreto en la vida del narrador. Unas son divertidas, como la historia de cómo el amado perro de un miembro del Ku Klux Klan apareció corriendo por la calle durante el desfile anual del Klan y le arrebató la capucha a su amo mientras la ciudad entera estaba mirando. Otras son misteriosas, como la historia de una mujer que vio cómo un pollo blanco caminaba muy decidido por una calle de Portland, Oregón, subía a saltos los escalones de un porche, llamaba a la puerta y entraba tranquilamente en casa.

En 2003 ha publicado El libro de las ilusiones, novela tan increíble como las anteriores: el azar, las decisiones, y las intrigas confabulan un universo mágico propio del escritor. Imprescindible.

# **LA CIUDAD DE CRISTAL:**

**TÍTULO ORIGINAL:** City of Glass (1985)

**TRADUCCIÓN:** Maribel De Juan

**ISBN:** 84-339-1476-6

**EDITORIAL:** Anagrama, Colección Compactos (CM 145)

## **RESUMEN:**

Quinn, que en otros tiempos fuera poeta y cuya mujer e hijo han muerto, vive en la más absoluta soledad, escribiendo novelas policíacas, despojado de toda ambición literaria y lejos de los fastos del mundo. Alguien lo llama varias veces por teléfono en medio de la noche, tomándolo por un detective llamado Paul Auster, y solicitando con desesperación su ayuda. Quinn, entre curioso y conmovido, decide al fin personificar al desconocido Paul Auster y concierta una cita. Conoce entonces a otro pálido poeta, que cuenta una historia aterradora: cuando nació, su padre, una combinación de místico y lingüista demente, lo encerró y aisló del mundo durante años para que pudiera hablar «la verdadera lengua de los hombres», aquella que olvidaron tras la construcción de la torre de Babel. Pero el niño fue rescatado y el padre recluido en una institución un manicomio, o quizás una cárcel, de la que ahora está a punto de salir. Y el hijo, que teme por su vida, desea que el detective Paul Auster o Quinn lo proteja. Con "Ciudad de cristal" se inició La trilogía de Nueva York, un deslumbrante conjunto de thrillers posmodernos que, según los críticos, marca un nuevo punto de partida para la novela norteamericana.

# 1

Todo empezó por un número equivocado, el teléfono sonó tres veces en mitad de la noche y la voz al otro lado preguntó por alguien que no era él. Mucho más tarde, cuando pudo pensar en las cosas que le sucedieron, llegaría a la conclusión de que nada era real excepto el azar. Pero eso fue mucho más tarde. Al principio, no había más que el suceso y sus consecuencias. Si hubiera podido ser diferente o si todo estaba predeterminado desde que la primera palabra salió de la boca del desconocido, no es la cuestión. La cuestión es la historia misma, y si significa algo o no significa nada no es la historia quien ha de decirlo.

En cuanto a Quinn, no es preciso que nos detengamos mucho. Quién era, de dónde venía y qué hacía tienen poca importancia. Sabemos, por ejemplo, que tenía treinta y cinco años. Sabemos que había estado casado, que había sido padre y que tanto su esposa como su hijo habían muerto. También sabemos que escribía libros. Para ser exactos, sabemos que escribía novelas de misterio. Escribía estas obras con el nombre de William Wilson y las producía a razón de una al año aproximadamente, lo cual le proporcionaba suficiente dinero para vivir modestamente en un pequeño apartamento en Nueva York. Como no dedicaba más de cinco o seis meses a una novela, el resto del año estaba libre para hacer lo que quisiera. Leía muchos libros, miraba cuadros, iba al cine. En verano veía los partidos de béisbol en la televisión; en invierno iba a la ópera. Más que ninguna otra cosa, sin embargo, le gustaba caminar.

Casi todos los días, con lluvia o con sol, con frío o con calor, salía de su apartamento para caminar por la ciudad, sin dirigirse a ningún lugar concreto, sino simplemente a donde le llevaran sus piernas.

Nueva York era un espacio inagotable, un laberinto de interminables pasos, y por muy lejos que fuera, por muy bien que llegase a conocer sus barrios y calles, siempre le dejaba la sensación de estar perdido. Perdido no sólo en la ciudad, sino también dentro de sí mismo. Cada vez que daba un paseo se sentía como si se dejara a sí mismo atrás, y entregándose al movimiento de las calles, reduciéndose a un ojo que ve, lograba escapar a la obligación de pensar. Y eso, más que nada, le daba cierta paz, un saludable vacío interior. El mundo estaba fuera de él, a su alrededor, delante de él, y la velocidad a la que cambiaba le hacía imposible fijar su atención en ninguna cosa por mucho tiempo. El movimiento era lo esencial, el acto de poner un pie delante del otro y permitirse seguir el rumbo de su propio cuerpo. Mientras vagaba sin propósito, todos los lugares se volvían iguales y daba igual dónde estuviese. En sus mejores paseos conseguía sentir que no estaba en ningún sitio. Y esto, en última instancia, era lo único que pedía a las cosas: no estar en ningún sitio. Nueva York era el ningún sitio que había construido a su alrededor y se daba cuenta de que no tenía la menor intención de dejarlo nunca más.

En el pasado Quinn había sido más ambicioso. De joven había publicado varios libros de poesía, había escrito obras de teatro y ensayos críticos y había trabajado en varias traducciones largas. Pero bruscamente había renunciado a todo eso. Una parte de él había muerto, dijo a sus amigos, y no quería que volviera a aparecérselo. Fue entonces cuando adoptó el nombre de William Wilson. Quinn ya no era la parte de él capaz de escribir libros, y aunque en muchos sentidos Quinn continuaba existiendo, ya no existía para nadie más que para él.

Había seguido escribiendo porque era lo único que se sentía capaz de hacer. Las novelas de misterio le parecieron una solución razonable. Le costaba poco inventar las intrincadas historias que requerían y escribía bien, a menudo a pesar de sí mismo, como sin hacer ningún esfuerzo. Dado que no se consideraba autor de lo que escribía, tampoco se sentía responsable de ello, y por lo tanto no estaba obligado a defenderlo en su corazón. William Wilson, después de todo, era una invención, y aunque había nacido dentro del propio Quinn, ahora llevaba una vida independiente. Quinn le trataba con deferencia, a veces incluso con admiración, pero nunca llegó al punto de creer que él y William Wilson fueran el mismo hombre. Por esta razón no asomaba por detrás de la máscara de su seudónimo. Tenía un agente, pero nunca le veía. Sus contactos se limitaban al correo, y con ese propósito Quinn había alquilado un apartado en la oficina de correos. Lo mismo ocurría con el editor, que le pagaba todos sus honorarios y derechos a través del agente. Ningún libro de William Wilson incluía una fotografía del autor o una nota biográfica. William Wilson no aparecía en ninguna guía de escritores, no concedía entrevistas y todas las cartas que recibía las contestaba la secretaria de su agente. Que Quinn supiera, nadie conocía su secreto. Al principio, cuando sus amigos se enteraron de que había dejado de escribir, le preguntaban de qué pensaba vivir. Él les contestaba a todos lo mismo: que había heredado un fondo fiduciario de su esposa. Pero la verdad era que su esposa nunca había tenido dinero. Y la verdad era que él ya no tenía amigos.

Hacía ya más de cinco años. Ya no pensaba mucho en su hijo y recientemente había quitado la fotografía de su mujer de la pared. De vez en cuando, sentía de repente lo mismo que cuando tenía al niño de tres años en sus brazos, pero eso no era exactamente pensar, ni siquiera era recordar. Era una sensación física, una impronta que el pasado había dejado en su cuerpo y sobre la cual él ya no tenía control. Estos momentos se producían cada vez con menos frecuencia y en general parecía que las cosas habían empezado a cambiar para él. Ya no deseaba estar muerto. Al mismo tiempo, no se puede decir que se alegrara de estar vivo. Pero por lo menos no le molestaba. Estaba vivo, y la persistencia de este hecho había empezado poco a poco a fascinarle, como si hubiera conseguido sobrevivirse, como si en cierto modo estuviera viviendo una vida póstuma. Ya no dormía con la lámpara encendida y desde hacía muchos meses no recordaba ninguno de sus sueños.

Era de noche. Quinn estaba tumbado en la cama fumando un cigarrillo y escuchando el repiqueteo de la lluvia en la ventana. Se preguntó cuándo dejaría de llover y si por la mañana le apetecería dar un paseo largo o corto. Un ejemplar de los *Viajes de Marco Polo* yacía abierto boca abajo en la almohada, a su lado. Desde que había terminado la última novela de William Wilson dos semanas antes había estado haciendo el vago. Su detective narrador, Max Work, había resuelto una serie de complicados crímenes, había sufrido un buen número de palizas y había escapado por un pelo varias veces, y Quinn se sentía algo agotado por sus esfuerzos. A lo largo de los años Work se había hecho íntimo de

Quinn. Mientras William Wilson seguía siendo una figura abstracta, Work había ido cobrando vida. En la tríada de personajes en que Quinn se había convertido, Wilson actuaba como una especie de ventrílocuo, el propio Quinn era el muñeco y Work la voz animada que daba sentido a la empresa. Aunque Wilson fuera una ilusión, justificaba las vidas de los otros dos. Aunque Wilson no existiera, era el puente que le permitía a Quinn pasar de sí mismo a Work. Y, poco a poco, Work se había convertido en una presencia en la vida de Quinn, su hermano interior, su camarada en la soledad.

Quinn cogió el libro de Marco Polo y empezó a leer de nuevo la primera página. «Pondremos por escrito lo que vimos tal y como lo vimos, lo que oímos tal y como lo oímos, de modo que nuestro libro pueda ser una crónica exacta, libre de cualquier clase de invención. Y todos los que lean este libro o lo oigan puedan hacerlo con plena confianza, porque no contiene nada más que la verdad.» Justo cuando Quinn estaba empezando a reflexionar sobre el significado de las frases, a dar vueltas en la cabeza a su tajante firmeza, sonó el teléfono. Mucho más tarde, cuando pudo reconstruir los sucesos de aquella noche, recordaría que miró el reloj, vio que eran más de las doce y se preguntó por qué alguien le llamaría a esas horas. Pensó que lo más probable era que fuesen malas noticias. Se levantó de la cama, fue desnudo hasta el teléfono y cogió el auricular al segundo timbrazo.

—¿Sí?

Hubo una larga pausa al otro extremo de la línea y por un momento Quinn pensó que la persona que llamaba había colgado. Luego, como si viniera de muy lejos, le llegó el sonido de una voz distinta de todas las que había oído. Era a la vez mecánica y llena de sentimiento, apenas más alta que un murmullo y sin embargo perfectamente audible, y tan uniforme en el tono que no pudo saber si pertenecía a un hombre o a una mujer.

—¿Oiga? —dijo la voz.

—¿Quién es? —preguntó Quinn.

—¿Oiga? —repitió la voz.

—Le estoy escuchando —dijo Quinn—. ¿Quién es?

—¿Es usted Paul Auster? —preguntó la voz—. Quisiera hablar con el señor Paul Auster.

—Aquí no hay nadie que se llame así.

—Paul Auster. De la Agencia de Detectives Auster.

—Lo siento —dijo Quinn—. Debe haberse equivocado de número.

—Es un asunto de la máxima urgencia —dijo la voz.

—Yo no puedo hacer nada por usted —contestó Quinn—. Aquí no hay ningún Paul Auster.

—Usted no lo entiende —dijo la voz—. El tiempo se acaba.

—Entonces le sugiero que marque de nuevo. Esto no es una agencia de detectives.

Quinn colgó el teléfono. Se quedó de pie en el frío suelo, mirándose los pies, las rodillas, el pene flácido. Durante un segundo lamentó haber sido tan brusco con la persona que llamaba. Podría haber sido interesante, pensó, seguirle la corriente durante un rato.

Quizá podría haber averiguado algo del caso, quizá incluso le habría ayudado de alguna manera. «Tengo que aprender a pensar más deprisa cuando estoy de pie», se dijo.

Como la mayoría de la gente, Quinn no sabía casi nada de delitos. Nunca había asesinado a nadie, nunca había robado nada y no conocía a nadie que lo hubiese hecho. Nunca había estado en una comisaría de policía, nunca había conocido a un detective privado, nunca había hablado con un delincuente. Lo poco que sabía de esas cosas lo había aprendido en los libros, las películas y los periódicos. Sin embargo, no consideraba que eso fuera un obstáculo. Lo que le interesaba de las historias que escribía no era su relación con el mundo, sino su relación con otras historias. Ya antes de convertirse en William Wilson, Quinn era un devoto lector de novelas de misterio. Sabía que la mayoría de ellas estaban mal escritas, que la mayoría no podían resistir ni el examen más superficial, pero era la forma lo que le atraía, y sólo se negaba a leerlas cuando se trataba de una novela indescritiblemente mala. Mientras que su gusto en otro tipo de libros era riguroso, exigente hasta la intransigencia, con estas obras no mostraba casi ninguna discriminación. Cuando tenía el estado de ánimo adecuado, le costaba poco leer diez o doce seguidas. Era una especie de hambre que se apoderaba de él, un ansia de una comida especial, y no paraba hasta que se sentía lleno.

Lo que le gustaba de esos libros era la sensación de plenitud y economía. La buena novela de misterio no tiene desperdicio, no hay ninguna frase, ninguna palabra que no sea significativa. E incluso cuando no es significativa, lo es en potencia, lo cual viene a ser lo mismo. El mundo del libro toma vida, bulle de posibilidades, de secretos y contradicciones. Dado que todo lo visto o dicho, incluso la cosa más vaga, más trivial, puede estar relacionada con el desenlace de la historia, es preciso no pasar nada por alto. Todo se convierte en esencia; el centro del libro se desplaza con cada suceso que lo impulsa hacia adelante. El centro, por lo tanto, está en todas partes, y no se puede trazar ninguna circunferencia hasta que el libro ha terminado.

El detective es quien mira, quien escucha, quien se mueve por ese embrollo de objetos y sucesos en busca del pensamiento, la idea que una todo y le dé sentido. En efecto, el escritor y el detective son intercambiables. El lector ve el mundo a través de los ojos del detective, experimentando la proliferación de sus detalles como si fueran nuevos. Ha despertado a las cosas que le rodean, como si éstas pudieran hablarle, como si, debido a la atención que les presta ahora, empezaran a tener un sentido distinto del simple hecho de su existencia. Detective privado. El término tenía un triple sentido para Quinn. No sólo era la letra «i», inicial de «investigador», era «I», con mayúscula, el diminuto capullo de vida enterrado en el cuerpo del yo que respira.<sup>1</sup> Al mismo tiempo era también el ojo físico del escritor, el ojo del hombre que mira el mundo desde sí mismo y exige que el mundo se le revele. Desde hacía cinco años Quinn vivía presa de este juego de palabras.

Por supuesto, hacía mucho tiempo que había dejado de considerarse real. Si seguía viviendo en el mundo era únicamente a distancia, a través de la persona imaginaria de Max Work. Su detective necesariamente tenía que ser real. La naturaleza de los libros lo exigía

---

<sup>1</sup> Este párrafo es intraducible. En argot al detective privado se le llama *private eye*, que significa «ojo privado». Además, la palabra *eye* se pronuncia igual que la letra *i*, que, escrita con mayúscula, significa «yo». (N. de la T.)



así. Aunque Quinn se hubiera permitido desaparecer, retirarse a los confines de una vida extraña y hermética, Work continuaba viviendo en el mundo de los demás, y cuanto más se desvanecía Quinn, más persistente se volvía la presencia de Work en ese mundo. Mientras Quinn tendía a sentirse fuera de lugar en su propia piel, Work era agresivo, rápido en sus respuestas y ágil para adaptarse a cualquier lugar. Las mismas cosas que a Quinn le causaban problemas, Work las daba por sentadas y superaba sus complejas aventuras con una facilidad y una indiferencia que nunca dejaban de impresionar a su creador. No era precisamente que Quinn deseara ser Work, ni siquiera ser como él, pero le daba seguridad fingir que era Work mientras escribía sus libros, saber que tenía la capacidad de ser Work si alguna vez se decidía a ello, aunque sólo fuera en su mente.

Esa noche, mientras finalmente se iba quedando dormido, Quinn trató de imaginar qué le habría dicho Work al desconocido del teléfono. En su sueño, que más tarde olvidó, se encontraba solo en una habitación disparando con una pistola contra una pared blanca y desnuda.

A la noche siguiente le pilló desprevenido. Pensaba que el incidente había terminado y no esperaba que el desconocido volviera a llamar. Casualmente, estaba sentado en el retrete, en el acto de expulsar un cagallón, cuando sonó el teléfono. Era algo más tarde que la noche anterior, faltaban diez o doce minutos para la una. Quinn acababa de llegar al capítulo que cuenta el viaje de Marco Polo desde Pekín a Amoy y el libro estaba abierto sobre su regazo mientras él hacía sus necesidades en el diminuto cuarto de baño. Recibió el timbrado del teléfono con clara irritación. Contestar rápidamente significaría levantarse sin limpiarse y detestaba cruzar el apartamento en ese estado. Por otra parte, si terminaba lo que estaba haciendo a la velocidad normal, no llegaría a tiempo al teléfono. A pesar de ello, Quinn se descubrió renuente a moverse. El teléfono no era su objeto favorito y más de una vez había considerado la posibilidad de deshacerse del suyo. Lo que más le desagradaba era su tiranía. No sólo tenía el poder de interrumpirle en contra de su voluntad, sino que inevitablemente obedecía sus órdenes. Esta vez decidió resistirse. Al tercer timbrado, su intestino se había vaciado. Al cuarto timbrado había conseguido limpiarse. Al quinto, se había subido los pantalones, había salido del cuarto de baño y estaba cruzando tranquilamente el apartamento. Contestó el teléfono después del sexto timbrado, pero no había nadie al otro extremo de la línea. La persona que llamaba había colgado.

La noche siguiente estaba preparado. Tumbado en la cama, leyendo cuidadosamente las páginas del *Sporting News*, esperó a que el desconocido llamara por tercera vez. De vez en cuando, presa de los nervios, se levantaba y paseaba por el apartamento. Puso un disco —la ópera de Haydn *El hombre en la luna*— y la escuchó de principio a fin. Esperó y esperó. A las dos y media finalmente renunció y se fue a dormir.

Esperó la noche siguiente, y también la otra. Justo cuando estaba a punto de abandonar su plan, comprendiendo que se había equivocado en todas sus suposiciones, el teléfono sonó de nuevo. Era el diecinueve de mayo. Recordaría la fecha porque era el aniversario de boda de sus padres —o lo habría sido, si hubieran estado vivos— y su madre le había dicho una vez que él había sido concebido en su noche de bodas. Este hecho siempre le había atraído —poder conocer con precisión el primer momento de su existencia— y a lo largo de los años había celebrado privadamente su cumpleaños ese día. Esta vez era un poco más temprano que las otras dos noches —aún no eran las once— y cuando alargó la mano para coger el teléfono supuso que sería otra persona.

—¿Diga? —dijo.

De nuevo hubo un silencio al otro lado. Quinn supo inmediatamente que era el desconocido.

—¿Diga? —repitió—. ¿Qué desea?

—Sí —dijo la voz al fin. El mismo susurro mecánico, el mismo tono desesperado—. Sí. Es necesario ahora. Sin dilación.

—¿Qué es necesario?

—Hablar. Ahora mismo. Hablar ahora —mismo. Sí.

—¿Y con quién quiere usted hablar?

—Siempre el mismo hombre. Auster. El hombre que se hace llamar Paul Auster.

Esta vez Quinn no vaciló. Sabía lo que iba a hacer, y ahora que había llegado el momento, lo hizo.

—Al habla —dijo—. Yo soy Auster.

—Al fin. Al fin le encuentro.

Oyó el alivio en la voz, la calma tangible que repentinamente la inundó.

—Exactamente —dijo Quinn—. Al fin. —Hizo una pausa para dejar que las palabras penetraran, tanto en él como en el otro—. ¿Qué desea?

—Necesito ayuda —dijo la voz—. Hay gran peligro. Dicen que usted es el mejor para estas cosas.

—Depende de a qué cosas se refiera.

—Me refiero a la muerte. Me refiero a la muerte y el asesinato.

—Ésa no es exactamente mi especialidad —dijo Quinn—. No voy por ahí matando gente.

—No —dijo la voz, malhumorada—. Quiero decir lo contrario.

—¿Alguien va a matarle a usted?

—Sí, matarme. Eso es. Van a asesinarme.

—¿Y quiere usted que yo le proteja?

—Que me proteja, sí. Y que encuentre al hombre que va a hacerlo.

—¿No sabe usted quién es?

—Lo sé, sí. Claro que lo sé. Pero no sé dónde está.

—¿Puede usted explicarme el asunto?

—Ahora no. Por teléfono no. Hay gran peligro. Debe usted venir aquí.

—¿Qué le parece mañana?

—Bien. Mañana. Mañana temprano. Por la mañana.

—¿A las diez?

—Bien. A las diez. —La voz le dio una dirección en la calle Sesenta y nueve Este—. No lo olvide, señor Auster. Tiene que venir.

—No se preocupe —dijo Quinn—. Allí estaré.

## 2

A la mañana siguiente Quinn se despertó más temprano de lo que lo había hecho en varias semanas. Mientras se bebía el café, untaba las tostadas con mantequilla y leía los resultados de los partidos de béisbol en el periódico (los Mets habían perdido otra vez, dos a uno, por un error en la novena entrada), no se le ocurrió que fuera a acudir a su cita. Incluso esa expresión, *su cita*, le parecía extraña. No era su cita, era la cita de Paul Auster. Y él no tenía ni idea de quién era esa persona.

No obstante, a medida que pasaba el tiempo se encontró haciendo una buena imitación de un hombre que se prepara para salir. Recogió las cosas del desayuno, tiró el periódico sobre el sofá, fue al cuarto de baño, se duchó, se afeitó, entró en el dormitorio envuelto en dos toallas, abrió el armario y eligió la ropa que iba a ponerse ese día. Se descubrió buscando una chaqueta y una corbata. Quinn no se había puesto una corbata desde el funeral de su esposa y su hijo y ni siquiera recordaba si todavía tenía alguna. Pero allí estaba, colgando entre los restos de su guardarropa. Descartó una camisa blanca por parecerle demasiado formal, sin embargo, y en su lugar escogió una de cuadros grises y rojos para que hiciera juego con la corbata gris. Se las puso en una especie de trance.

No empezó a sospechar qué iba a hacer hasta que tuvo la mano en el pomo de la puerta. «Parece que voy a salir», se dijo. «Pero si voy a salir, ¿adonde voy exactamente?» Una hora más tarde, cuando bajaba del autobús número cuatro en la calle Setenta esquina con la Quinta Avenida, aún no había respondido a la pregunta. A un lado tenía el parque, verde bajo el sol de la mañana, con sombras afiladas y fugaces; al otro lado estaba el edificio Frick, blanco y sobrio, como abandonado a los muertos. Pensó por un momento en el cuadro de Vermeer *Muchacha sonriente con un soldado*, tratando de recordar la expresión de la cara de la chica, la posición exacta de sus manos en torno a la taza, la espalda roja del hombre sin rostro. Vislumbró mentalmente el mapa azul de la pared y la luz del sol entrando por la ventana, tan parecida a la que le rodeaba ahora. Iba andando. Estaba cruzando la calle y avanzando hacia el este. En Madison Avenue torció a la derecha y caminó una manzana hacia el sur, luego torció a la izquierda y vio dónde estaba. «Parece que he llegado», se dijo. Se detuvo delante del edificio. De repente ya no parecía que tuviese importancia. Se sentía notablemente tranquilo, como si todo le hubiese ocurrido ya. Mientras abría la puerta del portal se dio el último consejo. «Si todo esto está sucediendo realmente, debo mantener los ojos abiertos», se dijo.

Fue una mujer quien abrió la puerta del piso. Por alguna razón, Quinn no había esperado esto y le dejó desconcertado. Las cosas iban demasiado deprisa. Aún no había tenido tiempo de asumir la presencia de la mujer, de describírsela a sí mismo y formar sus impresiones, y ella ya le estaba hablando, obligándole a responder. Por lo tanto, ya en

aquellos primeros momentos había perdido terreno. Estaba empezando a dejarse atrás a sí mismo. Más tarde, cuando tuvo tiempo de reflexionar sobre estos sucesos, conseguiría reconstruir su encuentro con la mujer. Pero eso fue obra de la memoria, y él sabía que las cosas recordadas tenían tendencia a subvertir lo recordado. Como consecuencia, nunca pudo estar seguro de lo ocurrido.

La mujer tenía treinta años, quizá treinta y cinco; estatura media como mucho; las caderas un poco anchas, o bien voluptuosas, dependiendo del punto de vista; cabello oscuro, ojos oscuros, y una expresión en esos ojos que era a la vez reservada y vagamente seductora. Llevaba un vestido negro y un lápiz de labios muy rojo.

—¿El señor Auster?

Una sonrisa insegura; una inclinación de cabeza interrogadora.

—Exactamente —dijo Quinn—. Paul Auster.

—Yo soy Virginia Stillman —dijo la mujer—. La esposa de Peter. Le está esperando desde las ocho.

—La cita era a las diez —dijo Quinn, echando una mirada a su reloj. Eran las diez en punto.

—Está frenético —explicó la mujer—. Nunca le había visto así. No podía esperar.

Ella abrió más la puerta para que Quinn pasara. Mientras cruzaba el umbral y entraba en el piso sintió que se quedaba en blanco, como si su cerebro se hubiera cerrado repentinamente. Había deseado fijarse en los detalles de lo que estaba viendo, pero la tarea le resultaba imposible en aquel momento. Veía el piso como envuelto en una especie de neblina. Se dio cuenta de que era grande, quizá cinco o seis habitaciones, y estaba lujosamente amueblado, con numerosos objetos artísticos, ceniceros de plata y cuadros con marcos muy trabajados en las paredes. Pero eso era todo. Nada más que una impresión general, a pesar de que estaba allí, mirando aquellas cosas con sus propios ojos.

Se encontró sentado en un sofá, solo en el salón. Recordó ahora que la señora Stillman le había dicho que esperase allí mientras ella iba a buscar a su marido. No sabía cuánto tiempo hacía de eso. Seguramente no más de un minuto o dos. Pero por la forma en que la luz entraba por las ventanas parecía casi mediodía. No se le ocurrió, sin embargo, consultar el reloj. El olor del perfume de Virginia Stillman flotaba a su alrededor y comenzó a imaginar qué aspecto tendría sin ropa. Luego se preguntó qué pensaría Max Work si estuviera allí. Decidió encender un cigarrillo. Expulsó el humo y le complació observar cómo salía de su boca en ráfagas, se dispersaba y adquiriría una nueva definición cuando la luz incidía sobre él.

Oyó que alguien entraba en la habitación a su espalda. Quinn se levantó del sofá y se volvió, esperando ver a la señora Stillman. En su lugar había un hombre joven, vestido enteramente de blanco, con el pelo rubio claro de un niño. Extrañamente, en aquel primer momento Quinn pensó en su propio hijo muerto. Luego, tan rápidamente como había aparecido, el pensamiento se desvaneció.

Peter Stillman entró en la habitación y se sentó en una butaca de terciopelo rojo enfrente de Quinn. No dijo una palabra mientras se dirigía a su asiento ni registró la presencia de Quinn. El acto de moverse de un sitio a otro parecía requerir toda su atención,

como si no pensar en lo que estaba haciendo fuera a reducirle a la inmovilidad. Quinn nunca había visto a nadie moverse así y comprendió inmediatamente que aquélla era la persona con la que había hablado por teléfono. El cuerpo actuaba casi exactamente igual que la voz: de un modo maquinal, espasmódico, alternando gestos lentos y rápidos, rígido y a la vez expresivo, como si la operación escapara a su control, como si no correspondiera totalmente a la voluntad que había detrás. A Quinn le pareció que el cuerpo de Stillman no había sido usado durante mucho tiempo y había tenido que volver a aprender todas sus funciones, de forma que la locomoción se había convertido en un proceso consciente, cada movimiento dividido en los submovimientos que lo componían, con el resultado de que toda agilidad y espontaneidad se habían perdido. Era como ver a una marioneta tratando de andar sin hilos.

Todo en Peter Stillman era blanco. Camisa blanca, con el cuello abierto; pantalones blancos, zapatos blancos, calcetines blancos. Contra la palidez de su piel y su pelo pajizo y fino, el efecto era casi transparente, como si uno pudiera ver las venas azules detrás de la piel de su cara. Este azul era casi el mismo que el de sus ojos: un azul lechoso que parecía disolverse en una mezcla de cielo y nubes. Quinn no podía imaginarse dirigiéndole una palabra a aquella persona. Era como si la presencia de Stillman fuese una orden de silencio.

Stillman se acomodó lentamente en su asiento y al fin dirigió su atención hacia Quinn. Cuando sus ojos se encontraron, Quinn sintió repentinamente que Stillman se había vuelto invisible. Podía verle sentado en la butaca frente a él, pero al mismo tiempo tenía la sensación de que no estaba allí. Se le ocurrió que quizá Stillman fuese ciego. Pero no, eso no parecía posible. El hombre le estaba mirando, incluso estudiándole, y aunque a su cara no asomaba el reconocimiento, había en ella algo más que una mirada vacía. Quinn no sabía qué hacer. Se quedó allí sentado y mudo, devolviéndole la mirada a Stillman. Pasó mucho tiempo.

—Nada de preguntas, por favor —dijo el joven al fin—. Sí. No. Gracias. —Hizo una pausa—. Soy Peter Stillman. Digo esto libremente. Sí. Ése no es mi verdadero nombre. No. Por supuesto, mi mente no es todo lo que debiera ser. Pero nada se puede hacer respecto a eso. No. Respecto a eso. No, no. Ya no.

»Usted está ahí sentado y piensa: ¿Quién es esa persona que me habla? ¿Qué son esas palabras que salen de su boca? Yo se lo diré. O no se lo diré. Sí y no. Mi mente no es todo lo que debiera ser. Digo esto por mi propia voluntad. Pero lo intentaré. Sí y no. Intentaré decírselo, aunque mi mente hace que sea difícil. Gracias.

»Mi nombre es Peter Stillman. Quizá haya oído hablar de mí, pero es más probable que no. Da igual. Ése no es mi verdadero nombre. Mi verdadero nombre no lo recuerdo. Disculpe. No es que importe. Es decir, ya no.

»Esto es lo que se llama hablar. Creo que ése es el término. Cuando las palabras salen, vuelan por el aire, viven un momento y mueren. Extraño, ¿no? Yo no tengo opinión. No y otra vez no. Sin embargo, hay palabras que necesitará tener. Hay muchas. Muchos millones, creo. Quizá sólo tres o cuatro. Disculpe. Pero lo estoy haciendo bien hoy. Mucho mejor que de costumbre. Si puedo darle las palabras que necesita tener, será una gran victoria. Gracias. Gracias un millón de veces.

»Hace mucho tiempo estaban mamá y papá. No recuerdo nada de eso. Ellos dicen: Mamá murió. Quiénes son ellos no puedo decírselo. Disculpe. Pero eso es lo que dicen ellos.

»Así que no hay mamá. Ja, ja. Ésa es mi risa ahora, un guirigay que sale de mi tripa. Ja, ja, ja. Papá grande decía: Es igual. Para mí. Es decir, para él. El papá grande de los grandes músculos y el bum, bum, bum. Nada de preguntas ahora, por favor.

»Yo digo lo que dicen ellos porque yo no sé nada. Yo sólo soy el pobre Peter Stillman, el niño que no puede recordar. Llorón. Remolón. Bobalicón. Disculpe. Ellos dicen, ellos dicen. Pero ¿qué dice el pobrecito Peter? Nada, nada. Ya nada.

»Había esto. Oscuridad. Mucha oscuridad. Estaba tan oscuro como muy oscuro. Ellos dicen: Ésa era la habitación. Como si yo pudiera hablar de eso. De la oscuridad, quiero decir. Gracias.

»Oscuridad, oscuridad. Dicen que durante nueve años. Ni siquiera una ventana. Pobre Peter Stillman. Y el bum, bum, bum. Los montones de caca. Los lagos de pis. Los desmayos. Disculpe. Atontado y desnudo. Disculpe. Ya no.

»Así que hay oscuridad. Se lo digo a usted. Había comida en la oscuridad, sí, comida machacada en la oscura habitación silenciada. Él comía con las manos. Disculpe. Quiero decir que Peter comía con las manos. Y si yo soy Peter, tanto mejor. Es decir, tanto peor. Disculpe. Yo soy Peter Stillman. Ése no es mi verdadero nombre. Gracias.

»Pobre Peter Stillman. Era un niño pequeño. Apenas unas cuantas palabras propias. Y luego ni una palabra, y luego nadie, y luego no, no, no. Ya no.

»Perdóneme, señor Auster. Veo que se está poniendo triste. Nada de preguntas, por favor. Mi nombre es Peter Stillman. Ése no es mi verdadero nombre. Mi verdadero nombre es señor Triste. ¿Cuál es su nombre, señor Auster? Quizá usted es el verdadero señor Triste y yo no soy nadie.

»Bua bua. Disculpe. Ésa es mi manera de llorar y berrear. Bua bua, snif snif. ¿Qué hacía Peter en aquella habitación? Nadie lo sabe. Algunos dicen que nada. En cuanto a mí, creo que Peter no podía pensar. ¿Parpadeaba? ¿Bebía? ¿Apestaba? Ja, ja, ja. Disculpe. A veces soy muy divertido.

»Ris ris clic desmorrocho bajo. Chas chas camarrás. Ruido pasmado, traca traca, mastimana. Sí, sí, sí. Disculpe. Soy el único que entiende estas palabras.

»Más tarde, más tarde, más tarde. Eso dicen. Duró demasiado tiempo para que Peter esté bien de la cabeza. Nunca más. No, no, no. Dicen que alguien me encontró. No, no recuerdo lo que sucedió cuando abrieron la puerta y entró la luz. No, no, no. Yo no puedo decir nada de eso. Ya no.

»Durante mucho tiempo llevé gafas oscuras. Tenía doce años. O eso dicen. Viví en un hospital. Poco a poco me enseñaron a ser Peter Stillman. Decían: Tú eres Peter Stillman. Gracias, decía yo. Ya, ya, ya. Gracias y gracias. Decía yo.

»Peter era un bebé. Tenían que enseñarle todo. A andar, ¿sabe? A comer. A hacer caca y pis en el retrete. Eso no fue malo. Incluso cuando les mordía, ellos no hacían el bum, bum, bum. Más tarde incluso dejé de rasgarme la ropa.

»Peter era un buen chico. Pero era difícil enseñarle palabras. Su boca no funcionaba bien. Y por supuesto no estaba bien de la cabeza. Ba ba ba, decía. Y da da da. Y va va va. Disculpe. Llevo años y años. Ahora le dicen a Peter: Ya puedes irte, no podemos hacer nada más por ti. Peter Stillman, eres un ser humano, decían. Es bueno creer lo que dicen los médicos. Gracias. Muchísimas gracias.

»Soy Peter Stillman. Ése no es mi verdadero nombre. Mi verdadero nombre es Peter Conejo. En invierno me llamo señor Blanco, en verano me llamo señor Verde. Piense lo que quiera de esto. Lo digo por mi propia voluntad. Ris ris clic desmorrocho bajo. Es bonito, ¿verdad? Invento palabras como éstas continuamente. No puedo remediarlo. Salen de mi boca por sí mismas. No se pueden traducir.

»Preguntar y preguntar. No es bueno. Pero se lo diré. No quiero que esté triste, señor Auster. Tiene usted una cara muy amable. Me recuerda a alguien. No sé a quién. Y sus ojos me miran. Sí, sí. Los veo. Eso está muy bien. Gracias.

»Por eso se lo cuento. Nada de preguntas, por favor. Usted se está preguntando por todo lo demás. Es decir, el padre. El terrible padre que le hizo todas esas cosas al pequeño Peter. Tranquilícese. Le llevaron a un sitio oscuro. Le encerraron y le dejaron allí. Ja, ja, ja. Disculpe. A veces soy muy gracioso.

»Trece años, dijeron. Quizá es mucho tiempo. Pero yo no sé nada del tiempo. Yo soy nuevo cada día. Nazco cuando me despierto por la mañana, envejezco durante el día y muero por la noche cuando me duermo. No es culpa mía. Hoy lo estoy haciendo muy bien. Lo estoy haciendo mucho mejor que nunca.

»Durante trece años el padre ha estado lejos. Él también se llama Peter Stillman. Extraño, ¿no? Que dos personas puedan tener el mismo nombre. Es su verdadero nombre. Pero no creo que él sea yo. Los dos somos Peter Stillman. Pero Peter Stillman no es mi verdadero nombre. Así que quizá no sea Peter Stillman, después de todo.

»Trece años, digo. O dicen. Da igual no saber nada del tiempo. Pero lo que me dicen es esto: Mañana es el fin de los trece años. Eso es malo. Aunque dicen que no, es malo. Se supone que no me acuerdo. Pero de vez en cuando me acuerdo, a pesar de lo que digo.

»Él vendrá. Es decir, el padre vendrá. Y tratará de matarme. Gracias. Pero yo no quiero eso. No, no. Ya no. Peter ahora vive. Sí. No todo está bien en su cabeza, pero vive. Y eso es algo, ¿no? Puede apostar su último dólar. Ja, ja, ja.

«Ahora soy principalmente poeta. Todos los días me siento en mi cuarto y escribo un poema. Invento todas las palabras yo, igual que cuando vivía en la oscuridad. Empiezo a recordar cosas de esa manera, a fingir que estoy otra vez en la oscuridad. Soy el único que sabe lo que significan las palabras. No pueden traducirse. Esos poemas me harán famoso. Son únicos. Sí, sí, sí. Unos poemas preciosos. Tan preciosos que el mundo entero llorará.

»Más tarde quizá haga otra cosa. Cuando termine de ser poeta. Antes o después me quedaré sin palabras, ¿comprende? Todo el mundo tiene solamente cierto número de palabras dentro. Y, entonces, ¿dónde estaré? Creo que después me gustaría ser bombero. Y después médico. Da igual. Lo último que seré es funambulista. Cuando sea muy viejo y al fin haya aprendido a andar como las demás personas. Entonces bailaré en la cuerda floja y



la gente se quedará asombrada. Incluso los niños pequeños. Eso es lo que me gustaría. Bailar en la cuerda floja hasta que me muera.

»Pero no importa. Es igual. Para mí. Como puede ver, soy un hombre rico. No tengo que preocuparme. No, no. De eso no. Puede apostar su último dólar. El padre era rico y el pequeño Peter recibió todo su dinero cuando le encerraron en la oscuridad. Ja, ja, ja. Disculpe que me ría. A veces soy muy gracioso.

»Soy el último Stillman. Era una familia importante, o eso dicen. Del viejo Boston, por si ha oído hablar de ellos. Yo soy el último. No hay otros. Soy el final de todos, el último hombre. Tanto mejor, creo. No es una pena que todo acabe ya. Es bueno que todos estén muertos.

»El padre quizá no era realmente malo. Por lo menos eso digo ahora. Tenía la cabeza grande. Tan grande como muy grande, lo cual quiere decir que había demasiado sitio en ella. Demasiados pensamientos en aquella gran cabeza. Pero pobre Peter, ¿verdad? En un terrible aprieto realmente. Peter que no podía ver ni decir, que no podía pensar ni hacer. Peter que no podía. No. Nada.

»No sé nada de esto. Tampoco lo entiendo. Mi esposa es quien me cuenta estas cosas. Ella dice que es importante para mí saber, aunque no entienda. Pero ni siquiera entiendo eso. Para saber, hay que entender. ¿No es así? Pero yo no sé nada. Quizá soy Peter Stillman. Quizá no. Mi verdadero nombre es Peter Nadie. Gracias. ¿Y qué piensa de eso?

»Así que le estoy contando lo del padre. Es una buena historia, aunque no la entiendo. Puedo contársela porque sé las palabras. Y eso es algo, ¿no? Saber las palabras, quiero decir. ¡A veces estoy tan orgulloso de mí mismo! Disculpe. Eso es lo que dice mi esposa. Dice que el padre hablaba de Dios. Esa palabra me hace gracia. Cuando la pones al revés, se lee perro.<sup>2</sup> Y un perro no se parece mucho a Dios, ¿verdad? Guf guf. Guau guau. Ésas son palabras de perro. A mí me parecen preciosas. Bonitas y auténticas. Como las palabras que yo invento.

»Bueno. Iba diciendo. El padre hablaba de Dios. Quería saber si Dios tenía lenguaje. No me pregunte qué significa esto. Sólo se lo cuento porque sé las palabras. El padre pensaba que un niño podría hablar si no veía a nadie. Pero ¿dónde había un niño? Ah. Ahora empieza usted a comprender. No tenía que comprarlo. Por supuesto, Peter sabía algunas palabras de persona. Eso no se podía remediar. Pero el padre pensó que quizá Peter las olvidaría. Al cabo de algún tiempo. Por eso había tanto bum, bum, bum. Cada vez que Peter decía una palabra, su padre lanzaba un bum. Al fin Peter aprendió a no decir nada. Sí sí sí. Gracias.

»Peter se guardaba las palabras dentro. Todos aquellos días, meses y años. Allí en la oscuridad, el pequeño Peter completamente solo, y las palabras hacían ruido en su cabeza y le hacían compañía. Por eso su boca no funciona bien. Pobre Peter. Bua bua. Ésas son sus lágrimas. El niño que no puede crecer.

---

<sup>2</sup> *God*, «Dios». *Dog*, «perro». (N. de la T.)

»Ahora Peter puede hablar como las personas. Pero todavía tiene las otras palabras en su cabeza. Son el lenguaje de Dios, y nadie más puede decirlas. No se pueden traducir. Por eso Peter vive tan cerca de Dios. Por eso es un poeta famoso.

»Todo es muy bueno para mí ahora. Puedo hacer lo que me gusta. En cualquier momento, en cualquier lugar. Incluso tengo una esposa. Ya lo ve. La he mencionado antes. Quizá incluso la ha conocido usted. Es guapa, ¿no? Se llama Virginia. Ése no es su verdadero nombre. Pero es igual. Para mí.

»Siempre que se lo pido, mi esposa me trae una chica. Son putas. Meto mi gusano dentro de ellas y gimen. Ha habido muchas. Ja, ja. Suben aquí y me las follo. Es bueno follarse. Virginia les da dinero y todo el mundo contento. Puede apostar su último dólar. Ja, ja.

»Pobre Virginia. A ella no le gusta follarse. Es decir, conmigo. Quizá folla con otro. ¿Quién sabe? Yo no sé nada de esto. Es igual. Pero quizá si es usted amable con Virginia ella le dejará follarse. Eso me alegraría. Por usted. Gracias.

»Bueno. Hay muchísimas cosas. Estoy tratando de decírselas. Sé que no todo está bien en mi cabeza. Y es verdad, sí, y lo digo por mi propia voluntad, que a veces chillo y chillo. Sin ningún motivo. Como si tuviera que haber un motivo. Pero yo no veo ninguno. Ni nadie. No. Y luego hay veces que no digo nada. Durante días y días. Nada, nada, nada. Se me olvida cómo hacer que las palabras salgan de mi boca. Entonces me resulta difícil moverme. Sí sí. Incluso ver. Entonces es cuando me convierto en el señor Triste.

»Todavía me gusta estar en la oscuridad. Por lo menos a veces. Me hace bien, creo. En la oscuridad hablo el lenguaje de Dios y nadie me oye. No se enfade, por favor. No puedo remediarlo.

»Lo mejor de todo es el aire. Sí. Y poco a poco he aprendido a vivir dentro de él. El aire y la luz, sí, también la luz, la luz que ilumina todas las cosas y las pone ahí para que mis ojos las vean. Está el aire y la luz y eso es lo mejor de todo. Disculpe. El aire y la luz. Sí. Cuando hace buen tiempo me gusta sentarme al lado de la ventana abierta. A veces me asomo y miro las cosas que hay abajo. La calle y toda la gente, los perros y los coches, los ladrillos del edificio de enfrente. Y luego hay veces que cierro los ojos y me quedo allí sentado, con la brisa dándome en la cara, y la luz dentro del aire, todo delante de mis párpados, y el mundo es todo rojo, de un rojo muy bonito, dentro de mis ojos, con el sol brillando sobre mí y sobre mis ojos.

»Es verdad que raras veces salgo. Es difícil para mí, y no siempre soy de fiar. A veces chillo. No se enfade conmigo, por favor. No puedo remediarlo. Virginia dice que debo aprender a comportarme en público. Pero a veces no puedo contenerme y los gritos se me escapan.

»Pero me encanta ir al parque. Allí hay árboles, y el aire y la luz. Hay algo bueno en todo eso, ¿verdad? Sí. Poco a poco voy estando mejor dentro de mí. Lo noto. Incluso el doctor Wyshnegradsky lo dice. Sé que todavía soy el niño marioneta. Eso no tiene remedio. No, no. Ya no. Pero a veces creo que al fin creceré y me volveré real.

»Por ahora, sigo siendo Peter Stillman. Ése no es mi verdadero nombre. No puedo saber quién seré mañana. Cada día es nuevo y cada día vuelvo a nacer. Veo la esperanza por todas partes, incluso en la oscuridad, y cuando muera quizá me convierta en Dios.

»Hay muchas más palabras que decir. Pero creo que no las diré. No. Hoy no. Mi boca está cansada ahora y creo que ha llegado la hora de que me vaya. Por supuesto, yo no sé nada del tiempo. Pero es igual. Para mí. Muchas gracias. Sé que usted me salvará la vida, señor Auster. Cuento con usted. La vida sólo puede durar cierto tiempo, ¿comprende? Todo lo demás está en la habitación, con la oscuridad, con el lenguaje de Dios, con los gritos. Aquí soy del aire, una cosa hermosa para que la luz brille sobre ella. Quizá recordará usted eso. Soy Peter Stillman. Ése no es mi verdadero nombre. Muchas gracias.

### 3

El discurso había terminado. Quinn no sabía cuánto había durado. Porque sólo entonces, después de que las palabras cesaran, se dio cuenta de que estaban sentados en la oscuridad. Al parecer había transcurrido todo un día. En algún momento durante el monólogo de Stillman el sol se había puesto en la habitación, pero Quinn no había sido consciente de ello. Entonces notó la oscuridad y el silencio, y la cabeza le zumbaba a causa de ellos. Pasaron varios minutos. Quinn pensó que ahora era él quien tenía que decir algo, pero no estaba seguro. Oía a Peter Stillman respirar pesadamente en su sitio al otro lado de la habitación. Aparte de eso, no había ningún sonido. Quinn no lograba decidir qué debía hacer. Pensó en varias posibilidades, pero a continuación las desechó una por una. Se quedó allí sentado, esperando a que sucediera algo.

El sonido de unas piernas enfundadas en medias cruzando la habitación rompió finalmente el silencio. Se oyó el sonido metálico del interruptor de una lámpara y de pronto la habitación se llenó de luz. Los ojos de Quinn se volvieron automáticamente hacia su fuente, y allí, de pie al lado de una lámpara de mesa a la izquierda de la butaca de Peter, vio a Virginia Stillman. El joven seguía mirando fijamente al frente, como si estuviera dormido con los ojos abiertos. La señora Stillman se inclinó, rodeó los hombros de Peter con un brazo y le habló suavemente al oído.

—Ya es la hora, Peter —dijo—. La señora Saavedra te está esperando.

Peter la miró y le sonrió.

—Estoy lleno de esperanza —dijo.

Virginia Stillman le besó tiernamente en la mejilla.

—Despídete del señor Auster —dijo.

Peter se levantó. O más bien empezó la triste y lenta maniobra de alzar su cuerpo de la butaca y ponerse de pie. A cada movimiento se caía, se derrumbaba, todo ello acompañado de repentinos ataques de inmovilidad, gruñidos y palabras cuyo significado Quinn no podía descifrar.

Finalmente Peter logró erguirse. Permaneció delante de su butaca con expresión de triunfo y miró a Quinn a los ojos. Luego sonrió ampliamente y sin ninguna incomodidad.

—Adiós —dijo.

—Adiós, Peter —dijo Quinn.

Peter hizo un pequeño movimiento espástico con la mano como despedida y luego se volvió lentamente y cruzó la habitación. Se tambaleaba al andar, ladeándose primero a la

derecha y luego a la izquierda, sus piernas se doblaban y bloqueaban alternativamente. Al otro extremo de la habitación, de pie en un umbral iluminado, había una mujer de mediana edad vestida con un uniforme blanco de enfermera. Quinn supuso que sería la señora Saavedra. Siguió a Peter Stillman con los ojos hasta que el joven desapareció por la puerta.

Virginia Stillman se sentó frente a Quinn, en la misma butaca que su marido ocupaba un momento antes.

—Podría haberle ahorrado todo eso —dijo—, pero pensé que sería mejor que lo viera con sus propios ojos.

—Entiendo —dijo Quinn.

—No, no creo que lo entienda —dijo la mujer amargamente—. No creo que nadie pueda entenderlo.

Quinn sonrió juiciosamente y se dijo que debía lanzarse.

—Lo que yo entienda o no entienda —dijo— probablemente no hace al caso. Usted me ha contratado para hacer un trabajo y cuanto antes empiece, mejor. Por lo que he podido deducir, el caso es urgente. No pretendo comprender a Peter ni lo que usted haya sufrido. Lo importante es que estoy dispuesto a ayudarles. Creo que debería aceptar eso en lo que vale.

Se estaba animando. Algo le decía que había dado con el tono adecuado, y le inundó una repentina sensación de placer, como si acabara de conseguir cruzar una frontera interior dentro de sí mismo.

—Tiene usted razón —dijo Virginia Stillman—. Por supuesto.

La mujer hizo una pausa, respiró hondo y se calló de nuevo, como si estuviera ensayando mentalmente lo que estaba a punto de decir. Quinn observó que sus manos aferraban con fuerza los brazos de la butaca.

—Me doy cuenta —continuó ella— de que la mayor parte de lo que Peter dice es muy confuso, especialmente la primera vez que uno lo oye. Yo estaba en la habitación contigua escuchando lo que le decía. No debe usted suponer que Peter siempre dice la verdad. Por otra parte, sería un error creer que miente.

—Quiere usted decir que debería creer algunas de las cosas que me ha dicho y no creer otras.

—Eso es exactamente lo que quiero, decir.

—Sus costumbres sexuales, o ausencia de ellas, no me conciernen, señora Stillman —dijo Quinn—. Aunque lo que Peter ha dicho sea verdad, a mí no me importa. En mi trabajo se suele encontrar un poco de todo y si uno no aprende a dejar de juzgar, nunca llegaría a ninguna parte. Estoy acostumbrado a oír los secretos de la gente y también estoy acostumbrado a tener la boca cerrada. Si un hecho no tiene relación directa con el caso, no me sirve para nada.

La señora Stillman se ruborizó.

—Sólo quería que supiera usted que Peter no ha dicho la verdad.

Quinn se encogió de hombros, sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Sea como sea —dijo—, no tiene importancia. Lo que me interesa son otras cosas que Peter ha dicho. Supongo que son verdad, y si lo son, me gustaría oír lo que usted tenga que decir.

—Sí, son verdad. —Virginia Stillman soltó los brazos de la butaca y se puso la mano derecha debajo de la barbilla. Pensativa. Como si estuviera buscando una actitud de inmovible honestidad—. Peter tiene una forma infantil de contarlo. Pero lo que ha dicho es verdad.

—Cuénteme algo del padre. Cualquier cosa que usted crea relevante.

—El padre de Peter era un Stillman de Boston. Estoy segura de que habrá oído usted hablar de esa familia. Varios de ellos fueron gobernadores en el siglo XIX. Algunos obispos episcopalianos, embajadores, un rector de Harvard. Al mismo tiempo la familia hizo muchísimo dinero con textiles, navieras y Dios sabe qué más. Los detalles no tienen importancia. Basta con que usted se haga una idea de los antecedentes.

»El padre de Peter fue a Harvard, como todos los miembros de su familia. Estudió filosofía y religión y según dicen era un alumno brillante. Escribió su tesis sobre las interpretaciones teológicas del Nuevo Mundo en los siglos XVI y XVII y luego aceptó un puesto en el departamento de religión de Columbia. Poco después de eso se casó con la madre de Peter. No sé mucho sobre ella. Por las fotografías que he visto era muy guapa. Pero delicada, un poco como Peter, con esos ojos azul claro y la piel muy blanca. Cuando Peter nació unos años más tarde, la familia vivía en un piso grande en Riverside Drive. La carrera académica de Stillman prosperaba. Reescribió su tesis y la convirtió en un libro que fue muy bien recibido y a los treinta y cuatro o treinta y cinco años era catedrático. Luego murió la madre de Peter. Todo lo relacionado con esa muerte no está claro. Stillman afirmó que había muerto mientras dormía, pero las pruebas parecían apuntar a un suicidio. Algo relacionado con una sobredosis de píldoras, pero por supuesto no se pudo probar nada. Se habló incluso de que él la había matado. Pero eran sólo rumores y no pasó nada. Todo el asunto se silenció.

»Peter tenía sólo dos años entonces y era un niño perfectamente normal. Después de la muerte de su esposa, Stillman, al parecer, tuvo poca relación con él. Contrató a una enfermera y durante los siguientes seis meses más o menos ella se encargó por completo del cuidado de Peter. Luego, de repente, Stillman la despidió. No recuerdo su nombre, creo que era una tal señorita Barber, pero ella testificó en el juicio. Parece que Stillman llegó un día a casa y le dijo que iba a ocuparse personalmente de la educación de Peter. Presentó su dimisión en Columbia y les dijo que dejaba la universidad para dedicarse en exclusiva a su hijo. El dinero, por supuesto, no era un obstáculo, y nadie pudo hacer nada al respecto.

»Después, más o menos desapareció. Se quedó en el mismo piso pero no salía casi nunca. Nadie sabe realmente lo que sucedió. Creo que probablemente empezó a creer en alguna de las rebuscadas ideas religiosas sobre las cuales había escrito. Eso le trastornó, se volvió absolutamente loco. No hay ninguna otra forma de describirlo. Encerró a Peter en una habitación del piso, tapó las ventanas y le mantuvo allí durante nueve años. Intente imaginarlo, señor Auster. Nueve años. Toda una infancia pasada en la oscuridad, aislado del mundo, sin ningún contacto humano excepto alguna que otra paliza. Vivo con los resultados de aquel experimento y puedo asegurarle que el daño fue monstruoso. Lo que ha

visto usted hoy era a Peter en uno de sus mejores momentos. Han sido precisos trece años para que llegase a esto, y por nada del mundo consentiré que nadie vuelva a hacerle daño.

La señora Stillman se detuvo para coger aliento. Quinn intuyó que ella estaba al borde de un ataque de nervios y que una palabra más podría hacerle traspasar ese límite. Ahora tenía que hablar él, de lo contrario la conversación se le escaparía de las manos.

—¿Cómo descubrieron a Peter finalmente? —preguntó.

Parte de la tensión abandonó a la mujer. Exhaló audiblemente y miró a Quinn a los ojos.

—Hubo un incendio —contestó.

—¿Un incendio accidental o un incendio provocado?

—Nadie lo sabe.

—¿Qué opina usted?

—Yo creo que Stillman estaba en su despacho. Allí era donde guardaba los apuntes de su experimento y creo que finalmente se dio cuenta de que su trabajo había sido un fracaso. No digo que se arrepintiera de nada de lo que había hecho. Pero incluso considerado en sus propios términos, comprendió que había fracasado. Creo que esa noche llegó a un punto de máximo disgusto consigo mismo y decidió quemar sus papeles. Pero el fuego se extendió y quemó gran parte del piso. Afortunadamente, la habitación de Peter estaba al otro extremo de un largo pasillo y los bomberos llegaron hasta él a tiempo.

—¿Y luego?

—Tardaron varios meses en aclararlo todo. Los papeles de Stillman habían quedado destruidos, lo cual significaba que no había pruebas concretas. Por otra parte, estaba el estado de Peter, la habitación en la que había estado encerrado, aquellas horribles tablas que tapaban las ventanas, y finalmente la policía reconstruyó el caso. Stillman fue llevado a juicio.

—¿Qué sucedió en el juicio?

—Juzgaron que Stillman estaba loco y le recluyeron.

—¿Y Peter?

—Él también ingresó en un hospital. Permaneció allí hasta hace sólo dos años.

—¿Es allí donde le conoció usted?

—Sí. En el hospital.

—¿Cómo?

—Yo era su logopeda. Trabajé con Peter todos los días durante cinco años.

—No es mi intención cotillear. Pero ¿cómo llevó eso al matrimonio?

—Es complicado.

—¿Le importa hablarme de ello?

—En realidad no. Pero no creo que lo entienda.

—Sólo hay una manera de averiguarlo.

—Bueno, lo expresaré sencillamente. Era la mejor manera de sacar a Peter del hospital y darle una oportunidad de llevar una vida más normal.

—¿No podría haber conseguido su custodia legal?

—El procedimiento era muy complicado. Y, además, Peter ya no era menor de edad.

—¿No supuso un enorme sacrificio por su parte?

—En realidad no. Yo había estado casada antes... Desastrosamente. Ya no es algo que desee para mí. Con Peter, por lo menos mi vida tiene un propósito.

—¿Es verdad que van a soltar a Stillman?

—Mañana. Llegará a la estación Grand Central por la tarde.

—Y usted cree que tal vez venga a buscar a Peter. ¿Es sólo un presentimiento o tiene alguna prueba?

—Un poco de las dos cosas. Hace dos años iban a darle el alta. Pero le escribió una carta a Peter y yo se la enseñé a las autoridades. Decidieron que, después de todo, no estaba en condiciones de recibir el alta.

—¿Qué clase de carta era?

—La carta de un loco. Llamaba a Peter diablo y le decía que algún día le ajustaría las cuentas.

—¿Tiene usted esa carta?

—No. Se la di a la policía hace dos años.

—¿Una copia?

—Lo siento. ¿Cree usted que es importante?

—Podría serlo.

—Puedo intentar conseguirle una copia si lo desea.

—Deduzco que no hubo más cartas después de ésta.

—Ninguna. Y ahora piensan que Stillman está preparado para ser puesto en libertad. Ése es el punto de vista oficial, por lo menos, y yo no puedo hacer nada para impedirlo. Lo que creo, sin embargo, es que Stillman simplemente ha aprendido la lección. Se ha dado cuenta de que las cartas y las amenazas sólo servirían para mantenerle encerrado.

—Así que usted sigue preocupada.

—Así es.

—Pero no tiene ninguna idea precisa de cuáles podrían ser los planes de Stillman.

—Exactamente.

—¿Qué quiere usted que haga yo?



—Quiero que le vigile cuidadosamente. Quiero que averigüe qué se propone. Quiero que le mantenga alejado de Peter.

—En otras palabras, un trabajo de sabueso distinguido.

—Supongo que sí.

—Creo que debe usted entender que yo no puedo impedirle a Stillman que venga a este edificio. Lo que sí puedo hacer es advertírsele a usted. Y también asegurarme de venir con él.

—Entiendo. Con tal que tengamos alguna protección...

—Bien. ¿Con qué frecuencia quiere usted que le informe?

—Me gustaría que me informase todos los días. Digamos una llamada telefónica por la noche, alrededor de las diez o las once.

—Ningún problema.

—¿Algo más?

—Algunas preguntas más. Por ejemplo, tengo curiosidad por saber cómo averiguó usted que Stillman llegará a la estación Grand Central mañana por la tarde.

—Me he encargado de saberlo, señor Auster. Hay demasiado en juego como para que yo deje las cosas al azar. Y si alguien no sigue a Stillman desde el momento en que llegue, podría fácilmente desaparecer sin dejar rastro. No quiero que ocurra eso.

—¿En qué tren llega?

—El de las seis cuarenta y uno, procedente de Poughkeepsie.

—Supongo que tiene usted una fotografía de Stillman...

—Sí, por supuesto.

—También está la cuestión de Peter. Me gustaría saber por qué le contó usted todo esto. ¿No habría sido mejor callárselo?

—Eso quise hacer. Pero casualmente Peter estaba escuchando por el otro teléfono cuando recibí la noticia de que soltaban a su padre. No pude evitarlo. Peter puede ponerse muy terco y he aprendido que lo mejor es no mentirle.

—Una última pregunta. ¿Quién le habló de mí?

—El marido de la señora Saavedra, Michael. Ha sido policía e investigó un poco. Averiguó que usted era el mejor hombre de la ciudad para esta clase de trabajo.

—Me siento halagado.

—Por lo que he visto de usted hasta ahora, señor Auster, estoy segura de que hemos encontrado al hombre adecuado.

Quinn interpretó esto como una indicación de que debía levantarse. Fue un alivio estirar las piernas al fin. Las cosas habían ido bien, mucho mejor de lo que esperaba, pero ahora le dolía la cabeza y su cuerpo se resentía de un agotamiento que no había sentido desde hacía años. Si lo prolongaba más, estaba seguro de que acabaría delatándose.

—Mis honorarios son cien dólares al día más gastos —dijo—. Si pudiera usted darme algo por adelantado, eso constituiría una prueba de que estoy trabajando para usted, lo cual nos aseguraría una privilegiada relación investigador-cliente. Lo cual significa que todo lo que pase entre usted y yo será estrictamente confidencial.

Virginia Stillman sonrió, como por alguna broma secreta. O quizá simplemente respondía al posible doble sentido de su última frase. Como con tantas de las cosas que le sucederían a lo largo de los siguientes días y semanas, Quinn no podía estar seguro de nada.

—¿Qué cantidad desea? —le preguntó ella.

—Da igual. Eso lo dejo a su criterio.

—¿Quinientos?

—Eso será más que suficiente.

—Bien. Iré a buscar mi talonario. —Virginia Stillman se puso de pie y le sonrió de nuevo—. Le traeré también una fotografía del padre de Peter. Creo que sé exactamente dónde está.

Quinn le dio las gracias y dijo que esperaría. La miró cuando salía de la habitación y una vez más se encontró imaginando qué aspecto tendría sin nada de ropa. ¿Estaba ella insinuándole, se preguntó, o era sólo su propia mente tratando de sabotearle una vez más? Decidió posponer sus meditaciones y retomar el tema más tarde.

Virginia Stillman volvió a entrar en la habitación y dijo:

—Aquí tiene el cheque. Espero haberlo hecho correctamente.

Sí, sí, pensó Quinn mientras examinaba el cheque, todo va de primera. Estaba complacido de su propia astucia. El cheque, naturalmente, estaba extendido a nombre de Paul Auster, lo cual significaba que a Quinn no podrían acusarle de fingir ser un detective privado sin tener licencia. Le tranquilizó saber que de alguna manera se había puesto a salvo. El hecho de no poder cobrar el cheque no le preocupaba. Comprendió entonces que nada de aquello lo estaba haciendo por dinero. Metió el cheque en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Siento que no haya una fotografía más reciente —estaba diciendo Virginia Stillman—. Ésta es de hace más de veinte años. Pero me temo que no puedo hacer más.

Quinn miró la foto de la cara de Stillman esperando una repentina inspiración, una súbita corriente subterránea de conocimiento que le ayudase a comprender al hombre. Pero la foto no le dijo nada. No era más que la foto de un hombre. La estudió un momento y llegó a la conclusión de que podría ser cualquiera.

—La examinaré más atentamente cuando llegue a casa —dijo, guardándosela en el mismo bolsillo que el cheque—. Contando con el paso del tiempo, estoy seguro de que podré reconocerle mañana en la estación.

—Eso espero —dijo Virginia Stillman—. Es sumamente importante, y cuento con usted.

—No se preocupe —dijo Quinn—. Hasta ahora nunca le he fallado a nadie.

Ella le acompañó a la puerta. Durante varios segundos permanecieron allí en silencio, no sabiendo si había algo más que añadir o había llegado el momento de despedirse. En ese mínimo intervalo, repentinamente Virginia Stillman le echó los brazos al cuello, buscó sus labios y le besó apasionadamente, metiéndole la lengua hasta el fondo en la boca. Le pilló tan desprevenido que Quinn casi no lo disfrutó.

Cuando al fin pudo respirar de nuevo, la señora Stillman le mantuvo cogido con los brazos extendidos.

—Eso ha sido para demostrarle que Peter no decía la verdad. Es muy importante que me crea.

—La creo —dijo Quinn—. Y aunque no la creyese, no importaría mucho.

—Sólo quería que supiera de lo que soy capaz.

—Creo que tengo una idea.

Ella le cogió la mano derecha entre las suyas y se la besó.

—Gracias, señor Auster. Realmente creo que usted es la respuesta.

Él le prometió que la llamaría la noche siguiente y luego se encontró cruzando la puerta, bajando en el ascensor y saliendo del edificio. Era más de medianoche cuando salió a la calle.

## 4

Quinn había oído hablar anteriormente de casos como el de Peter Stillman. En los tiempos de su otra vida, poco después de que naciera su propio hijo, había hecho la reseña de un libro sobre el niño salvaje de Aveyron y por entonces había investigado algo el tema. Por lo que podía recordar, el primer relato de un experimento semejante aparecía en los escritos de Herodoto: el faraón egipcio Psamtik aisló a dos niños en el siglo VII antes de Cristo y ordenó al criado que estaba a cargo de ellos que nunca pronunciara una palabra en su presencia. Según Herodoto, un cronista notoriamente poco fiable, los niños aprendieron a hablar; la primera palabra que dijeron fue la palabra con que los frigios designaban al pan. En la Edad Media el santo emperador romano Federico II repitió el experimento, confiando en descubrir, mediante la utilización de métodos similares, el verdadero «lenguaje natural» del hombre. Pero los niños murieron antes de haber dicho una palabra. Finalmente, en lo que sin duda era un fraude, a principios del siglo XVI el rey de Escocia, Jacobo IV, afirmó que unos niños escoceses aislados de la misma manera acabaron hablando «muy buen hebreo».

No obstante, los chiflados y los ideólogos no fueron los únicos interesados en el tema. Incluso un hombre tan cuerdo y escéptico como Montaigne consideró la cuestión cuidadosamente y en su ensayo más importante, la *Apología de Raymond Sebond*, escribió: «Creo que un niño que hubiese sido criado en completa soledad, lejos de toda asociación (lo cual sería un duro experimento), tendría alguna clase de lenguaje para expresar sus ideas. Y no es creíble que la Naturaleza nos haya negado este recurso que ha concedido a muchos otros animales... Pero todavía está por saberse qué lenguaje hablaría este niño; y lo que se ha conjeturado acerca del asunto no tiene mucha apariencia de verdad.»

Además de tales experimentos, estaban también los casos de aislamientos accidentales —niños perdidos en el bosque, marineros abandonados en islas desiertas, niños criados por lobos—, así como los casos de padres crueles y sádicos que encerraban a sus hijos, los encadenaban a la cama, los golpeaban dentro de un armario, los torturaban sin otra razón que las convulsiones de su propia locura, y Quinn había leído toda la extensa literatura dedicada a estas historias. Estaba la del marinero escocés Alexander Selkirk (considerado por algunos el modelo de Robinson Crusoe) que había vivido durante cuatro años en una isla frente a la costa de Chile y que, según el capitán del barco que le rescató en 1708, «había olvidado su idioma por falta de uso, hasta tal punto que apenas podíamos entenderle». Menos de veinte años antes, Peter de Hanover, un niño salvaje de unos catorce años, que había sido descubierto mudo y desnudo en un bosque cerca de la ciudad alemana de Hamelin, fue llevado a la corte inglesa bajo la especial protección de Jorge I. Tanto Swift como Defoe tuvieron la oportunidad de verle y la experiencia inspiró el panfleto de Defoe *Mera naturaleza bosquejada*, publicado en 1726. Peter nunca aprendió a hablar, sin

embargo, y varios meses después fue enviado al campo, donde vivió hasta los setenta años, sin mostrar ningún interés por el sexo, el dinero u otros asuntos mundanos. También estaba el caso de Victor, el niño salvaje de Aveyron, que fue encontrado en 1800. Bajo los pacientes y meticulosos cuidados del doctor Itard, Victor aprendió los rudimentos del habla, pero nunca progresó más allá del nivel de un niño pequeño. Aún más conocido que Victor fue Kaspar Hauser, que apareció una tarde de 1828 en Nuremberg, vestido con un estrafalario traje y casi incapaz de emitir un sonido inteligible. Podía escribir su nombre, pero en todos los demás aspectos se comportaba como un niño pequeño. Adoptado por la ciudad y confiado a los cuidados de un maestro local, se pasaba los días sentado en el suelo jugando con caballos de juguete y solamente comía pan y agua. No obstante, Kaspar evolucionó. Se convirtió en un excelente jinete, se volvió obsesivamente limpio, tenía pasión por los colores rojo y blanco y, según el decir general, demostraba una extraordinaria memoria, especialmente para los nombres y las caras. Sin embargo, prefería permanecer en lugares interiores, rehuía la luz intensa y, como Peter de Hanover, nunca mostró el menor interés por el sexo o el dinero. Cuando recobró gradualmente la memoria, pudo recordar que había pasado muchos años en el suelo de una habitación oscura, alimentado por un hombre que no le hablaba nunca ni se dejaba ver. Poco después de estas revelaciones, Kaspar fue asesinado con una daga por un hombre desconocido en un parque público.

Hacía años que Quinn no se permitía pensar en estas historias. El tema de los niños le resultaba demasiado doloroso, especialmente niños que hubieran sufrido, que hubieran sido maltratados, que hubieran muerto antes de poder crecer. Si Stillman era el hombre de la daga que había vuelto para vengarse del muchacho cuya vida había destrozado, Quinn quería estar allí para impedirlo. Sabía que no podía devolverle la vida a su hijo, pero al menos podía evitar que otro muriese. De pronto se le ofrecía la posibilidad de hacer eso, y en aquel momento, mientras se hallaba de pie en la calle, la idea de lo que le esperaba se alzó ante él como un sueño terrible. Pensó en el pequeño ataúd que contenía el cuerpo de su hijo y en que había visto cómo lo bajaban a la tumba el día del entierro. Eso sí que era aislamiento, se dijo. Eso sí que era silencio. No le ayudaba, quizá, que su hijo también se llamara Peter.

## 5

En la esquina de la calle Setenta y dos con Madison Avenue paró un taxi. Mientras el coche traqueteaba por el parque hacia el West Side, Quinn miró por la ventanilla y se preguntó si aquellos eran los mismos árboles que Peter Stillman veía cuando salía al aire y la luz. Se preguntó si Peter veía las mismas cosas que él o si el mundo era un lugar diferente para él. Y si un árbol no era un árbol, se preguntó, qué era en realidad.

Después de que el taxi le dejara delante de su casa, Quinn se dio cuenta de que tenía hambre. No había comido desde que desayunó por la mañana temprano. Era extraño, pensó, lo rápidamente que había pasado el tiempo en casa de los Stillman. Si sus cálculos eran correctos, había estado allí más de catorce horas. Interiormente, sin embargo, parecía que su estancia había durado tres o cuatro horas como máximo. Se encogió de hombros ante la incongruencia y se dijo: «Tengo que aprender a mirar el reloj más a menudo.»

Volvió atrás por la Ciento siete, torció a la izquierda al llegar a Broadway y echó a andar hacia el centro, buscando un sitio adecuado para comer. Aquella noche no le apetecía un bar —comer en la oscuridad, el agobio de la charla alcohólica—, aunque normalmente se habría alegrado de encontrar uno. Al cruzar la calle Ciento doce vio que la Heights Luncheonette estaba aún abierta y decidió entrar. Era un local muy iluminado pero triste, con un gran expositor de revistas de chicas en una pared, una zona de artículos de papelería, otra zona de periódicos, varias mesas para los clientes y un largo mostrador de formica con taburetes giratorios. Un puertorriqueño alto con un gorro de cartón blanco de cocinero estaba detrás del mostrador. Su trabajo era hacer la comida, que consistía principalmente en hamburguesas tachonadas de cartílago, sandwiches con tomate blando y lechuga mustia, batidos, pasteles de crema y bollos. A su derecha, acomodado detrás de la caja registradora, estaba el jefe, un hombrecito medio calvo con el pelo rizado y un número de campo de concentración tatuado en el antebrazo, mangoneando su dominio de cigarrillos, pipas y puros. Permanecía allí impasible, leyendo la edición nocturna del *Daily News* de la mañana siguiente.

El lugar estaba casi desierto a aquella hora. En la mesa del fondo estaban dos viejos vestidos con ropa raída, uno muy gordo y el otro muy delgado, estudiando atentamente los formularios de las carreras. Sobre la mesa, entre ambos, había dos tazas de café vacías. En la parte de delante, frente al expositor de revistas, estaba un joven estudiante con una revista abierta entre las manos, mirando fijamente la fotografía de una mujer desnuda. Quinn se sentó ante el mostrador y pidió una hamburguesa y un café. Mientras se ponía en marcha, el cocinero le habló por encima del hombro.

—¿Ha visto usted el partido esta noche?

—Me lo he perdido. ¿Ha ocurrido algo bueno?

—¿Usted qué cree?

Quinn llevaba varios años manteniendo la misma conversación con aquel hombre, cuyo nombre no conocía. Una vez, estando él en la cafetería, habían hablado de béisbol y ahora cada vez que Quinn entraba continuaban la conversación. En invierno trataba de traspasos, predicciones y recuerdos. Durante la temporada, siempre hablaban del último partido. Ambos eran seguidores de los Mets y la desesperanza de esa pasión había creado un vínculo entre ellos. El cocinero meneó la cabeza.

—En las dos primeras entradas Kingman es el único que consigue golpear —dijo—. Bum, bum. Dos buenos pelotazos, que van camino de la luna. Jones está lanzando bien por una vez y las cosas no van demasiado mal. Están dos a uno al final de la novena. Pittsburgh pone dos hombres en la segunda y la tercera, uno eliminado, así que los Mets van al banquillo a buscar a Alien. Él pasa a la primera base al siguiente bateador para llenarlas. Los Mets acercan a sus jugadores de perímetro para reforzar las bases, o quizá puedan conseguir el doble juego si mandan el tiro por el medio. Peña viene y golpea corto contra el suelo hacia la primera y la jodida bola pasa por entre las piernas de Kingman. Dos hombres marcan, y se acabó, adiós a Nueva York.

—Dave Kingman es un mierda —dijo Quinn, mordiéndose su hamburguesa.

—Pero no hay que perder de vista a Foster —dijo el cocinero.

—Foster está acabado. Un individuo con cara de amargado. —Quinn masticó su comida con cuidado, buscando con la lengua trocitos de hueso—. Deberían devolverlo a Cincinnati por correo urgente.

—Sí —dijo el cocinero—. Pero serán duros de pelar. Mejor que el año pasado, por lo menos.

—No sé —dijo Quinn, tomando otro bocado—. Sobre el papel parecen buenos, pero ¿qué tienen realmente? Stearns está siempre lesionado. Tienen a jugadores de la liga menor en la segunda base y en campo corto y Brooks no puede concentrarse en el juego. Mookie es bueno, pero está verde y ni siquiera pueden decidir a quién poner de exterior derecha. Aún tienen a Rusty, claro, pero ya está demasiado gordo para correr. En cuanto a lanzadores, olvídalo. Usted y yo podríamos ir a ver a Shea mañana y nos contrataría como las dos máximas figuras.

—Puede que yo le contratara a usted como entrenador —dijo el cocinero—. Usted podría darles la patada a esos gilipollas.

—Puede apostar su último dólar a que sí —dijo Quinn.

Cuando terminó de comer, Quinn se acercó a los estantes de papelería. Acababa de llegar una remesa de cuadernos nuevos y la pila era impresionante, un hermoso despliegue de azules, verdes, rojos y amarillos. Cogió uno y vio que las páginas tenían el rayado estrecho que él prefería. Quinn escribía siempre con pluma, sólo utilizaba la máquina de escribir para la versión definitiva, y siempre estaba buscando buenos cuadernos de espiral. Ahora que se había embarcado en el caso Stillman, le parecía que se imponía un nuevo cuaderno. Sería útil tener un sitio distinto donde anotar sus pensamientos, observaciones y preguntas. De esa manera, quizá las cosas no se le irían de las manos.

Examinó la pila tratando de decidir cuál coger. Por razones que nunca estuvieron claras para él, de repente sintió un irresistible deseo por un determinado cuaderno rojo que estaba al fondo de la pila. Lo sacó y lo examinó, pasando cuidadosamente las hojas con el pulgar. Era incapaz de explicarse por qué lo encontraba tan atractivo. Era un cuaderno normal de veinte por veintiocho con cien hojas. Pero algo en él parecía llamarle, como si su único destino en el mundo fuera contener las palabras que salieran de su pluma. Casi azorado por la intensidad de sus sentimientos, Quinn se metió el cuaderno rojo bajo el brazo, se acercó a la caja y lo compró.

De vuelta en su apartamento un cuarto de hora más tarde, Quinn sacó la fotografía de Stillman y el cheque del bolsillo de su chaqueta y los puso cuidadosamente sobre la mesa. Retiró los desechos de la superficie —cerillas quemadas, colillas, remolinos de ceniza, cartuchos de tinta gastados, unas cuantas monedas, billetes rotos, garabatos, un pañuelo sucio— y puso el cuaderno rojo en el centro. Luego corrió las cortinas, se quitó toda la ropa y se sentó a la mesa. Nunca había hecho aquello, pero por alguna razón le parecía apropiado estar desnudo en aquel momento. Se quedó allí sentado durante veinte o treinta segundos, tratando de no moverse, tratando de no hacer nada más que respirar. Luego abrió el cuaderno rojo. Cogió la pluma y escribió sus iniciales, DQ (Daniel Quinn), en la primera página. Era la primera vez desde hacía más de cinco años que escribía su propio nombre en uno de sus cuadernos. Se detuvo a considerar esto durante un momento pero luego lo desechó por irrelevante. Volvió la página. Durante unos momentos estudió su blancura, preguntándose si no era un idiota. Luego posó la pluma en la primera línea e hizo la primera anotación en el cuaderno rojo.

La cara de Stillman. O la cara de Stillman hace veinte años. Imposible saber si la cara de mañana recordará a ésta. Es seguro, sin embargo, que ésta no es la cara de un loco. ¿No es ésta una afirmación legítima? A mis ojos, por lo menos, parece bondadosa, cuando no francamente agradable. Hay incluso una insinuación de ternura en torno a la boca. Más que probable que los ojos sean azules, con tendencia a lagrimear. El pelo escaso ya entonces, por lo tanto quizá desaparecido ya, y lo que quede será gris o incluso blanco. Resulta extrañamente familiar: el tipo meditativo, sin duda muy nervioso, alguien que quizá tartamudee, que luche consigo mismo para contener el torrente de palabras que salen de su boca.

El pequeño Peter. ¿Es necesario que lo imagine o puedo aceptarlo por un acto de fe? La oscuridad. Pensar en mí mismo en esa habitación, chillando. Me resisto. Creo que ni siquiera deseo entenderlo. ¿Con qué fin? Esto no es una historia, al fin y al cabo. Es un hecho, algo que ha ocurrido en este mundo, y se supone que yo tengo que hacer un trabajo, una cosita de nada, y he dicho que sí. Si todo va bien, debería ser bastante sencillo. No me han contratado para comprender, simplemente para actuar. Esto es algo nuevo. Debo tenerlo en cuenta a toda costa.

Y, sin embargo, ¿qué es lo que dice Dupin en Poe? «Una identificación del intelecto del razonador con el de su oponente.» Pero aquí se aplicaría a Stillman padre. Lo cual probablemente es aún peor.



En cuanto a Virginia, estoy en un mar de dudas. No sólo por el beso, que podría explicarse por diversas razones; no por lo que Peter dijo de ella, que no tiene importancia. ¿Su matrimonio? Quizá. La completa incongruencia del mismo. ¿Podría ser que estuviera metida en esto por dinero? ¿Que de alguna manera estuviera trabajando en colaboración con Stillman? Eso lo cambiaría todo. Pero, al mismo tiempo, no tiene sentido. ¿Por qué me habría contratado?

¿Para tener un testigo de sus aparentemente buenas intenciones? Quizá. Pero eso parece demasiado complicado. Y, sin embargo, ¿por qué siento que ella no es de fiar?

Otra vez la cara de Stillman. He pensado durante estos últimos minutos que la he visto antes. Quizá hace años en el barrio, antes de que le detuvieran.

Recordar la sensación que produce llevar la ropa de otra persona. Empezar por ahí, creo. Suponiendo que tenga que hacerlo. En los viejos tiempos, hace dieciocho o veinte años, cuando yo no tenía dinero y los amigos me daban cosas. Por ejemplo, el viejo abrigo de J en la universidad. Y la extraña sensación que tenía de meterme en su piel. Ése es probablemente un buen comienzo.

Y luego, lo más importante de todo: recordar quién soy. Recordar quién se supone que soy. No creo que esto sea un juego. Por otra parte, nada está claro. Por ejemplo: ¿Quién eres tú? Y si crees que lo sabes, ¿por qué insistes en mentir al respecto? No tengo ninguna respuesta. Lo único que puedo decir es esto: Escúchame. Mi nombre es Paul Auster. Ése no es mi verdadero nombre.

## 6

Quinn pasó la mañana siguiente en la biblioteca de Columbia con el libro de Stillman. Llegó temprano, fue el primero en entrar cuando las puertas se abrieron, y el silencio de los vestíbulos de mármol le reconfortó, como si le hubieran permitido entrar en una cripta de olvido. Después de enseñarle fugazmente su tarjeta de antiguo alumno al soñoliento empleado que estaba detrás de la mesa, sacó el libro de las estanterías, regresó al tercer piso y se instaló en un sillón de cuero verde en una de las salas para fumadores. La luminosa mañana de mayo acechaba fuera como una tentación, una llamada a deambular sin rumbo al aire libre, pero Quinn la venció. Le dio la vuelta al sillón, se sentó de espaldas a la ventana y abrió el libro.

*El jardín y la torre: primeras visiones del Nuevo Mundo.* Estaba dividido en dos partes aproximadamente de la misma extensión: «El mito del paraíso» y «El mito de Babel». La primera se concentraba en los descubrimientos de los exploradores, comenzando por Colón y siguiendo hasta Raleigh. El argumento de Stillman era que los primeros hombres que visitaron América creyeron que habían encontrado accidentalmente el paraíso, un segundo Jardín del Edén. En el relato de su tercer viaje, por ejemplo, Colón escribe: «Porque creo que se encuentra aquí el Paraíso terrenal, al cual nadie puede entrar excepto con el permiso de Dios.» En cuanto a las gentes de aquella tierra, Peter Martyr escribiría ya en 1505: «Parecen vivir en ese mundo dorado del cual hablaban tanto los escritores antiguos, en el que los hombres vivían con sencillez e inocencia, sin imposición de leyes, sin disputas, jueces ni calumnias, contentos tan sólo con satisfacer a la naturaleza.» O como escribía el siempre presente Montaigne más de medio siglo después: «En mi opinión, lo que realmente vemos en estos pueblos no sólo sobrepasa todas las imágenes que los poetas dibujaron de la Edad de Oro, y todas las invenciones que representaban el entonces feliz estado de la humanidad, sino también el concepto y el deseo de la filosofía misma.» Desde el principio, según Stillman, el descubrimiento del Nuevo Mundo fue el impulso que insufló vida al pensamiento utópico, la chispa que dio esperanzas a la perfectibilidad de la vida humana, desde el libro de Tomás Moro de 1516 hasta la profecía de Gerónimo de Mendieta, unos años más tarde, de que América se convertiría en un estado teocrático ideal, una verdadera Ciudad de Dios.

Existía, sin embargo, el punto de vista contrario. Si algunos consideraban que los indios vivían en una inocencia anterior al pecado original, había otros que los juzgaban bestias salvajes, diablos con forma de hombres. El descubrimiento de caníbales en el Caribe no contribuyó a atenuar esta opinión. Los españoles la utilizaron como justificación para explotar a los nativos despiadadamente para sus propios fines mercantiles. Porque si uno no considera humano al hombre que tiene delante, se comporta con él con menos escrúpulos. Hasta 1537, con la bula papal de Pablo III, los indios no fueron declarados verdaderos

hombres dueños de un alma. El debate, no obstante, continuó durante varios cientos de años, culminando por una parte en el «buen salvaje» de Locke y Rousseau —que puso los cimientos teóricos de la democracia en una América independiente— y, por la otra, en la campaña de exterminio de los indios, en la imperecedera creencia de que el único indio bueno era el indio muerto.

La segunda parte del libro empieza con un nuevo examen de la caída. Apoyándose fuertemente en Milton y su relato de *El paraíso perdido* —como representante de la postura puritana ortodoxa—, Stillman afirmaba que sólo después de la caída comenzó la vida humana tal y como la conocemos. Porque si en el Jardín no existía el mal, tampoco existía el bien. Como lo expresa el propio Milton en la *Areopagitica*, «fue de la piel de una manzana saboreada de donde saltaron al mundo el bien y el mal, como dos gemelos inseparables». La glosa de Stillman de esta frase era extremadamente significativa. Alerta siempre a la posibilidad de juegos de palabras, demostraba que la palabra «saborear» era en realidad una referencia a la palabra latina «sapere», que significaba a la vez «saborear» y «saber» y por lo tanto contenía una referencia subliminal al árbol de la ciencia: el origen de la manzana cuyo sabor trajo al mundo el conocimiento, es decir, el bien y el mal. Stillman se extendía también en la paradoja de la palabra «gemelos», que sugiere a la vez «unión» y «desunión», encarnando así dos significados iguales y opuestos, los cuales a su vez encarnan una visión del lenguaje que Stillman consideraba presente en toda la obra de Milton. En *El paraíso perdido*, por ejemplo, cada palabra clave tiene dos significados: uno antes de la caída y otro después de la caída. Para ilustrar su tesis, Stillman aisló varias de estas palabras —siniestro, serpentino, delicioso— y mostró que su uso anterior a la caída estaba libre de connotaciones morales, mientras que su uso posterior a la caída era oscuro, ambiguo, informado por el conocimiento del mal. La única tarea de Adán en el Edén había sido inventar el lenguaje, ponerle nombre a cada criatura y cada cosa. En aquel estado de inocencia, su lengua había ido derecha al corazón del mundo. Sus palabras no habían sido simplemente añadidas a las cosas que veía, sino que revelaban su esencia, literalmente les daban vida. Una cosa y su nombre eran intercambiables. Después de la caída, esto ya no era cierto. Los nombres se separaron de las cosas; las palabras degeneraron en una colección de signos arbitrarios; el lenguaje quedó apartado de Dios. La historia del Edén, por lo tanto, no sólo narra la caída del hombre, sino la caída del lenguaje.

Más adelante en el libro del Génesis hay otra historia sobre el lenguaje. Según Stillman, el episodio de la torre de Babel era una recapitulación exacta de lo sucedido en el Edén, sólo que ampliada y generalizada en su significado para toda la humanidad. La historia adquiere especial sentido cuando se considera su posición dentro del libro: capítulo XI del Génesis, versículos 1 al 9. Éste es el último incidente de la prehistoria en la Biblia. Después de eso, el Antiguo Testamento es exclusivamente una crónica de los hebreos. En otras palabras, la torre de Babel representa la última imagen antes del verdadero comienzo del mundo.

Los comentarios de Stillman continuaban a lo largo de un montón de páginas. Empezaba con un estudio histórico de las diversas tradiciones exegéticas relativas a la historia, seguía con las numerosas lecturas erróneas que se habían hecho de ella, y terminaba con un largo catálogo de leyendas de la Aggada (un compendio de interpretaciones rabínicas no relacionadas con cuestiones legales). Estaba generalmente aceptado, escribía Stillman, que la torre había sido construida en el año 1996 después de la

creación, apenas trescientos cuarenta años después del Diluvio, «para que no quedásemos desperdigados por toda la faz de la tierra». El castigo de Dios vino como respuesta a este deseo, que contradecía un mandato aparecido anteriormente en el Génesis: «Creced y multiplicaos, llenad la tierra y dominadla.» Al destruir la torre, por lo tanto, Dios condenaba al hombre a obedecer este precepto. Otra lectura, no obstante, veía la torre como un desafío a Dios. Nemrod, el primer gobernante de todo el mundo, fue designado como arquitecto de la torre: Babel iba a ser un templo que simbolizase la universalidad de su poder. Ésta era la visión prometeica de la historia y se apoyaba en las frases «cuya parte superior pueda llegar al cielo» y «hagamos un nombre». La construcción de la torre se convirtió en la obsesiva y arrolladora pasión de la humanidad, más importante finalmente que la vida misma. Los ladrillos se volvieron más valiosos que las personas. Las mujeres que trabajaban en ella ni siquiera se paraban para dar a luz a sus hijos; sujetaban al recién nacido en el delantal y continuaban trabajando. Al parecer, había tres grupos diferentes ocupados en la construcción: los que deseaban morar en el cielo, los que deseaban hacerle la guerra a Dios y los que deseaban adorar a los ídolos. Al mismo tiempo, estaban unidos en sus esfuerzos —«Y toda la tierra tenía una sola lengua y una sola habla»— y el poder latente de una humanidad unida enojó a Dios. «Y el Señor dijo: Mirad, el pueblo es todo uno y tienen todos una sola lengua; y esto empiezan a hacer: y ahora nada podrá impedirles que hagan lo que imaginan.» Este discurso es un eco consciente de las palabras que Dios pronunció al expulsar a Adán y Eva del Paraíso: «Mirad, el hombre se ha convertido en uno de nosotros, conoce el bien y el mal; y ahora, para que no alargue la mano y tome también del árbol de la vida y coma y viva para siempre... Por lo tanto el Señor Dios les mandó fuera del Jardín del Edén...» Otra lectura sostiene que la historia pretendía ser únicamente una forma de explicar la diversidad de los pueblos y las lenguas. Porque si todos los hombres descendían de Noé y sus hijos, ¿cómo era posible dar razón de las enormes diferencias entre culturas? Otra lectura similar argumentaba que la historia era una explicación de la existencia del paganismo y la idolatría, ya que hasta esta historia se presenta a todos los hombres como monoteístas en sus creencias. En cuanto a la torre misma, la leyenda afirma que un tercio de la estructura se hundió en la tierra, un tercio fue destruido por el fuego y otro tercio quedó en pie. Dios la atacó de dos maneras distintas para convencer al hombre de que la destrucción era un castigo divino y no el resultado del azar. Sin embargo, la parte que quedó en pie era tan alta que una palmera vista desde arriba no parecía mayor que un saltamontes. También se decía que una persona podía andar durante tres días a la sombra de la torre sin abandonarla nunca. Por último —y Stillman se extendía mucho sobre esto— se creía que quien miraba las ruinas de la torre olvidaba todo lo que sabía.

Quinn no era capaz de ver qué tenía que ver todo aquello con el Nuevo Mundo. Pero entonces empezaba un capítulo nuevo y de repente Stillman se ponía a comentar la vida de Henry Dark, un clérigo de Boston que había nacido en Londres en 1649 (el día de la ejecución de Carlos I), fue a América en 1675 y murió en un incendio en Cambridge, Massachusetts, en 1691.

Según Stillman, cuando era joven, Henry Dark había sido secretario particular de John Milton, desde 1669 hasta la muerte del poeta cinco años más tarde. Esto era una novedad para Quinn, porque le parecía recordar haber leído en alguna parte que cuando Milton se quedó ciego le dictaba su obra a una de sus hijas. Se enteró de que Dark era un fervoroso puritano, estudiante de teología y devoto seguidor de la obra de Milton. Conoció

a su héroe una tarde en una pequeña reunión y éste le invitó a hacerle una visita la semana siguiente. Eso llevó a nuevas visitas, hasta que finalmente Milton empezó a encomendarle a Dark diversas tareas: tomar dictados, guiarle por las calles de Londres, leerle las obras de los antiguos. En una carta que Dark le escribió en 1672 a su hermana a Boston mencionaba largas conversaciones con Milton sobre los puntos más delicados de la exégesis bíblica. Luego Milton murió y Dark quedó desconsolado. Seis meses más tarde, pensando que Inglaterra era un desierto, una tierra que no le ofrecía nada, decidió emigrar a América. Llegó a Boston en el verano de 1675.

Poco se sabía de sus primeros años en el Nuevo Mundo. Stillman especulaba que tal vez había viajado hacia el oeste, adentrándose en territorios inexplorados, pero no pudo encontrar pruebas concretas que respaldaran su hipótesis. Por otra parte, ciertas referencias a los escritos de Dark indican un conocimiento profundo de las costumbres de los indios, lo cual lleva a Stillman a teorizar que quizá Dark vivió con una de las tribus durante algún tiempo. Sea como fuere, no hay ninguna mención pública de Dark hasta 1682, cuando su nombre se inscribe en el registro de matrimonios de Boston por haber tomado como esposa a una tal Lucy Fitts. Dos años más tarde aparece encabezando la lista de una pequeña congregación puritana en las afueras de la ciudad. La pareja tuvo varios hijos, pero todos ellos murieron en la primera infancia. No obstante, un hijo de nombre John, nacido en 1686, sobrevivió: Pero se sabe que el niño pereció en 1691 al caer accidentalmente desde una ventana del segundo piso. Justo un mes más tarde toda la casa ardió y tanto Dark como su esposa murieron en el incendio.

Henry Dark habría pasado a la oscuridad de los primeros tiempos de la vida americana de no ser por una cosa: la publicación en 1690 de un panfleto titulado *La nueva Babel*. Según Stillman, esta obrita de sesenta y cuatro páginas era el relato más visionario del nuevo continente escrito hasta entonces. Si Dark no hubiera muerto tan poco tiempo después de su aparición, su efecto sin duda habría sido mayor. Porque, al parecer, la mayor parte de los ejemplares del panfleto fueron destruidos en el incendio que mató a Dark. Stillman había podido descubrir sólo uno, y ello por casualidad, en el desván de la casa de su familia en Cambridge. Tras años de diligente búsqueda, había llegado a la conclusión de que aquél era el único ejemplar que existía aún.

*La nueva Babel*, escrito en vigorosa prosa miltoniana, proponía la construcción del paraíso en América. Al contrario que otros autores sobre el tema, Dark no suponía que el paraíso fuera un lugar que pudiera descubrirse. No había mapas que pudieran llevar al hombre hasta allí, ni instrumentos de navegación que pudieran guiar al hombre hasta sus costas. Más bien, su existencia estaba inmanente dentro del hombre mismo: la idea de un más allá que él pudiera crear algún día en el aquí y ahora. Porque la utopía no estaba en ninguna parte, ni siquiera, como explicaba Dark, en su «verbo». Y el hombre lograría crear ese lugar soñado únicamente construyéndolo con sus propias manos.

Dark basaba sus conclusiones en la lectura de la historia de Babel como una obra profética. Inspirándose fuertemente en la interpretación de Milton de la caída, seguía a su maestro en el hecho de atribuir una desmedida importancia al papel del lenguaje. Pero llevaba las ideas del poeta un paso más lejos. Si la caída del hombre entrañaba también la caída del lenguaje, ¿no era lógico suponer que sería posible deshacer la caída, invertir sus efectos, deshaciendo la caída del lenguaje, esforzándose por recrear el lenguaje que se hablaba en el Edén? Si el hombre podía aprender ese lenguaje original de la inocencia, ¿no

se seguía de ello que recobraría un estado de inocencia dentro de sí? Bastaba con mirar el ejemplo de Cristo, argumentaba Dark, para comprender que eso era así. Porque ¿acaso no era Cristo un hombre, una criatura de carne y hueso? ¿Y no hablaba Cristo ese lenguaje anterior al pecado original? En *El paraíso recobrado* de Milton, Satanás habla con «engaño de doble sentido», mientras que, en el caso de Cristo, sus «acciones con sus palabras concuerdan, sus palabras / a su gran corazón dan la expresión debida, su corazón / contiene de bondad, sabiduría, justicia, la forma perfecta». ¿Y no había Dios «enviado ahora a su Oráculo viviente / al mundo para enseñar su última voluntad, / y envía su Espíritu de la Verdad a morar en lo porvenir / en los corazones píos, un Oráculo interior / indispensable para que yo conozca toda Verdad»? Y, gracias a Cristo, ¿no tuvo la caída un feliz resultado, no fue una *felix culpa*, como afirma la doctrina? Por lo tanto, argüía Dark, ciertamente sería posible que el hombre hablase el lenguaje original de la inocencia y recobrase, completa e intacta, la verdad dentro de sí.

Volviendo a la historia de Babel, Dark elaboraba luego su plan y anunciaba su visión de las cosas por venir. Citando el segundo versículo del Génesis 11 —«Y sucedió que mientras viajaban desde el este encontraron una llanura en la tierra de Sennaar y moraron allí»—, Dark afirmaba que este pasaje demostraba el movimiento hacia el oeste de la vida y la civilización humanas. Porque la ciudad de Babel —o Babilonia— estaba situada en Mesopotamia, muy al este de la tierra de los hebreos. Si Babel se encontraba al oeste de algo, era del Edén, el solar originario de la humanidad. El deber del hombre de esparcirse por toda la tierra —obedeciendo el mandato de Dios de «creced... y llenad la tierra»— inevitablemente seguiría un curso occidental. ¿Y qué tierra más occidental en toda la cristiandad, se preguntaba Dark, que América? El movimiento de los colonos ingleses hacia el Nuevo Mundo, por lo tanto, podría interpretarse como el cumplimiento del antiguo mandamiento. América era el último paso en ese proceso. Una vez que el continente se hubiera llenado, habría llegado el momento para un cambio en la fortuna de la humanidad. El impedimento de la construcción de Babel —que el hombre debía llenar la tierra— habría quedado eliminado. En ese momento sería posible de nuevo que toda la tierra tuviera una sola lengua y una sola habla. Y si eso sucedía, el paraíso no estaría lejos.

Al igual que Babel había sido construida trescientos cuarenta años después del Diluvio, el mandamiento se cumpliría, predecía Dark, exactamente trescientos cuarenta años después de la llegada del *Mayflower* a Plymouth. Porque ciertamente serían los puritanos, el recién elegido pueblo de Dios, quienes tendrían en sus manos el destino de la humanidad. Al contrario que los hebreos, que le habían fallado a Dios al negarse a aceptar a su hijo, aquellos ingleses trasplantados escribirían el último capítulo de la historia antes de que el cielo y la tierra se uniesen al fin. Como Noé en su arca, habían viajado por el vasto océano para llevar a cabo su sagrada misión.

Trescientos cuarenta años, según los cálculos de Dark, significaba que en 1960 la primera parte de la tarea de los colonos habría concluido. En ese momento, se habrían puesto los cimientos para la verdadera obra que habría de seguir: la construcción de la nueva Babel. Él ya veía, escribía Dark, signos esperanzadores en la ciudad de Boston, porque allí, como en ninguna otra parte del mundo, el principal material de construcción era el ladrillo, que, como se especifica en el versículo 3 del Génesis 11, era el material de construcción de Babel. En el año 1960, afirmaba confiado, la nueva Babel comenzaría a subir, su misma forma aspirando a alcanzar los cielos, un símbolo de la resurrección del

espíritu humano. La historia se escribiría en sentido inverso. Lo que había caído se levantaría. Lo que se había roto volvería a estar entero. Una vez terminada, la torre sería lo bastante grande como para albergar a todos los habitantes del Nuevo Mundo. Habría una habitación para cada persona y una vez que entraran en esa habitación olvidarían todo lo que sabían. Al cabo de cuarenta días y cuarenta noches saldrían convertidos en hombres nuevos, hablando el lenguaje de Dios, dispuestos a habitar el segundo y eterno paraíso.

Así acababa la sinopsis que hacía Stillman del panfleto de Henry Dark, fechado el veinte de diciembre de 1690, el septuagésimo aniversario del desembarco del *Mayflower*.

Quinn dio un pequeño suspiro y cerró el libro. La sala de lecturas estaba vacía. Se inclinó hacia adelante, puso la cabeza entre las manos y cerró los ojos.

—Mil novecientos sesenta —dijo en voz alta.

Trató de evocar una imagen de Henry Dark, pero no lo consiguió. En su mente sólo veía un incendio, una hoguera de libros ardiendo. Luego, perdiendo el hilo de sus pensamientos, se acordó repentinamente de que 1960 era el año en que Stillman encerró a su hijo.

Abrió el cuaderno rojo y lo colocó sobre su regazo. Justo cuando estaba a punto de escribir en él, sin embargo, decidió que ya había tenido suficiente. Cerró el cuaderno rojo, se levantó del sillón y devolvió el libro de Stillman en el mostrador de la entrada. Encendiendo un cigarrillo al pie de la escalera, abandonó la biblioteca y se perdió en la tarde de mayo.

Llegó a la estación Grand Central con mucha anticipación. La llegada del tren de Stillman estaba prevista a las 6.41, pero Quinn quería tener tiempo para estudiar la geografía del lugar, para asegurarse de que Stillman no podría escapársele. Cuando salió del metro y entró en el gran vestíbulo vio en el reloj de la estación que eran las cuatro. La estación ya había empezado a llenarse del gentío de la hora punta. Abriéndose paso a través de los cuerpos que venían en dirección contraria, Quinn recorrió las puertas numeradas, buscando escaleras ocultas, salidas no señalizadas, recovecos oscuros. Llegó a la conclusión de que un hombre decidido a desaparecer podría hacerlo sin mucha dificultad. Tendría que confiar en que Stillman no hubiera sido advertido de que él estaría allí. Si así fuera, y Stillman consiguiera eludirle, significaría que Virginia Stillman era la responsable. No había nadie más. Le consolaba saber que tenía un plan alternativo por si las cosas salían mal. Si Stillman no se presentaba, Quinn iría directamente a la calle Sesenta y se enfrentaría a Virginia Stillman con lo que sabía.

Mientras deambulaba por la estación, se recordó quién se suponía que era. Había empezado a notar que el efecto de ser Paul Auster no era del todo desagradable. Aunque seguía teniendo el mismo cuerpo, la misma mente, los mismos pensamientos, se sentía como si de alguna manera le hubieran sacado de sí mismo, como si ya no tuviera que soportar el peso de su propia conciencia. Gracias a un sencillo truco de la inteligencia, un hábil cambio de nombre, se sentía incomparablemente más ligero y más libre. Al mismo tiempo, sabía que todo era una ilusión. Pero había cierto consuelo en eso. No se había perdido realmente; sólo estaba fingiendo, y podía volver a ser Quinn cuando quisiera. El hecho de que ahora hubiese un propósito en ser Paul Auster —un propósito que cada vez era más importante para él— le servía como una especie de justificación moral para la farsa y le absolvía de tener que defender su mentira. Porque creerse Auster se había convertido en su mente en sinónimo de hacer el bien en el mundo.

Vagó por la estación como si estuviera dentro del cuerpo de Paul Auster, esperando a que apareciese Stillman. Levantó la cabeza para mirar la cúpula del gran vestíbulo y estudió el fresco de las constelaciones. Había bombillas representando las estrellas y dibujos de las figuras celestes. Quinn nunca había podido comprender la relación entre las constelaciones y sus nombres. Cuando era niño había pasado muchas horas bajo el cielo nocturno tratando de hacer concordar los grupos de minúsculas luces con las formas de osos, toros, arqueros y aguadores. Pero nunca lo conseguía y se sentía estúpido, como si hubiera un punto ciego en el centro de su cerebro. Se preguntó si al joven Auster se le habría dado mejor aquello.



Al otro lado, ocupando la mayor parte de la pared oriental de la estación, estaba la fotografía de Kodak, con sus brillantes y fantásticos colores. La escena del mes mostraba una calle de un pueblo pesquero de Nueva Inglaterra, quizá Nantucket. Una hermosa luz primaveral brillaba sobre el empedrado, en las jardineras de las ventanas había flores de muchos colores y a lo lejos, al final de la calle, estaba el mar, con sus olas blancas y su agua muy azul. Quinn se acordó de haber visitado Nantucket con su esposa hacía muchos años, en el primer mes de embarazo, cuando el hijo no era más que una diminuta almendra en su vientre. Le resultó doloroso pensar en aquello y trató de borrar las imágenes que se estaban formando en su cabeza. «Míralo a través de los ojos de Auster», se dijo, «y no pienses en nada más.» Volvió de nuevo su atención a la fotografía y se sintió aliviado al descubrir que sus pensamientos se desviaban al tema de las ballenas, las expediciones que habían partido de Nantucket en el siglo pasado, Melville y las primeras páginas de *Moby Dick*. Desde allí su mente pasó a los relatos que había leído sobre los últimos años de Melville, el viejo taciturno que trabajaba en la aduana de Nueva York, sin lectores, olvidado de todos. Luego, repentinamente, con gran claridad y precisión, vio la ventana de Bartleby y la lisa pared de ladrillo ante él.

Alguien le dio un golpecito en el brazo y cuando Quinn se volvió para enfrentarse al asalto vio a un hombre bajo y silencioso que le tendía un bolígrafo verde y rojo. Sujeta al bolígrafo había una banderita de papel blanco. Por un lado decía: «Este buen artículo es cortesía de un SORDOMUDO. Pague la voluntad. Gracias por su ayuda.» Por el otro lado de la banderita había una tabla del alfabeto manual —ENSEÑE A HABLAR A SUS AMIGOS— que mostraba la posición de la mano para cada una de las veintiséis letras. Quinn se metió la mano en el bolsillo y le dio un dólar al hombre. El sordomudo asintió una vez muy brevemente y luego siguió su camino, dejando a Quinn con el bolígrafo en la mano.

Eran ya más de las cinco. Quinn decidió que sería menos vulnerable en otro sitio y se dirigió a la sala de espera. Generalmente era un lugar tétrico, lleno de polvo y de gente que no tenía adonde ir, pero ahora, en plena hora punta, había sido tomado por hombres y mujeres con maletines, libros y periódicos. Quinn tuvo dificultad para encontrar un asiento. Después de buscar durante dos o tres minutos finalmente encontró un sitio en uno de los bancos y se metió entre un hombre vestido con un traje azul y una mujer joven y gordita. El hombre estaba leyendo la sección de deportes del *Times* y Quinn echó una ojeada para leer la crónica de la derrota de los Mets la noche anterior. Había llegado al tercer o cuarto párrafo cuando el hombre se volvió lentamente hacia él, le lanzó una mirada asesina y apartó el periódico bruscamente.

Después de eso ocurrió una cosa extraña. Quinn volvió su atención a la joven sentada a su derecha para ver si había algo de lectura en esa dirección. Dedujo que tendría unos veinte años. Tenía varios granitos en la mejilla izquierda, oscurecidos por una mancha rosada de maquillaje, y mascaba sonoramente una bola de chicle. Sin embargo, estaba leyendo un libro de bolsillo con una chillona portada y Quinn se inclinó ligeramente a su derecha para echarle una ojeada al título. Contra todas sus expectativas era un libro escrito por él: *Abrazo suicida*, de William Wilson, la primera novela de Max Work. Quinn había imaginado a menudo esta situación: el repentino e inesperado placer de encontrar a uno de sus lectores. Incluso había imaginado la conversación que seguiría: él, afablemente tímido primero mientras el desconocido alababa el libro, luego, con gran renuencia y modestia,

aceptaría firmar un autógrafo en la página del título, «puesto que insiste». Pero ahora que la escena estaba teniendo lugar se sentía muy decepcionado, incluso enfadado. No le gustaba la chica que estaba sentada a su lado y le ofendía que ella leyera superficialmente las páginas que tanto esfuerzo le habían costado. Su impulso fue arrancarle el libro de las manos y salir corriendo de la estación.

La miró a la cara de nuevo, tratando de oír las palabras que resonaban en su cabeza, observando cómo sus ojos iban y venían rápidamente por la página. Probablemente la miró con demasiada atención porque un momento después ella se volvió a él con expresión irritada y le dijo:

—¿Tiene usted algún problema, señor?

Quinn sonrió débilmente.

—No —dijo—. Sólo me preguntaba si le gustaba el libro.

La chica se encogió de hombros.

—Los he leído mejores y los he leído peores.

Quinn deseó cortar la conversación en ese mismo momento pero algo en él persistió. Antes de que hubiera podido levantarse y marcharse, las palabras habían salido de su boca.

—¿Lo encuentra emocionante?

La chica volvió a encogerse de hombros y masticó su chicle ruidosamente.

—Más bien. Hay una parte en la que el detective se pierde que da bastante miedo.

—¿Es listo el detective?

—Sí, es listo. Pero habla demasiado.

—¿Le gustaría que hubiera más acción?

—Creo que sí.

—Y si no le gusta, ¿por qué sigue usted leyéndolo?

—No sé. —La chica se encogió de hombros una vez más—. Para pasar el rato, supongo. Además, no tiene importancia. Es sólo un libro.

Estaba a punto de decirle quién era, pero luego se dio cuenta de que no serviría de nada. No había esperanzas para aquella chica. Durante cinco años había guardado el secreto de la identidad de William Wilson y no iba a revelarlo ahora, y menos a una desconocida imbécil. De todas formas, era doloroso, y luchó desesperadamente para tragarse su orgullo. Antes que darle un puñetazo en la cara a la chica, se levantó bruscamente de su asiento y se alejó.

A las seis y media se apostó delante de la puerta veinticuatro. El tren llegaría a la hora prevista, y desde su ventajosa posición en el centro de la puerta Quinn juzgó que tenía muchas posibilidades de ver a Stillman. Sacó la foto de su bolsillo y la estudió una vez más,

prestando especial atención a los ojos. Recordaba haber leído en alguna parte que los ojos eran el único rasgo de la cara que no cambiaba nunca. Desde la infancia a la vejez permanecían igual, y un hombre con cabeza para verlo podía teóricamente mirar a los ojos de un muchacho en una fotografía y reconocer a la misma persona ya vieja. Quinn tenía sus dudas, pero no podía apoyarse en nada más, era su único puente con el presente. Una vez más, sin embargo, la cara de Stillman no le dijo nada.

El tren entró en la estación y Quinn notó que el ruido le atravesaba el cuerpo: un estrépito fortuito y turbulento que parecía unirse a sus pulsaciones, bombeando la sangre en roncós chorros. Su cabeza se llenó luego con la voz de Peter Stillman, como una ráfaga de palabras sin sentido que chocaban ruidosamente contra las paredes de su cráneo. Se dijo a sí mismo que debía calmarse. Pero eso no le sirvió de mucho. A pesar de todo lo que había imaginado de sí mismo, estaba excitado.

El tren iba abarrotado y cuando los pasajeros empezaron a llenar la rampa y caminar hacia él, se convirtieron rápidamente en una multitud. Quinn se golpeó nerviosamente el muslo derecho con el cuaderno rojo, se puso de puntillas y miró atentamente a la muchedumbre. Pronto la gente empezó a pasar como una tromba a su alrededor. Había hombres y mujeres, niños y viejos, adolescentes y bebés, ricos y pobres, hombres negros y mujeres blancas, hombres blancos y mujeres negras, orientales y árabes, hombres vestidos de marrón, de gris, de azul y de verde, mujeres de rojo, blanco, amarillo y rosa, niños con zapatillas deportivas, niños con zapatos, niños con botas vaqueras, personas gordas y personas delgadas, personas altas y personas bajas, cada uno diferente de todos los demás, cada uno irreductiblemente él mismo. Quinn les observó a todos, anclado en su sitio, como si todo su ser estuviera exiliado en sus ojos. Cada vez que un anciano se aproximaba, él se preparaba para que fuese Stillman. Se acercaban y se alejaban demasiado deprisa para que él pudiera entregarse a la decepción, pero en cada cara vieja parecía encontrar una señal de cómo sería el verdadero Stillman, y sus expectativas cambiaban rápidamente con cada cara nueva, como si la acumulación de hombres viejos anunciara la inminente llegada del propio Stillman. Durante un instante Quinn pensó: «De modo que así es el trabajo de un detective.» Pero aparte de eso no pensó nada. Miraba. Inmóvil entre la multitud que se movía, miraba.

Cuando aproximadamente la mitad de los pasajeros habían pasado ya, Quinn vio a Stillman por primera vez. El parecido con la fotografía era inconfundible. No, no se había quedado calvo, como Quinn había pensado. Tenía el pelo blanco y sin peinar, con algunos mechones tiesos aquí y allá. Era alto, delgado, sin duda mayor de sesenta años, algo encorvado. Inadecuadamente para la época del año, llevaba un abrigo largo marrón muy estropeado, y arrastraba ligeramente los pies al andar. La expresión de su cara parecía plácida, a medio camino entre el aturdimiento y la reflexión. No miraba lo que le rodeaba, no parecía interesarle. Llevaba una sola maleta, de cuero, con una correa alrededor, en otro tiempo bonita pero ahora baqueteada. Una o dos veces mientras subía la rampa dejó la maleta en el suelo y descansó un momento. Parecía moverse con esfuerzo, un poco desconcertado por la multitud, dudando si andar al paso de los demás o dejar que le adelantaran.

Quinn retrocedió un poco, situándose en una posición que le permitiera un rápido movimiento a la derecha o a la izquierda, dependiendo de lo que sucediera. Al mismo tiempo quería estar lo bastante lejos como para que Stillman no notara que le seguían.

Cuando Stillman llegó a la puerta de entrada a la estación dejó la maleta en el suelo una vez más y se detuvo. En ese momento Quinn se permitió echar una ojeada a la derecha de Stillman, examinando al resto de los pasajeros para estar doblemente seguro de que no había cometido ninguna equivocación. Lo que sucedió entonces no tenía explicación. Directamente detrás de Stillman, asomando sólo unos centímetros por detrás de su hombro derecho, otro hombre se paró, sacó un encendedor del bolsillo y encendió un cigarrillo. Su cara era exacta a la de Stillman. Durante un segundo Quinn pensó que era un espejismo, una especie de aura arrojada por las corrientes electromagnéticas del cuerpo de Stillman. Pero no, aquel otro Stillman se movía, respiraba, parpadeaba; sus actos eran claramente independientes del primer Stillman. El segundo Stillman tenía un aspecto próspero. Vestía un traje azul caro; zapatos brillantes; llevaba el pelo blanco bien peinado; y sus ojos tenían la mirada astuta de un hombre de mundo. Él también llevaba una sola maleta, negra, elegante, aproximadamente del mismo tamaño que la del otro Stillman.

Quinn se quedó paralizado. Ahora no podía hacer nada que no fuese una equivocación. Cualquiera que fuera su elección —y tenía que elegir— sería arbitraria, una sumisión al azar. La incertidumbre le perseguiría hasta el final. En ese momento los dos Stillman se pusieron en marcha de nuevo. El primero torció a la derecha, el segundo a la izquierda. Quinn anheló tener un cuerpo de ameba, deseó dividirse por la mitad y correr en dos direcciones a la vez. «Haz algo», se dijo, «haz algo ahora mismo, idiota.»

Sin ninguna razón, fue hacia la izquierda, en pos del segundo Stillman. Después de nueve o diez pasos se detuvo. Algo le decía que llegaría a lamentar lo que estaba haciendo. Estaba actuando por rencor, impulsado a castigar al segundo Stillman por confundirle. Dio medio vuelta y vio al primer Stillman alejarse lentamente en dirección contraria. Seguramente aquél era su hombre. Aquel ser zarrapastroso, tan decrepito y desconectado de su entorno, seguramente aquél era el loco Stillman. Quinn respiró hondo, exhaló con el pecho tembloroso e inhaló de nuevo. No había forma de saberlo: ni aquello ni nada. Siguió al primer Stillman, aflojando el paso para adaptarlo al del anciano, y fue tras él hasta el metro.

Eran casi las siete y la multitud empezaba a hacerse menos densa. Aunque Stillman parecía estar ofuscado, sabía adonde iba. El catedrático fue derecho a las escaleras del metro, pagó su billete en la taquilla y esperó tranquilamente en el andén a que llegara el tren que iba a Times Square. Quinn empezó a perder el miedo a que se fijara en él. Nunca había visto a nadie tan absorto en sus pensamientos. Dudaba de que Stillman le viera aunque se pusiera directamente delante de él.

Viajaron al West Side en el tren de enlace, recorrieron los húmedos corredores de la estación de la calle Cuarenta y dos y bajaron otro tramo de escaleras hasta el metro. Siete u ocho minutos más tarde cogieron la línea de Broadway, fueron hacia el centro durante dos largas estaciones y se apearon en la calle Noventa y seis. Subieron despacio las últimas escaleras, haciendo varias pausas para que Stillman soltara su maleta y recobrar el aliento, salieron a la superficie en la esquina y entraron en la tarde color índigo. Stillman no vaciló. Sin detenerse para orientarse, empezó a caminar por Broadway por el lado este de la calle. Durante varios minutos Quinn jugó con la irracional convicción de que Stillman se dirigía a su propia casa en la calle Ciento siete. Pero antes de que pudiera entregarse a un pánico total, Stillman se paró en la esquina de la calle Noventa y nueve, esperó a que el semáforo se pusiera verde y cruzó al otro lado de Broadway. A la mitad de la manzana había un

pequeño hotel de mala muerte para pobres diablos, el Hotel Harmony. Quinn había pasado por delante de él muchas veces y estaba acostumbrado a los borrachos y vagabundos que merodeaban por allí. Le sorprendió ver que Stillman abría la puerta y entraba en el vestíbulo. Por alguna razón había supuesto que el viejo encontraría un alojamiento más cómodo. Pero cuando Quinn se detuvo delante de la puerta de cristal y vio al catedrático acercarse al mostrador, escribir lo que sin duda era su nombre en el registro, recoger su maleta y desaparecer en el ascensor, comprendió que allí era donde Stillman pensaba quedarse.

Quinn esperó fuera durante las dos horas siguientes, paseando arriba y abajo de la manzana, pensando que quizá Stillman saldría a cenar a una de las cafeterías de la zona. Pero el anciano no apareció y finalmente Quinn llegó a la conclusión de que debía haberse acostado. Llamó a Virginia Stillman desde la cabina telefónica de la esquina, le dio un informe completo de lo sucedido y luego se dirigió a la calle Ciento siete.

## 8

A la mañana siguiente, y durante muchas mañanas más, Quinn se apostó en un banco en el centro de la isleta que había en la esquina de Broadway con la Noventa y nueve. Llegaba temprano, nunca después de las siete, y se sentaba allí con un vaso de café, un panecillo con mantequilla y un periódico abierto en el regazo, mirando hacia la puerta de cristal del hotel. A las ocho salía Stillman, siempre con su largo abrigo marrón, llevando una bolsa de fieltro grande y anticuada. Durante dos semanas esta rutina no varió. El anciano deambulaba por las calles del barrio, avanzando despacio, poquito a poco, haciendo una pausa, poniéndose en marcha de nuevo, parándose otra vez, como si cada paso tuviera que sopesarse y medirse antes de que ocupara su lugar entre la suma total de pasos. A Quinn le resultaba difícil moverse de aquella manera. Estaba acostumbrado a andar deprisa y todas aquellas paradas y arrastrar de pies comenzaban a resultar un esfuerzo, como si el ritmo de su cuerpo se viera perturbado. Era la liebre a la caza de la tortuga, y tenía que recordarse una y otra vez que debía frenarse.

Lo que Stillman hacía en aquellos paseos continuaba siendo una especie de misterio para Quinn. Naturalmente, veía con sus propios ojos lo que sucedía, y lo anotaba todo cuidadosamente en su cuaderno rojo. Pero el sentido de aquellos actos continuaba escapándosele. Stillman nunca parecía ir a ningún sitio determinado y tampoco parecía saber dónde estaba. Y sin embargo, como obedeciendo a un propósito consciente, nunca salía de una zona estrechamente circunscrita, limitada al norte por la calle Ciento diez, al sur por la Setenta y dos, al oeste por Riverside Park y al este por Amsterdam Avenue. Por muy casuales que parecieran sus recorridos —y su itinerario era diferente cada día—, Stillman nunca cruzaba estas fronteras. Tal precisión desconcertaba a Quinn, porque en todos los demás aspectos Stillman parecía ir a la deriva.

Mientras caminaba, Stillman no levantaba la vista. Mantenía los ojos siempre fijos en la acera, como si estuviera buscando algo. De hecho, de vez en cuando se agachaba, recogía algún objeto del suelo y lo examinaba atentamente, dándole vueltas y vueltas en la mano. A Quinn le hacía pensar en un arqueólogo inspeccionando un fragmento de una ruina prehistórica. En ocasiones, después de estudiar así un objeto, Stillman lo tiraba a la acera. Pero generalmente abría su bolsa y guardaba en ella el objeto cuidadosamente. Luego, metiendo la mano en uno de los bolsillos de su abrigo, sacaba un cuaderno rojo —parecido al de Quinn pero más pequeño— y escribía en él con gran concentración durante un minuto o dos. Al terminar esta operación, volvía a meter el cuaderno en su bolsillo, recogía la bolsa y seguía su camino.

Según Quinn podía ver, los objetos que Stillman recogía carecían de valor. Parecían ser solamente cosas rotas, desechadas, trastos viejos. A lo largo de los días Quinn anotó un

paraguas plegable despojado de la tela, la cabeza de una muñeca de goma, un guante negro, el casquillo de una bombilla rota, varios ejemplares de papel impreso (revistas empapadas, periódicos hechos pedazos), una fotografía rasgada, piezas de maquinaria y diversos desechos que no pudo identificar. El hecho de que Stillman se tomara tan en serio esta recogida de basura intrigaba a Quinn, pero no podía hacer otra cosa que observar, anotar en el cuaderno rojo lo que veía y quedarse estúpidamente en la superficie de las cosas. Al mismo tiempo le complacía saber que también Stillman tenía un cuaderno rojo, como si eso creara un vínculo secreto entre ellos. Quinn sospechaba que el cuaderno rojo de Stillman contenía respuestas a las preguntas que se habían ido acumulando en su cabeza, y empezó a planear diversas estratagemas para robárselo al viejo. Pero aún no había llegado el momento de dar ese paso.

Aparte de recoger objetos en la calle, Stillman no parecía hacer nada. De vez en cuando se detenía en alguna parte para comer. En alguna ocasión tropezaba con alguien y murmuraba una disculpa. Una vez un coche estuvo a punto de atropellarle cuando cruzaba la calle. Stillman no hablaba con nadie, no entraba en ninguna tienda, no sonreía. No parecía ni alegre ni triste. Dos veces, cuando su botín de desechos se había hecho desacomodadamente grande, regresó al hotel en mitad del día y volvió a salir unos minutos más tarde con la bolsa vacía. La mayoría de los días pasaba por lo menos varias horas en Riverside Park, paseando metódicamente por los caminos asfaltados o abriéndose paso por entre los arbustos con un palo. Su búsqueda de objetos no cesaba entre el follaje. Piedras, hojas y ramitas acababan en su bolsa. Una vez, observó Quinn, incluso se agachó para coger un cagallón seco de perro, lo olfateó cuidadosamente y se lo guardó. También era el parque el lugar donde Stillman descansaba. Por la tarde, a menudo después de su almuerzo, se sentaba en un banco y miraba fijamente a la otra orilla del Hudson. En una ocasión, un día especialmente caluroso, Quinn le vio tumbado en la hierba, dormido. Cuando oscurecía, Stillman cenaba en la cafetería Apollo, en la esquina de la Noventa y siete con Broadway, y luego regresaba a su hotel. Ni una sola vez intentó contactar con su hijo. Esto se lo confirmó Virginia Stillman, a quien Quinn llamaba todas las noches cuando volvía a casa.

Lo esencial era seguir en el asunto. Poco a poco Quinn empezó a sentirse apartado de sus primitivas intenciones y se preguntó si no se había embarcado en un proyecto sin sentido. Por supuesto, era posible que Stillman estuviera simplemente esperando su oportunidad, arrullando al mundo hasta dormirlo antes de atacar. Pero eso significaba suponer que era consciente de que le vigilaban, y a Quinn le parecía improbable que así fuera. Había hecho bien su trabajo hasta entonces, manteniéndose a una discreta distancia del viejo, mezclándose con los transeúntes, evitando llamar la atención sobre sí mismo pero sin tomar medidas llamativas para ocultarse. Por otra parte, era posible que Stillman supiera desde el principio que le vigilaban —incluso que lo supiera de antemano— y por lo tanto no se hubiera tomado la molestia de descubrir quién era el vigilante concreto. Si tenía la certeza de que le seguían, ¿qué importaba? Un vigilante, una vez descubierto, siempre podía ser sustituido por otro.

Esta visión de la situación consoló a Quinn y decidió creer en ella, aunque esa creencia no tenía ningún fundamento. Sólo había dos posibilidades: Stillman sabía lo que él estaba haciendo o no lo sabía. Y si no lo sabía, Quinn no estaba consiguiendo nada, estaba perdiendo el tiempo. Cuánto mejor creer que todos sus pasos tenían realmente un propósito.

Si esta interpretación exigía el conocimiento por parte de Stillman, entonces Quinn aceptaría este conocimiento como artículo de fe, al menos por el momento.

Quedaba el problema de en qué ocupar sus pensamientos mientras seguía al anciano. Quinn estaba acostumbrado a vagabundear. Sus excursiones por la ciudad le habían enseñado a entender que lo interior y lo exterior estaban conectados. Utilizando la locomoción sin rumbo como técnica de inversión, en sus mejores días podía llevar lo de fuera dentro y así usurpar la soberanía de la interioridad. Inundándose de cosas externas, ahogándose hasta salir de sí mismo, había conseguido ejercer un pequeño grado de control sobre sus ataques de desesperación. Vagar, por lo tanto, era una especie de anulación de la mente. Pero seguir a Stillman no era vagar. Stillman podía vagar, podía ir de un sitio a otro tambaleándose como un ciego, pero este privilegio se le negaba a Quinn. Porque estaba obligado a concentrarse en lo que hacía, aunque prácticamente no fuera nada. Una y otra vez sus pensamientos empezaban a ir a la deriva y pronto sus pies seguían su ejemplo. Esto significaba que corría constantemente el peligro de apretar el paso y chocar contra Stillman desde atrás. Para evitar este percance concibió varios métodos diferentes de desaceleración. El primero era decirse que ya no era Daniel Quinn. Ahora era Paul Auster, y con cada paso que daba trataba de encajar más cómodamente en las estrecheces de esa transformación. Auster no era más que un nombre para él, una cáscara sin contenido. Ser Auster significaba ser un hombre sin ningún interior, un hombre sin ningún pensamiento. Y si no había pensamientos disponibles, si su propia vida interior se había vuelto inaccesible, entonces no tenía ningún lugar donde retirarse. Siendo Auster no podía evocar recuerdos ni temores, sueños o alegrías, porque todas estas cosas, puesto que pertenecían a Auster, eran un vacío para él. En consecuencia tenía que permanecer únicamente en su propia superficie, mirando hacia afuera en busca de sustento. Mantener los ojos fijos en Stillman, por lo tanto, no era simplemente una distracción del curso de sus pensamientos, era el único pensamiento que se permitía tener.

Durante un día o dos esta táctica tuvo relativo éxito, pero finalmente incluso Auster empezó a languidecer a causa de la monotonía. Quinn se dio cuenta de que necesitaba algo más para mantenerse ocupado, alguna tarea que le acompañara mientras se dedicaba a su trabajo. Al final fue el cuaderno rojo el que le ofreció la salvación. En lugar de simplemente anotar algunos comentarios casuales, como había hecho los primeros días, decidió registrar cada detalle que pudiera observar acerca de Stillman. Utilizando el bolígrafo que le había comprado al sordomudo, se entregó a la tarea con diligencia. No sólo tomaba nota de los gestos de Stillman, describía cada objeto que seleccionaba o descartaba para su bolsa y llevaba un preciso horario de todos los sucesos, sino que además registraba con meticuloso cuidado un itinerario exacto de los vagabundeos de Stillman, apuntando cada calle que seguía, cada giro que daba y cada pausa que hacía. Además de mantenerle ocupado, el cuaderno rojo reducía el paso de Quinn. Ya no había peligro de que adelantara a Stillman. El problema, más bien, era no perderle, asegurarse de que no desapareciera. Porque andar y escribir no eran actividades fácilmente compatibles. Si durante los cinco últimos años Quinn había pasado sus días haciendo una cosa u otra, ahora intentaba hacer las dos al mismo tiempo. Al principio se equivocaba mucho. Era especialmente difícil escribir sin mirar a la página y a menudo descubría que había escrito dos y hasta tres líneas una encima de la otra, produciendo un confuso e ilegible palimpsesto. Mirar a la página, sin embargo, significaba pararse y eso aumentaría las posibilidades de perder a Stillman. Al cabo de algún tiempo llegó a la conclusión de que era básicamente una cuestión de posición.



Experimentó con el cuaderno delante de él en un ángulo de cuarenta y cinco grados, pero se encontró con que su muñeca izquierda se cansaba pronto. Después trató de mantener el cuaderno directamente delante de su cara, los ojos mirando por encima de él como un Kilroy<sup>3</sup> que hubiese cobrado vida, pero eso resultaba poco práctico. Luego trató de apoyar el cuaderno en el brazo derecho varios centímetros por encima del codo y sostener la parte de atrás del mismo con la palma izquierda. Pero esto le provocaba calambres en la mano derecha y hacía imposible escribir en la mitad inferior de la página. Finalmente decidió apoyar el cuaderno en la cadera izquierda, más o menos como sostiene un pintor su paleta. Esto constituyó una mejora. El llevarlo ya no suponía un esfuerzo y la mano derecha podía sostener el bolígrafo sin que otras obligaciones la estorbaran. Aunque este método también tenía sus inconvenientes, parecía ser el sistema más cómodo a la larga. Porque Quinn podía ahora dividir su atención casi a partes iguales entre Stillman y su escritura, levantando la vista hacia uno o bajándola hacia la otra, viendo la cosa y escribiéndola con el mismo gesto rápido. Con el bolígrafo del sordomudo en la mano derecha y el cuaderno rojo descansando en la cadera izquierda, Quinn continuó siguiendo a Stillman durante nueve días más.

Sus conversaciones nocturnas con Virginia Stillman eran breves. Aunque el recuerdo del beso estaba aún vivo en la mente de Quinn, no hubo más sucesos románticos. Al principio Quinn imaginó que ocurriría algo. Después de tan prometedor comienzo le parecía seguro que acabaría encontrándose a la señora Stillman entre sus brazos. Pero su cliente se había retirado rápidamente detrás de la máscara de los negocios y ni una sola vez se había referido a aquel aislado momento de pasión. Quizá Quinn se había engañado en sus esperanzas, confundiendo momentáneamente a sí mismo con Max Work, un hombre que nunca dejaba escapar tales oportunidades. O quizá era sencillamente que Quinn estaba empezando a sentir su soledad más intensamente. Hacía mucho tiempo que no tenía un cuerpo cálido a su lado. Porque la verdad era que había empezado a desear a Virginia Stillman en el mismo momento en que la vio, mucho antes de que el beso tuviera lugar. Que ella no le alentara actualmente no le impedía continuar imaginándola desnuda. Imágenes lascivas pasaban por su cabeza todas las noches, y aunque las posibilidades de que se convirtieran en realidad parecían remotas, continuaban siendo una agradable distracción. Tiempo después, mucho después de que fuese demasiado tarde, se dio cuenta de que en su fuero interno había estado alimentando la quijotesca esperanza de resolver el caso tan brillantemente, de salvar a Peter Stillman del peligro tan rápida e irrevocablemente, que se ganaría el deseo de la señora Stillman durante todo el tiempo que quisiera. Eso, por supuesto, fue una equivocación. Pero de todas las equivocaciones que Quinn cometió desde el principio hasta el final, no fue ni mucho menos la peor.

Habían pasado trece días desde que comenzó el caso. Quinn regresó a casa aquella noche de mal humor. Estaba desanimado, dispuesto a abandonar el barco. A pesar de los

---

<sup>3</sup> Soldado inventado por el ejército americano durante la Segunda Guerra Mundial que solía dejar la inscripción «Kilroy estuvo aquí» en cualquier lugar por donde pasaba. (*N. de la T.*)

juegos que había estado jugando consigo mismo, a pesar de las historias que había inventado para seguir adelante, el caso no parecía tener solidez. Stillman era un viejo loco que se había olvidado de su hijo. Podría seguirle hasta el fin de los tiempos y no pasaría nada. Quinn cogió el teléfono y marcó el número de los Stillman.

—Estoy a punto de dejarlo —le dijo a Virginia Stillman—. Por todo lo que he visto, no hay ninguna amenaza para Peter.

—Eso es exactamente lo que él quiere que pensemos —contestó la mujer—. No tiene usted ni idea de lo listo que es. Y lo paciente.

—Puede que él sea paciente, pero yo no. Creo que está usted malgastando su dinero. Y yo estoy malgastando mi tiempo.

—¿Está usted seguro de que no le ha visto? Eso lo cambiaría todo.

—No apostaría mi vida, pero sí, estoy seguro.

—Entonces, ¿qué me está usted diciendo?

—Le estoy diciendo que no tiene usted por qué preocuparse. Al menos por ahora. Si sucede algo más adelante, llámeme. Iré corriendo a la primera señal de dificultades.

Después de una pausa, Virginia Stillman dijo:

—Puede que tenga usted razón. —Luego, tras otra pausa—: Pero sólo para tranquilizarme un poco más, me pregunto si podríamos llegar a un arreglo.

—Eso depende de lo que tenga usted pensado.

—Sólo esto. Deme unos días más. Para estar absolutamente seguros.

—Con una condición —dijo Quinn—. Tiene usted que dejar que lo haga a mi manera. No más cortapisas. Tiene que darme libertad para hablar con él, para interrogarle, para llegar hasta el fondo del asunto de una vez por todas.

—¿No sería arriesgado?

—No se preocupe. No voy a descubrir nuestro juego. Él ni siquiera adivinará quién soy ni qué me propongo.

—¿Cómo se las arreglará?

—Ése es mi problema. Tengo muchas cartas en la manga. Usted confíe en mí.

—De acuerdo. Acepto. Supongo que no hay nada que perder.

—Está bien. Le daré unos días más y luego ya veremos qué pasa.

—¿Señor Auster?

—¿Sí?

—Le estoy muy agradecida. Peter ha estado muy bien estas últimas dos semanas, y sé que es gracias a usted. Habla de usted continuamente. Es usted como... no sé... un héroe para él.

—¿Y qué piensa la señora Stillman?

—Más o menos lo mismo.

—Me alegra oírlo. Puede que algún día ella me permita estarle agradecido.

—Cualquier cosa es posible, señor Auster. Recuérdelo.

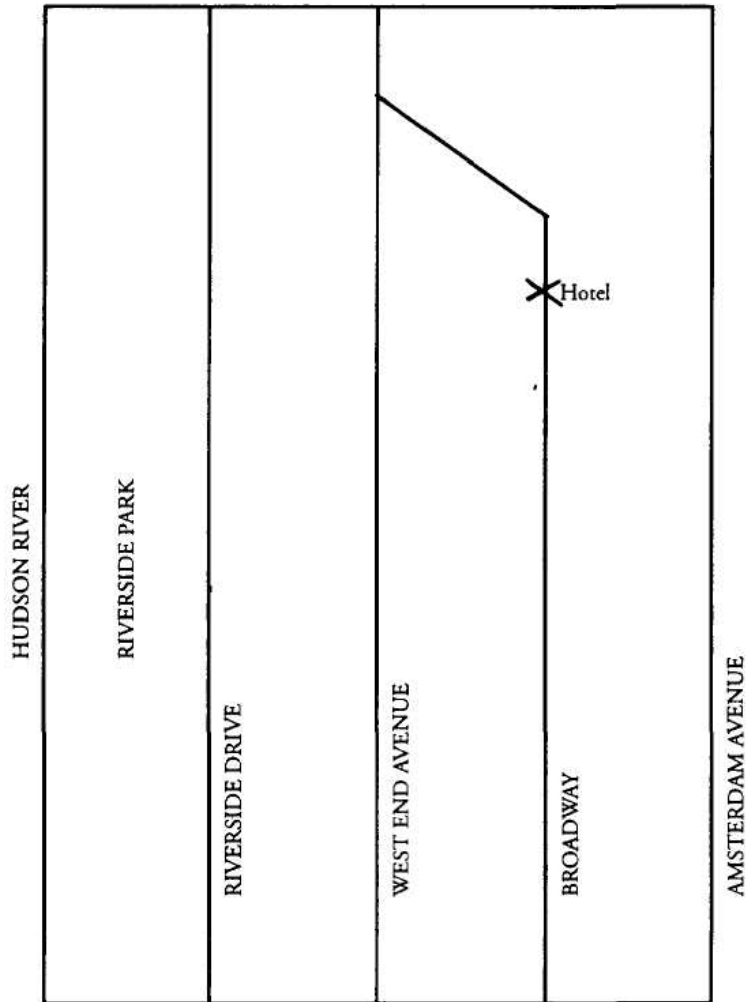
—Lo haré. Sería un idiota si no lo hiciera.

Quinn se tomó una cena ligera de huevos revueltos con tostadas, se bebió una botella de cerveza y se instaló en su escritorio con el cuaderno rojo. Llevaba ya muchos días escribiendo en él, llenando página tras página con su errática y garabateada letra, pero todavía no había tenido valor para leer lo que había escrito. Ahora que el final parecía estar a la vista, pensó que podía atreverse a echar una ojeada.

La mayor parte era difícil de leer, especialmente las primeras hojas. Y cuando conseguía descifrar las palabras no le parecía que el esfuerzo valiese la pena. «Recoge lápiz en mitad de manzana. Examina, vacila, guarda en bolsa... Compra bocadillo... Se sienta en banco en parque y lee cuaderno rojo.» Estas frases le parecían absolutamente inútiles.

Todo era cuestión de método. Si el objetivo era comprender a Stillman, llegar a conocerle lo bastante bien como para poder prever lo que haría a continuación, Quinn había fracasado. Había comenzado con una serie limitada de datos: el origen familiar de Stillman y su profesión, la reclusión de su hijo, su propio arresto y hospitalización, un libro de extravagante erudición escrito cuando supuestamente aún estaba cuerdo, y sobre todo la certeza de Virginia Stillman de que ahora intentaría hacer daño a su hijo. Pero los hechos del pasado no parecían tener ninguna relación con los hechos del presente. Quinn estaba profundamente desilusionado. Siempre había imaginado que la clave para hacer un buen trabajo como detective era una atenta observación de los detalles. Cuanto más preciso fuera el escrutinio, mejores serían los resultados. La consecuencia era que el comportamiento humano podía comprenderse, que debajo de la infinita fachada de los gestos, los tics y los silencios, había una coherencia, un orden, una motivación. Pero después de esforzarse en asimilar todos aquellos efectos superficiales, Quinn no se sentía más próximo a Stillman que cuando empezó a seguirle. Había vivido la vida de Stillman, caminado a su paso, visto lo que él veía, y la única cosa que percibía ahora era la impenetrabilidad del hombre. En lugar de acortar la distancia que había entre él y Stillman, había visto cómo el viejo se alejaba paulatinamente de él, aunque continuara estando delante de sus ojos.

Sin ser consciente de tener una razón concreta para ello, Quinn buscó una página en blanco del cuaderno rojo y bosquejó un pequeño mapa de la zona por la que se movía Stillman.



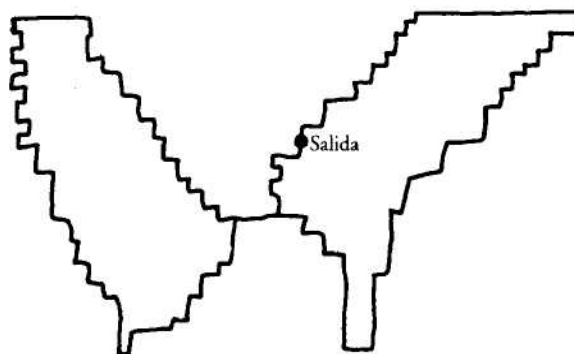
Luego, repasando cuidadosamente sus notas, empezó a trazar con su bolígrafo los desplazamientos que Stillman había hecho en un solo día, el primer día en que él había llevado un registro completo de los vagabundeos del anciano. El resultado fue el siguiente:

A Quinn le chocó la forma en que Stillman había bordeado el territorio, sin aventurarse ni una sola vez hacia el centro. El diagrama se parecía un poco a un mapa de un estado imaginario del Medio Oeste. Exceptuando las once manzanas



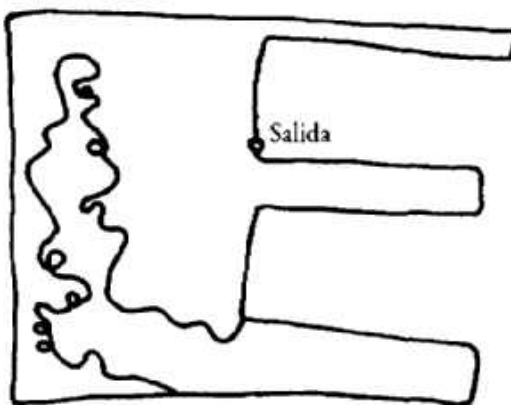
de Broadway al principio y la serie de volutas que representaban el tortuoso recorrido de Stillman en Riverside Park, el dibujo también recordaba un rectángulo. Por otra parte, dada la estructura en cuadrado de las calles de Nueva York, también podía haber sido un cero o la letra «O».

Quinn pasó al día siguiente y decidió ver qué sucedía. Los resultados no fueron en absoluto los mismos.



Este dibujo le hizo pensar en un pájaro, un ave de presa quizá, con las alas extendidas, cerniéndose en el aire. Un momento más tarde esta lectura le pareció demasiado rebuscada. El pájaro se desvaneció y en su lugar vio únicamente dos formas abstractas unidas por el diminuto puente que Stillman había formado al ir hacia el oeste por la calle Ochenta y tres. Quinn se detuvo un momento para reflexionar sobre lo que estaba haciendo. ¿Estaba garabateando bobadas? ¿Estaba desperdiciando la tarde estúpidamente o estaba intentando descubrir algo? Se dio cuenta de que cualquiera de las dos respuestas era inaceptable. Si estaba simplemente matando el tiempo, ¿por qué había elegido una forma tan trabajosa de hacerlo? ¿Estaba tan confuso que ya no tenía el valor de pensar? Por otra parte, si no estaba únicamente entreteniéndose, ¿qué pretendía realmente? Le pareció que estaba buscando una señal. Estaba escudriñando el caos de los movimientos de Stillman en busca de un destello de intencionalidad. Eso implicaba una sola cosa: que continuaba sin creer en la arbitrariedad de los actos de Stillman. Quería que tuvieran un sentido, por muy oscuro que fuese. Esto, en sí mismo, era inaceptable. Porque significaba que Quinn se estaba permitiendo negar los hechos, cosa que, como bien sabía, era lo peor que podía hacer un detective.

No obstante, decidió continuar. No era tarde, aún no eran las once, y la verdad era que no tenía nada que perder. Los resultados del tercer mapa no tenían ningún parecido con los otros dos.



Ya no parecía haber duda de lo que estaba ocurriendo. Si descontaba los rasgos ondulantes del parque, Quinn estaba seguro de que se trataba de la letra «E». Suponiendo que el primer diagrama representara realmente la letra «O», parecía legítimo deducir que las alas de pájaro del segundo formaban la letra «W». Por supuesto, las letras O-W-E formaban una palabra,<sup>4</sup> pero Quinn no estaba dispuesto a sacar ninguna conclusión. No había empezado su inventario hasta el quinto día de los paseos de Stillman, y cualquiera sabía la identidad de las primeras cuatro letras. Lamentó no haber empezado antes, ahora que sabía que el misterio de esos cuatro días era irrecuperable. Pero podía compensar lo perdido lanzándose hacia adelante. Llegando hasta el final, tal vez podría intuir el principio.

El diagrama del día siguiente daba una forma que recordaba a la letra «R». Como ocurría con las otras, estaba complicada por numerosas irregularidades, aproximaciones y adornos en el parque. Aferrándose a una apariencia de objetividad, Quinn trató de mirarlo como si no hubiese esperado una letra del alfabeto. Tenía que reconocer que nada era seguro: muy bien podría carecer de significado. Quizá estaba buscando imágenes en las nubes, como hacía de niño. Y, sin embargo, la coincidencia era demasiado llamativa. Si un solo mapa hubiese recordado a una letra, quizá incluso dos, podría haberlo desechado como un capricho del azar. Pero cuatro seguidos era demasiada casualidad.

El día siguiente le dio una asimétrica «O», una rosquilla aplastada por un lado con tres o cuatro líneas serradas saliendo por el otro. Luego vino una limpia «F», con los acostumbrados remolinos rococó a un lado. Después apareció una «B» que tenía el aspecto de dos cajas descuidadamente puestas una sobre la otra con virutas de embalaje asomando por los bordes. Después vino una vacilante «A» que de alguna manera recordaba a una escalera de mano, con peldaños a cada lado. Y finalmente llegó una segunda «B», precariamente inclinada sobre un perverso punto, único, como una pirámide invertida.

Quinn copió las letras en orden: OWEROFBAB. Después de jugar con ellas durante un cuarto de hora, cambiándolas de posición, separándolas, reordenando las secuencias, volvió al orden original y las escribió de la siguiente manera: OWER OF BAB.

---

<sup>4</sup> «Deber», «adeudar». (*N. de la T.*)

La solución parecía tan grotesca que casi se desanimó. Haciendo todas las debidas concesiones al hecho de que le faltaban los primeros cuatro días y de que Stillman no había terminado todavía, la respuesta parecía ineludible: THE TOWER OF BABEL.<sup>5</sup>

Los pensamientos de Quinn volaron momentáneamente a las últimas páginas de *Arthur Gordon Pym* y al descubrimiento de los extraños jeroglíficos de la pared interior de la sima, letras inscritas en la propia tierra, como si trataran de decir algo que ya no podía ser comprendido. Pero, pensándolo mejor, aquello no parecía apropiado. Porque Stillman no había dejado su mensaje en ninguna parte. Cierto, había creado las letras con el movimiento de sus pasos, pero no las había escrito. Era como dibujar una imagen en el aire con el dedo. La imagen se desvanece mientras la estás trazando. No hay ningún resultado, ninguna huella de lo que has hecho.

Y, sin embargo, las imágenes existían; no en las calles donde él las había dibujado, sino en el cuaderno rojo de Quinn. Se preguntó si Stillman se sentaba cada noche en su habitación y trazaba su itinerario del día siguiente o si improvisaba sobre la marcha. Era imposible saberlo. Se preguntó también a qué propósito servía aquella escritura en la mente de Stillman. ¿Era simplemente una especie de nota para sí mismo o quería ser un mensaje para otros? Por lo menos, concluyó Quinn, significaba que Stillman no había olvidado a Henry Dark.

Quinn no quería dejarse dominar por el pánico. En un esfuerzo por contenerse, trató de imaginar las cosas bajo la peor luz posible. Si veía lo peor, quizá no fuese tan malo como pensaba. Lo analizó como sigue. Primero: Stillman estaba tramando realmente algo contra Peter. Respuesta: ésa había sido la premisa en cualquier caso. Segundo: Stillman sabía que le seguirían, sabía que sus movimientos serían registrados, sabía que su mensaje sería descifrado. Respuesta: eso no cambiaba el hecho esencial: que era preciso proteger a Peter. Tercero: Stillman era mucho más peligroso de lo que él había imaginado previamente. Respuesta: eso no significaba que lograra salirse con la suya.

Esto le ayudó algo. Pero las letras continuaban horrorizándole. Todo el asunto era tan solapado, tan diabólico por sus circunloquios, que no quería aceptarlo. Luego vinieron las dudas, como obedeciendo una orden, y llenaron su cabeza de rítmicas voces burlonas. Lo había imaginado todo. Las letras no eran letras en absoluto. Las había visto sólo porque quería verlas. Y aunque los diagramas formasen letras, era pura chiripa. Stillman no tenía nada que ver con ello. Todo era una casualidad, un fraude que había perpetrado contra sí mismo. Decidió irse a la cama. Durmió a intervalos, se despertó y escribió en el cuaderno rojo durante media hora, se volvió a la cama. Su último pensamiento antes de dormirse fue que probablemente tenía dos días más, ya que Stillman no había completado aún su mensaje. Faltaban las últimas dos letras, la «E» y la «L». La mente de Quinn se dispersó. Llegó a un país de fragmentos, un lugar de cosas sin palabras y palabras sin cosas. Luego, luchando con el sueño por última vez, se dijo que El era la antigua palabra hebrea para Dios.

En su sueño, que más tarde olvidó, se encontró en el vertedero de su infancia, rebuscando en una montaña de basura.

---

<sup>5</sup> La torre de Babel. (*N. de la T.*)

## 9

El primer encuentro con Stillman tuvo lugar en Riverside Park. Fue a primera hora de la tarde de un sábado de bicicletas, paseadores de perros, y niños. Stillman estaba sentado solo en un banco, mirando fijamente a nada en concreto, el pequeño cuaderno rojo en el regazo. Había luz por todas partes, una luz inmensa que parecía irradiar de cada cosa que el ojo percibía, y por encima, en las ramas de los árboles, continuaba soplando la brisa, que sacudía las hojas con un apasionado susurro, un subir y bajar tan constante como el oleaje.

Quinn había planeado sus movimientos cuidadosamente. Fingiendo no haberse fijado en Stillman, se sentó en el banco a su lado, cruzó los brazos sobre el pecho y miró fijamente en la misma dirección que el viejo. Ninguno de los dos habló. Según sus cálculos posteriores, Quinn estimó que aquello se prolongó durante quince o veinte minutos, luego, sin previo aviso, volvió la cabeza hacia el viejo y le miró directamente, fijando con obstinación los ojos en el arrugado perfil. Quinn concentró toda su fuerza en los ojos, como si pudiera hacer un agujero en el cráneo de Stillman por quemadura. Esta mirada duró cinco minutos.

Finalmente Stillman se volvió hacia él. Con una voz de tenor sorprendentemente suave, dijo:

—Lo siento, pero no me será posible hablar con usted.

—Yo no he dicho nada —dijo Quinn.

—Es verdad —contestó Stillman—. Pero debe usted comprender que no tengo costumbre de hablar con desconocidos.

—Repito —dijo Quinn— que no he dicho nada.

—Sí, ya le he oído la primera vez. Pero ¿no le interesa saber por qué?

—Me temo que no.

—Bien expresado. Veo que es usted un hombre con sentido común.

Quinn se encogió de hombros negándose a responder. Ahora todo su ser emanaba indiferencia.

Stillman sonrió alegremente, se inclinó hacia Quinn y dijo en tono conspiratorio:

—Creo que vamos a llevarnos bien.

—Eso está por ver —dijo Quinn tras una larga pausa.



Stillman se rió —un breve y estruendoso «ja»— y luego continuó:

—No es que me desagraden los desconocidos *per se*. Es sólo que prefiero no hablar con alguien que no se ha presentado. Para empezar necesito tener un nombre.

—Pero una vez que una persona da su nombre ya no es un desconocido.

—Exactamente. Por eso no hablo nunca con desconocidos.

Quinn estaba preparado para aquello y sabía cómo responder. No iba a dejarse coger. Puesto que técnicamente era Paul Auster, ése era el nombre que tenía que proteger. Cualquiera otro, incluso el verdadero, sería una invención, una máscara que le ocultaría y le mantendría a salvo.

—En ese caso —dijo—, encantado de complacerle. Mi nombre es Quinn.

—Ah —dijo Stillman reflexivamente, asintiendo—. Quinn.

—Sí, Quinn. Q-U-I-N-N.

—Comprendo. Sí, sí, comprendo. Quinn. Hmm. Sí. Muy interesante. Quinn. Una palabra muy sonora. Rima con cojín, ¿no?

—Eso es. Cojín.

—Y también con fin, si no me equivoco.

—No se equivoca.

—Y también con sin y con Pekín. ¿No es así?

—Exactamente.

—Hmm. Muy interesante. Veo muchas posibilidades en esta palabra, este Quinn, esta... quintaesencia... del equívoco. Latín, por ejemplo. Y tilín. Y plín. Y maletín. Hmm. Rima con sinfín. Por no hablar de confín. Hmm. Muy interesante. Y festín. Y violín. Y patín. Y botín. Y sillín. Y parlanchín. Y espadachín. Hmm. Sí, muy interesante. Me gusta su nombre enormemente, señor Quinn. Vuela en muchas direcciones a la vez.

—Sí, yo también lo he pensado muchas veces.

—La mayoría de la gente no presta atención a esas cosas. Creen que las palabras son como piedras, como grandes objetos inamovibles sin vida, como mónadas que nunca cambian.

—Las piedras cambian. El viento y el agua pueden desgastarlas. Pueden erosionarse. Pueden machacarse. Pueden convertirse en pedazos, en grava, en polvo.

—Exactamente. Enseguida he sabido que era usted un hombre con sentido común, señor Quinn. Si usted supiera cuántas personas me han interpretado mal. Mi trabajo ha sufrido a causa de ello. Ha sufrido terriblemente.

—¿Su trabajo?

—Sí, mi trabajo. Mis proyectos, mis investigaciones, mis experimentos.

—Ah.

—Sí. Pero, a pesar de todos los reveses, nunca me he dejado intimidar realmente. En la actualidad, por ejemplo, estoy ocupado en una de las cosas más importantes que he hecho nunca. Si todo sale bien, creo que tendré la llave de una serie de importantísimos descubrimientos.

—¿La llave?

—Sí, la llave. Una cosa que abre puertas cerradas.

—Ah.

—Por supuesto, por el momento sólo estoy recogiendo datos, reuniendo pruebas, por así decirlo. Luego tendré que coordinar mis hallazgos. Es un trabajo sumamente difícil. No podría usted creer lo duro que es, sobre todo para un hombre de mi edad.

—Me lo imagino.

—Eso es. Hay tanto que hacer y tan poco tiempo para hacerlo. Todas las mañanas me levanto de madrugada. Tengo que estar a la intemperie haga el tiempo que haga, constantemente en movimiento, siempre andando, yendo de un sitio a otro. Me agota, se lo aseguro.

—Pero vale la pena.

—Cualquier cosa a cambio de encontrar la verdad. Ningún sacrificio es excesivo.

—Ciertamente.

—Verá, nadie ha comprendido lo que he comprendido yo. Soy el primero. Soy el único. Esa responsabilidad supone una gran carga para mí.

—El mundo sobre sus hombros.

—Sí, por así decirlo. El mundo o lo que queda de él.

—No me había dado cuenta de que la situación fuese tan mala.

—Lo es. Puede que aún peor.

—Ah.

—Verá, el mundo está fragmentado, señor. Y mi tarea es volver a unir los pedazos.

—Menuda tarea se ha echado usted encima.

—Me doy cuenta de ello. Pero únicamente estoy buscando el principio. Eso está al alcance de un solo hombre. Si logro poner los cimientos, otras manos podrán hacer el trabajo de restauración. Lo importante es la premisa, el primer paso teórico. Desgraciadamente, no hay nadie más que pueda hacer eso.

—¿Ha hecho usted muchos progresos?

—He dado pasos enormes. De hecho, ahora siento que estoy al borde de un descubrimiento decisivo.

—Me tranquiliza oír eso.

—Es un pensamiento consolador, sí. Y todo gracias a mi inteligencia, a la deslumbrante claridad de mi mente.

—No lo dudo.

—Verá, he comprendido la necesidad de limitarme. De trabajar dentro de un terreno lo bastante pequeño como para garantizar que todos los resultados sean concluyentes.

—La premisa de la premisa, por así decirlo.

—Eso es, exactamente. El principio del principio, el método de la operación. Verá, el mundo está fragmentado, señor. No sólo hemos perdido nuestro sentido de finalidad, también hemos perdido el lenguaje con el que poder expresarlo. Éstas son cuestiones espirituales, sin duda, pero tienen su correlación en el mundo material. Mi brillante jugada ha sido limitarme a las cosas físicas, a lo inmediato y tangible. Mis motivos son elevados, pero mi trabajo se desarrolla ahora en el reino de lo cotidiano. Por eso me malinterpretan a menudo. Pero no importa. He aprendido a no dar importancia a esas cosas.

—Una respuesta admirable.

—La única respuesta. La única digna de un hombre de mi talla. Verá, estoy en el proceso de inventar un nuevo lenguaje. Teniendo que hacer un trabajo como ése, no puedo preocuparme por la estupidez de los demás. En cualquier caso, todo es parte de la enfermedad que estoy tratando de curar.

—¿Nuevo lenguaje?

—Sí. Un lenguaje que al fin dirá lo que tenemos que decir. Porque nuestras palabras ya no se corresponden con el mundo. Cuando las cosas estaban enteras nos sentíamos seguros de que nuestras palabras podían expresarlas. Pero poco a poco estas cosas se han partido, se han hecho pedazos, han caído en el caos. Y sin embargo nuestras palabras siguen siendo las mismas. No se han adaptado a la nueva realidad. De ahí que cada vez que intentamos hablar de lo que vemos, hablemos falsamente, distorsionando la cosa misma que tratamos de representar. Esto ha hecho que todo sea confusión y desorden. Pero las palabras, como usted comprende, son susceptibles de cambio. El problema es cómo demostrarlo. Por eso trabajo ahora con los medios más simples, tan simples que hasta un niño pueda comprender lo que digo. Considere una palabra que remite a una cosa: «paraguas», por ejemplo. Cuando digo la palabra «paraguas», usted ve el objeto en su mente. Ve una especie de bastón con radios metálicos plegables en la parte superior que forman una armadura para una tela impermeable, la cual, una vez abierta, le protegerá de la lluvia. Este último detalle es importante. Un paraguas no sólo es una cosa, es una cosa que cumple una función, en otras palabras, expresa la voluntad del hombre. Cuando uno se para a pensar en ello, todos los objetos son semejantes al paraguas, en el sentido de que cumplen una función. Ahora, mi pregunta es la siguiente: ¿qué sucede cuando una cosa ya no cumple su función? ¿Sigue siendo la misma cosa o se ha convertido en otra? Cuando arrancas la tela del paraguas, ¿el paraguas sigue siendo un paraguas? Abres los radios, te los pones sobre la cabeza, caminas bajo la lluvia, y te empapas. ¿Es posible continuar llamando a ese objeto un paraguas? En general, la gente lo hace. Como máximo, dirán que el paraguas está roto. Para mí eso es un serio error, la fuente de todos nuestros problemas. Puesto que ya no cumple su función, el paraguas ha dejado de ser un paraguas. Puede que se parezca a un paraguas, puede que haya sido un paraguas, pero ahora se ha convertido en otra cosa. La palabra, sin embargo, sigue siendo la misma. Por lo tanto, ya no puede expresar la cosa. Es imprecisa; es falsa; oculta aquello que debería revelar. Y si ni siquiera podemos nombrar un objeto corriente que tenemos entre las manos, ¿cómo podemos

esperar hablar de las cosas que verdaderamente nos conciernen? A menos que podamos comenzar a incorporar la noción de cambio a las palabras que usamos, continuaremos estando perdidos.

—¿Y su trabajo?

—Mi trabajo es muy sencillo. He venido a Nueva York porque es el más desolado de los lugares, el más abyecto. La decrepitud está en todas partes, el desorden es universal. Basta con abrir los ojos para verlo. La gente rota, las cosas rotas, los pensamientos rotos. Toda la ciudad es un montón de basura. Se adapta admirablemente a mi propósito. Encuentro en las calles una fuente incesante de material, un almacén inagotable de cosas destrozadas. Salgo todos los días con mi bolsa y recojo objetos que me parecen dignos de investigación. Tengo ya cientos de muestras, desde lo desportillado a lo machacado, desde lo abollado a lo aplastado, desde lo pulverizado a lo putrefacto.

—¿Y qué hace usted con esas cosas?

—Les pongo nombre.

—¿Nombre?

—Invento palabras nuevas que correspondan a las cosas.

—Ah. Ya entiendo. Pero ¿cómo lo decide? ¿Cómo sabe si ha encontrado la palabra adecuada?

—Nunca me equivoco. Es una función de mi genio.

—¿Podría usted darme un ejemplo?

—¿De una de mis palabras?

—Sí.

—Lo siento, pero eso es imposible. Es mi secreto. Compréndalo. Una vez que se publique mi libro, usted y el resto del mundo lo sabrán. Pero por ahora tengo que callármelo.

—Información reservada.

—Eso es. Estrictamente confidencial.

—Lo siento.

—No se decepcione demasiado. Ya no tardaré mucho en ordenar mis hallazgos. Entonces empezarán a ocurrir grandes cosas. Será el acontecimiento más importante en la historia de la humanidad.

El segundo encuentro tuvo lugar poco después de las nueve de la mañana siguiente. Era domingo y Stillman había salido del hotel una hora más tarde que de costumbre. Recorrió dos manzanas para ir al sitio donde desayunaba habitualmente, el Mayflower Café, y se sentó en un compartimiento de esquina al fondo del local. Quinn, cada vez más atrevido, entró en la cafetería detrás del anciano y se sentó en el mismo compartimiento,

directamente frente a él. Durante un minuto o dos Stillman no pareció advertir su presencia. Luego, levantando la vista de la carta, estudió la cara de Quinn de un modo abstracto. Al parecer no le reconoció del día anterior.

—¿Le conozco a usted? —preguntó.

—No creo —dijo Quinn—. Me llamo Henry Dark.

—Ah. —Stillman asintió—. Un hombre que empieza por lo esencial. Eso me agrada.

—No soy partidario de andarme por las ramas —dijo Quinn.

—¿Las ramas? ¿A qué ramas se refiere?

—A las zarzas ardientes, por supuesto.

—Ah, sí. Las zarzas ardientes. Por supuesto. —Stillman miró a Quinn a la cara, un poco más atentamente ahora, pero también con cierta confusión—. Lo siento —dijo—, pero no recuerdo su nombre. Sé que me lo ha dicho hace poco, pero se me ha ido.

—Henry Dark —dijo Quinn.

—Eso es. Sí, ahora lo recuerdo. Henry Dark. —Stillman hizo una larga pausa y luego meneó la cabeza—. Desgraciadamente, eso no es posible, señor.

—¿Por qué no?

—Porque no hay ningún Henry Dark.

—Bueno, quizá yo sea otro Henry Dark. Uno distinto del que no existe.

—Hmmm. Sí, entiendo lo que quiere decir. Es verdad que a veces dos personas tienen el mismo nombre. Es muy posible que su nombre sea Henry Dark. Pero no es usted el Henry Dark.

—¿Es un amigo suyo?

Stillman se rió, como si hubiera oído un buen chiste.

—No exactamente —dijo—. Verá, nunca ha existido una persona llamada Henry Dark. Me lo inventé yo. Es una invención.

—No —dijo Quinn, con fingida incredulidad.

—Sí. Es un personaje de un libro que yo escribí una vez. Un personaje de ficción.

—Me resulta difícil de creer.

—Eso le pasó a todo el mundo. Los engañé a todos.

—Asombroso. ¿Y por qué lo hizo?

—Le necesitaba, ¿comprende? En aquella época yo tenía ciertas ideas que eran demasiado peligrosas y polémicas. Así que fingí que venían de otro. Era una forma de protegerme.

—¿Y por qué eligió el nombre de Henry Dark?

—Es un buen nombre, ¿no cree? A mí me gusta mucho. Lleno de misterio y al mismo tiempo muy apropiado. Le iba bien a mi propósito. Y, además, tiene un significado secreto.

—¿La alusión a la oscuridad?<sup>6</sup>

—No, no. Nada tan evidente. Eran las iniciales, HD. Eso era muy importante.

—¿Por qué?

—¿No quiere adivinarlo?

—Creo que no.

—Oh, inténtelo. Haga tres intentos. Si no acierta, entonces se lo diré.

Quinn hizo una pausa, haciendo todo lo posible por adivinarlo.

—HD —dijo—. ¿Por Henry David? Como en Henry David Thoreau.

—Ni por aproximación.

—¿Qué me dice HD pura y simplemente? Por la poetisa Hilda Doolittle.

—Peor que el primero.

—De acuerdo, un intento más. HD. H... y D... Un momento... ¿Qué me dice de...? Un momento... Ah... Sí, ya lo tengo. H por el filósofo lloroso, Heráclito... y D por el filósofo riendo, Demócrito. Heráclito y Demócrito... Los dos polos de la dialéctica.

—Una respuesta muy inteligente.

—¿He acertado?

—No, por supuesto que no. Pero de todas formas es una respuesta muy inteligente.

—No dirá que no lo he intentado.

—No. Por eso voy a recompensarle con la respuesta correcta. Porque lo ha intentado. ¿Está usted listo?

—Estoy listo.

—Las iniciales HD del nombre Henry Dark se refieren a Humpty Dumpty.

—¿Quién?

—Humpty Dumpty. Ya sabe a quién me refiero. El huevo.

—¿Como en «Humpty Dumpty estaba sentado en un muro»?

—Exactamente.

—No entiendo.

—Humpty Dumpty: la más pura representación de la condición humana. Escuche atentamente, señor. ¿Qué es un huevo? Es lo que todavía no ha nacido. Una paradoja, ¿no es cierto? Porque ¿cómo puede Humpty Dumpty estar vivo si no ha nacido? Y, sin

---

<sup>6</sup> *Dark* significa «oscuro». (N. de la T.)

embargo, está vivo, no se confunda. Lo sabemos porque puede hablar. Más aún, es un filósofo del lenguaje. «Cuando yo uso una palabra, dijo Humpty Dumpty en un tono bastante despectivo, significa exactamente lo que yo quiero que signifique, ni más ni menos. La cuestión es, dijo Alicia, si *puede* hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes. La cuestión es, dijo Humpty Dumpty, quién es el amo, eso es todo.»

—Lewis Carroll.

—*A través del espejo*, capítulo seis.

—Interesante.

—Es más que interesante, señor. Es crucial, escuche atentamente y quizá aprenda algo. En su pequeño discurso a Alicia, Humpty Dumpty bosqueja el futuro de las esperanzas humanas y da la pista para nuestra salvación: convertirnos en los amos de las palabras que decimos, hacer que el lenguaje responda a nuestras necesidades; Humpty Dumpty fue un profeta, un hombre que dijo verdades para las que el mundo no estaba preparado.

—¿Un hombre?

—Disculpe. Un desliz verbal. Quiero decir un huevo. Pero el desliz es instructivo y me ayuda a demostrar mi tesis. Porque todos los hombres son huevos, en cierto modo. Existimos, pero aún no hemos alcanzado la forma que es nuestro destino. Somos puro potencial, un ejemplo de lo por venir. Porque el hombre es un ser caído, lo sabemos por el Génesis. Humpty Dumpty también es un ser caído. Se cae del muro y nadie puede volver a juntar los pedazos; ni el rey, ni sus caballos, ni sus hombres. Pero eso es lo que todos debemos esforzarnos en conseguir. Es nuestro deber como seres humanos: volver a juntar los pedazos del huevo. Porque cada uno de nosotros, señor, es Humpty Dumpty. Y ayudarle a él es ayudarnos a nosotros mismos.

—Un argumento convincente.

—Es imposible encontrarle un fallo.

—Ninguna grieta en el huevo.

—Exactamente.

—Y, al mismo tiempo, el origen de Henry Dark.

—Sí. Pero hay algo más. Otro huevo, de hecho.

—¿Hay más de uno?

—Cielo santo, sí. Hay millones. Pero en el que estoy pensando es especialmente famoso. Probablemente es el huevo más célebre de todos.

—Estoy empezando a perderme.

—Estoy hablando del huevo de Colón.

—Ah, sí. Por supuesto.

—¿Conoce la historia?

—Todo el mundo la conoce.

—Es encantadora, ¿no? Enfrentado al problema de cómo conseguir que un huevo se mantuviera derecho, sencillamente dio un ligero golpecito en su base, cascando la cáscara justo lo suficiente para crear un punto plano que sostuviera al huevo cuando él retirase la mano.

—Y dio resultado.

—Por supuesto. Colón era un genio. Buscaba el paraíso y descubrió el Nuevo Mundo. Todavía no es demasiado tarde para que se convierta en el paraíso.

—Efectivamente.

—Reconozco que las cosas no han salido demasiado bien hasta ahora. Pero aún hay esperanza. Los americanos nunca han perdido su deseo de descubrir nuevos mundos. ¿Recuerda usted lo que sucedió en 1969?

—Recuerdo muchas cosas. ¿A qué se refiere?

—Los hombres caminaron por la luna. Piense en eso, mi querido señor. ¡Los hombres caminaron por la luna!

—Sí, lo recuerdo. Según el presidente, fue el acontecimiento más importante desde la creación.

—Tenía razón. Es la única cosa inteligente que dijo ese hombre. ¿Y qué aspecto supone usted que tiene la luna?

—No tengo ni idea.

—Vamos, vamos, piense.

—Oh, sí. Ya veo lo que quiere decir.

—Concedido. La semejanza no es perfecta. Pero es verdad que en ciertas fases, especialmente en una noche clara, la luna se parece mucho a un huevo.

—Sí. Mucho.

En ese momento apareció una camarera con el desayuno de Stillman y lo puso en la mesa delante de él. El viejo miró la comida con voracidad. Levantando educadamente un cuchillo con la mano derecha, rompió la cáscara de su huevo pasado por agua y dijo:

—Como puede ver, señor, no dejo ninguna piedra por levantar.

El tercer encuentro tuvo lugar ese mismo día. La tarde estaba muy avanzada: la luz como una gasa sobre los ladrillos y las hojas, las sombras alargándose. Una vez más, Stillman se retiró al Riverside Park, esta vez a un extremo, deteniéndose a descansar en una roca llena de protuberancias a la altura de la calle Ochenta y cuatro conocida como Mount Tom. En ese mismo lugar, en los veranos de 1843 y 1844, Edgar Allan Poe había pasado muchas y largas horas mirando al Hudson. Quinn lo sabía porque se había encargado de saber esas cosas. Él también se había sentado allí a menudo.



Ya apenas temía hacer lo que tenía que hacer. Dio dos o tres vueltas a la roca, pero no consiguió atraer la atención de Stillman. Luego se sentó al lado del anciano y le saludó. Increíblemente, Stillman no le reconoció. Era la tercera vez que Quinn se presentaba y cada vez era como si fuese otra persona. No podía estar seguro de si aquello era una buena o una mala señal. Si Stillman estaba fingiendo, era un actor como no había otro en el mundo. Porque cada vez que Quinn aparecía, lo hacía por sorpresa. Y sin embargo Stillman ni siquiera parpadeaba. Por otra parte, si Stillman realmente no le reconocía, ¿qué significaba eso? ¿Era posible que alguien fuese tan insensible a lo que veía?

El viejo le preguntó quién era.

—Me llamo Peter Stillman —dijo Quinn.

—Ése es mi nombre —contestó Stillman—. Yo soy Peter Stillman.

—Yo soy el otro Peter Stillman —dijo Quinn.

—Oh. Quiere usted decir mi hijo. Sí, es posible. Se parece mucho a él. Por supuesto, Peter es rubio y usted es oscuro. No Henry Dark, sino oscuro de pelo. Pero la gente cambia, ¿no? Ahora somos una cosa y luego otra.

—Exactamente.

—He pensado en ti a menudo, Peter. Muchas veces me he dicho para mis adentros: ¿Cómo le irá a Peter?

—Estoy mucho mejor ya, gracias.

—Me alegra oírlo. Alguien me dijo una vez que habías muerto. Me puse muy triste.

—No, me he recuperado por completo.

—Ya lo veo. Estás como una rosa. Y además hablas muy bien.

—Ahora todas las palabras están disponibles para mí. Incluso aquellas que a la mayoría de la gente les resultan difíciles. Yo puedo decirlas todas.

—Estoy orgulloso de ti, Peter.

—Todo te lo debo a ti.

—Los niños son una bendición. Siempre lo he dicho. Una bendición incomparable.

—Estoy seguro.

—En cuanto a mí, tengo días buenos y días malos. Cuando vienen los días malos, pienso en los que fueron buenos. La memoria es una gran bendición, Peter. Lo mejor después de la muerte.

—Sin ninguna duda.

—Por supuesto, también tenemos que vivir en el presente. Por ejemplo, yo estoy actualmente en Nueva York. Mañana podría estar en cualquier otro sitio. Viajo mucho, ¿sabes? Hoy aquí, mañana quién sabe dónde. Es parte de mi trabajo.

—Debe ser estimulante.

—Sí, estoy muy estimulado. Mi mente nunca descansa.

—Me alegra saberlo.

—Los años pesan mucho, es verdad. Pero tenemos tanto que agradecer. El paso del tiempo nos envejece, pero también nos da el día y la noche. Y cuando morimos, siempre hay alguien que ocupa nuestro lugar.

—Todos envejecemos.

—Cuando seas viejo, quizá tengas un hijo que te consuele.

—Me gustaría.

—Entonces serías tan afortunado como yo. Recuerda, Peter, los niños son una gran bendición.

—No lo olvidaré.

—Y recuerda también que no debes poner todos tus huevos en la misma cesta. A la inversa, no debes contar los huevos antes de que estén puestos.

—No. Intento aceptar las cosas como vienen.

—Por último, no digas nunca algo que sepas en el fondo de tu corazón que no es verdad.

—No lo haré.

—Mentir es una mala cosa. Hace que lamente haber nacido. Y no haber nacido es una maldición. Estás condenado a vivir fuera del tiempo. Y cuando vives fuera del tiempo no hay día y noche. Ni siquiera tienes la oportunidad de morirte.

—Comprendo.

—Una mentira nunca puede deshacerse. Ni siquiera la verdad es suficiente. Yo soy padre y sé estas cosas. Recuerda lo que le sucedió al padre de nuestro país. Taló el cerezo y luego le dijo a su padre: «No puedo decir una mentira.» Poco después tiró la moneda al otro lado del río. Estas dos historias son sucesos cruciales en la historia americana. George Washington taló el árbol y luego tiró el dinero. ¿Lo entiendes? Nos estaba diciendo una verdad esencial. Es decir, que el dinero no crece en los árboles. Esto es lo que hace grande a nuestro país, Peter. Ahora la imagen de George Washington está en todos los billetes de dólar. En todo esto hay una importante lección que aprender.

—Estoy de acuerdo.

—Por supuesto, es una lástima que el árbol fuese cortado. Ese árbol era el Árbol de la Vida y nos habría hecho inmunes a la muerte. Ahora le damos la bienvenida a la muerte con los brazos abiertos, especialmente cuando somos viejos. Pero el padre de nuestro país sabía cuál era su deber. No podía hacer otra cosa. Ése es el significado de la frase: «La vida es un cuenco de cerezas.» Si el árbol hubiera quedado en pie, habríamos tenido vida eterna.

—Sí, entiendo lo que quieres decir.

—Tengo muchas ideas como ésa en la cabeza. Mi mente no descansa nunca. Tú siempre fuiste un chico listo, Peter, y me alegro de que comprendas.

—Te sigo perfectamente.

—Un padre siempre debe enseñar a su hijo las lecciones que ha aprendido. De esa manera el conocimiento pasa de generación en generación y nos volvemos sabios.

—No olvidaré lo que me has dicho.

—Ahora podré morir feliz, Peter.

—Me alegro.

—Pero no debes olvidar nada.

—No lo olvidaré, padre. Te lo prometo.

A la mañana siguiente Quinn estaba delante del hotel a la hora de costumbre. Finalmente el tiempo había cambiado. Después de dos semanas de cielos resplandecientes, ese día lloviznaba sobre Nueva York y las calles se llenaban de los sonidos de los neumáticos mojados al pasar. Quinn estuvo sentado en el banco durante una hora, protegiéndose con un paraguas negro y pensando que Stillman aparecería en cualquier momento. Se tomó despacio su bollo y su café, leyó la crónica del partido que los Mets habían perdido el domingo, y el viejo seguía sin dar señales de vida. Paciencia, se dijo, y la emprendió con el resto del periódico. Pasaron cuarenta minutos. Llegó a la sección de economía y estaba a punto de leer un análisis sobre una fusión de empresas cuando la lluvia arreció repentinamente. De mala gana se levantó del banco y se refugió en un portal en la acera de enfrente del hotel. Permaneció allí de pie con los zapatos mojados durante hora y media. Se preguntó si Stillman estaría enfermo. Trató de imaginarle tumbado en su cama, sudando a causa de la fiebre. Quizá el viejo había muerto durante la noche y todavía no habían descubierto su cadáver. Esas cosas pasan, se dijo.

Aquél tenía que haber sido el día crucial y Quinn había hecho complicados y meticulosos planes. Ahora sus cálculos no servían para nada. Le perturbaba no haber tenido en cuenta esta contingencia.

Sin embargo, titubeaba. Se quedó allí bajo su paraguas, observando cómo la lluvia resbalaba por la tela y caía en pequeñas gotas. A las once había empezado a formular una decisión. Media hora más tarde cruzó la calle, caminó cuarenta pasos por la acera y entró en el hotel de Stillman. El lugar apestaba a repelente de cucarachas y a colillas. Algunos de los huéspedes, que no tenían adonde ir bajo la lluvia, estaban sentados en el vestíbulo, despatarrados en las sillas de plástico naranja. El lugar parecía un infierno de pensamientos rancios.

Detrás del mostrador de recepción había un negro grande sentado con las mangas arremangadas. Tenía un codo sobre el mostrador y la cabeza apoyada en la mano abierta. Con la otra mano pasaba las páginas de un tabloide, casi sin detenerse a leer las palabras. Parecía tan aburrido como si hubiera estado allí toda su vida.

—Quisiera dejar un mensaje para uno de sus huéspedes —dijo Quinn.

El hombre levantó la cabeza despacio, como si deseara que Quinn desapareciese.

—Quisiera dejar un mensaje para uno de sus huéspedes —repitió Quinn.

—Aquí no tenemos huéspedes —dijo el hombre—. Les llamamos residentes.

—Para uno de sus residentes, entonces. Me gustaría dejarle un mensaje.

—¿Y de quién se trata exactamente, hermano?

—Stillman. Peter Stillman.

El hombre fingió pensar por un momento y luego negó con la cabeza.

—No. No recuerdo a nadie con ese nombre.

—¿No tienen ustedes un registro?

—Sí, tenemos un libro. Pero está en la caja fuerte.

—¿La caja fuerte? ¿De qué está usted hablando?

—Estoy hablando del libro, hermano. Al jefe le gusta guardarlo en la caja fuerte.

—Supongo que no sabe usted la combinación.

—Lo siento. El jefe es el único que la sabe.

Quinn suspiró, metió la mano en el bolsillo y sacó un billete de cinco dólares. Lo puso sobre el mostrador de golpe y mantuvo la mano sobre él.

—Supongo que no tendrá usted una copia del libro, ¿verdad? —preguntó.

—Puede —dijo el hombre—, tendré que mirar en mi despacho.

El hombre levantó el periódico, abierto sobre el mostrador. Debajo estaba el registro.

—Qué suerte —dijo Quinn, levantando la mano del dinero.

—Sí, supongo que hoy es mi día —contestó el hombre, haciendo resbalar el billete sobre la superficie del mostrador, cogiéndolo rápidamente cuando llegó al borde y metiéndoselo en el bolsillo—. ¿Cómo ha dicho que se llamaba su amigo?

—Stillman. Un viejo con el pelo blanco.

—¿El caballero del abrigo?

—Eso es.

—Le llamamos el profesor.

—Ése es. ¿Tiene usted el número de la habitación? Se registró hará unas dos semanas.

El empleado abrió el registro, volvió las páginas y pasó el dedo a lo largo de una columna de nombres y números.

—Stillman —dijo—. Habitación trescientos tres. Ya no está aquí.

—¿Cómo?

—Se ha marchado.

—¿Qué está usted diciendo?

—Escuche, hermano, le estoy diciendo lo que pone aquí. Stillman se marchó anoche. Se fue.

—Eso es lo más absurdo que he oído nunca.

—Me da igual lo que sea. Está aquí escrito.

—¿Dejó alguna dirección?

—¿Está usted de coña?

—¿A qué hora se marchó?

—Tendrá usted que preguntárselo a Louie, el tío que está de noche. Entra a las ocho.

—¿Puedo ver la habitación?

—Lo siento. La he alquilado yo mismo esta mañana. El tipo está allí durmiendo.

—¿Qué aspecto tenía?

—Hace usted demasiadas preguntas por cinco pavos.

—Olvídelo —dijo Quinn, agitando la mano con desesperación—. No importa.

Volvió andando a su apartamento bajo un aguacero y llegó empapado a pesar del paraguas. Vaya con las funciones, se dijo. Vaya con el significado de las palabras. Tiró el paraguas al suelo del cuarto de estar, enojado. Luego se quitó la chaqueta y la arrojó contra la pared. El agua salpicó en todas direcciones.

Llamó a Virginia Stillman, demasiado avergonzado para pensar en hacer otra cosa. En el mismo momento en que ella contestó, él estuvo a punto de colgar el teléfono.

—Le he perdido —dijo.

—¿Está seguro?

—Dejó su habitación anoche. No sé dónde está.

—Estoy asustada, Paul.

—¿Les ha llamado?

—No lo sé. Creo que sí, pero no estoy segura.

—¿Qué quiere decir eso?

—Peter ha contestado el teléfono esta mañana mientras yo estaba bañándome. No quiere decirme quién era. Se ha metido en su habitación, ha cerrado las persianas y se niega a hablar.

—Pero ya ha hecho eso otras veces.

—Sí. Por eso no estoy segura. Pero hacía mucho tiempo que no ocurría.

—Da mala espina.

—Por eso estoy asustada.

—No se preocupe. Tengo unas cuantas ideas. Me pondré a trabajar ahora mismo.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con usted?

—Yo la llamaré cada dos horas, esté donde esté.

—¿Me lo promete?

—Sí, se lo prometo.

—Tengo tanto miedo, no puedo soportarlo.

—Es culpa mía. He cometido un estúpido error, lo siento.

—No, yo no le culpo. Nadie puede vigilar a una persona veinticuatro horas al día. Es imposible. Tendría usted que estar dentro de su pellejo.

—Ése es el problema. Creí que lo estaba.

—Todavía no es demasiado tarde, ¿verdad?

—No. Todavía tenemos mucho tiempo. No quiero que se preocupe.

—Intentaré no preocuparme. —Bien. La llamaré. —¿Cada dos horas?

—Cada dos horas.

Había llevado la conversación muy bien. A pesar de todo, había conseguido calmar a Virginia Stillman. Le resultaba difícil de creer, pero ella parecía seguir confiando en él. Aunque eso no le serviría de nada. Porque lo cierto era que le había mentado. No tenía varias ideas. No tenía ni siquiera una.

Stillman había desaparecido. El viejo era ahora parte de la ciudad. Era una mota, un signo de puntuación, un ladrillo en un interminable muro de ladrillos. Quinn podría pasear por las calles todos los días durante el resto de su vida y no encontrarle nunca. Todo había quedado reducido al azar, una pesadilla de números y probabilidades. No había ninguna pista, ningún indicio, ningún paso que dar.

Quinn retrocedió mentalmente al comienzo del caso. Su trabajo consistía en proteger a Peter, no en seguir a Stillman. Eso había sido simplemente un método, una forma de tratar de predecir lo que sucedería. La teoría era que observando a Stillman se enteraría de cuáles eran sus intenciones respecto a Peter. Había seguido al anciano durante dos semanas. ¿A qué conclusiones podía llegar? A no muchas. El comportamiento de Stillman había sido demasiado confuso para dar ninguna indicación.

Había, por supuesto, ciertas medidas extremas que podían tomarse. Podría sugerirle a Virginia Stillman que pidiera un número de teléfono que no apareciese en la guía. Eso eliminaría las perturbadoras llamadas, por lo menos temporalmente. Si eso fallaba, ella y Peter podrían mudarse. Podrían dejar el barrio, quizá incluso la ciudad. En el peor de los casos, podrían adoptar una nueva identidad, vivir bajo un nombre falso.

Este último pensamiento le recordó algo importante. Se dio cuenta de que hasta entonces nunca se había planteado seriamente las circunstancias de su contratación. Las cosas habían sucedido demasiado rápidamente, y él había dado por sentado que sustituiría a Paul Auster. Una vez dado el salto de adoptar ese nombre, había dejado de pensar en el propio Auster. Si ese hombre era tan buen detective como pensaban los Stillman, quizá podría ayudarle con el caso. Quinn se lo confesaría todo, Auster le perdonaría, y juntos trabajarían para salvar a Peter Stillman.

Buscó en las páginas amarillas la Agencia de Detectives Auster. No aparecía en la lista. En las páginas blancas, sin embargo, encontró el nombre. Había un Paul Auster en Manhattan, vivía en Riverside Drive, no lejos de la casa de Quinn. No había ninguna mención a una agencia de detectives, pero eso no necesariamente significaba algo. Podría ser que Auster tuviese tanto trabajo que no necesitara anunciarse. Quinn cogió el teléfono y estaba a punto de marcar cuando se lo pensó mejor. Era una conversación demasiado importante como para tenerla por teléfono. No debía correr el riesgo de que le colgase. Si Auster no tenía oficina, trabajaba en casa; iría allí y hablaría con él cara a cara.

La lluvia había cesado y aunque el cielo seguía estando gris, Quinn pudo ver a lo lejos, hacia el oeste, un diminuto rayo de luz atravesando las nubes. Mientras caminaba por Riverside Drive, tomó conciencia de que ya no estaba siguiendo a Stillman. Tuvo la

sensación de que había perdido la mitad de sí mismo. Durante dos semanas había estado atado al viejo por un hilo invisible. Todo lo que hacía Stillman, lo hacía él; a donde iba Stillman, iba él. Su cuerpo no estaba acostumbrado a aquella nueva libertad y durante las primeras manzanas anduvo arrastrando los pies. Aquel trabajo había terminado, pero su cuerpo no lo sabía aún.

El edificio de Auster estaba a la mitad de la larga manzana entre la Ciento dieciséis y la Ciento diecinueve, justo al sur de la iglesia de Riverside y la tumba de Grant. Era un lugar bien cuidado, con picaportes brillantes y cristales limpios, y tenía un aire de sobriedad burguesa que en ese momento atrajo a Quinn. El piso de Auster estaba en la undécima planta y Quinn llamó al timbre del portero automático, esperando oír una voz que le hablara por el interfono. Pero le contestó el zumbido de la puerta sin mediar conversación. Quinn empujó y abrió, cruzó el portal y subió en el ascensor a la undécima planta.

Fue un hombre quien le abrió la puerta del piso. Era un individuo alto y moreno, de treinta y tantos años, con la ropa arrugada y barba de dos días. En la mano derecha, sujeta entre el pulgar y los primeros dos dedos, sostenía una pluma estilográfica destapada, aún en la posición de escribir. El hombre pareció sorprenderse al encontrar a un desconocido frente a él.

—¿Sí? —preguntó dubitativo.

Quinn habló en el tono más cortés que pudo.

—¿Esperaba usted a otra persona?

—A mi mujer. Por eso he abierto la puerta sin preguntar quién era.

—Lamento molestarle —se disculpó Quinn—. Pero busco a Paul Auster.

—Yo soy Paul Auster —dijo el hombre.

—Me pregunto si podría hablar con usted. Es muy importante.

—Primero tendrá que decirme de qué se trata.

—Yo mismo apenas lo sé. —Quinn le dirigió a Auster una mirada sincera—. Es complicado, me temo. Muy complicado.

—¿Tiene usted nombre?

—Perdone, por supuesto. Quinn.

—Quinn ¿qué?

—Daniel Quinn.

El nombre pareció sugerirle algo a Auster y calló durante un momento, abstraído, como buscando en su memoria.

—Quinn —murmuró para sí—. Conozco ese nombre de algo. —Se quedó callado de nuevo, esforzándose por encontrar la respuesta—. No será usted poeta, ¿verdad?

—Lo fui —dijo Quinn—. Pero hace mucho tiempo que no escribo poemas.

—Publicó usted un libro hace varios años, ¿no? Creo que el título era *Asunto inacabado*. Un librito con tapas azules.



—Sí. Ése era yo.

—Me gustó mucho. Esperaba encontrar alguna otra obra suya. De hecho, incluso me pregunté qué le habría sucedido.

—Sigo aquí. Más o menos.

Auster abrió la puerta del todo y le hizo un gesto a Quinn para que entrase. El piso era bastante agradable, y tenía una forma extraña, varios pasillos largos, libros amontonados por todas partes, cuadros en las paredes de artistas que Quinn no conocía y algunos juguetes infantiles tirados por el suelo: un camión rojo, un oso marrón y un monstruo espacial verde. Auster le llevó al cuarto de estar, le ofreció una silla con la tapicería gastada y luego se fue a la cocina para traer unas cervezas. Regresó con dos botellas, las puso sobre un cajón de madera que hacía las veces de mesa baja y se sentó en el sofá enfrente de Quinn.

—¿Era de algún tema literario de lo que quería usted hablarme? —comenzó Auster.

—No —dijo Quinn—. Ojalá. Pero esto no tiene nada que ver con la literatura.

—¿Con qué, entonces?

Quinn hizo una pausa, miró a su alrededor sin ver nada y trató de comenzar.

—Tengo la sensación de que hay un terrible error. Yo he venido aquí buscando a Paul Auster, el detective privado.

—¿El qué?

Auster se rió y con aquella risa todo estalló en pedazos de repente. Quinn se dio cuenta de que estaba diciendo tonterías. Lo mismo podía haber preguntado por el jefe Toro Sentado, el efecto no habría sido diferente.

—El detective privado —repitió en voz baja.

—Me temo que ha encontrado usted al Paul Auster equivocado.

—Usted es el único que viene en la guía.

—Puede ser —dijo Auster—. Pero yo no soy detective.

—¿Quién es usted entonces? ¿A qué se dedica?

—Soy escritor.

—¿Escritor? —Quinn pronunció la palabra como si fuese un lamento.

—Lo siento —dijo Auster—. Pero eso es lo que soy.

—Si eso es cierto, entonces no hay esperanza. Todo el asunto es un mal sueño.

—No tengo ni idea de lo que está usted hablando.

Quinn se lo contó. Empezó por el principio y le contó la historia entera, paso a paso. La presión había ido acumulándose dentro de él desde la desaparición de Stillman aquella mañana y ahora salió como un torrente de palabras. Le habló de las llamadas telefónicas preguntando por Paul Auster, de su inexplicable aceptación del caso, de su entrevista con Peter Stillman, de su conversación con Virginia Stillman, de su lectura del libro de

Stillman, de su seguimiento de Stillman desde la estación Grand Central, de los vagabundeos diarios de Stillman, de la bolsa y de los objetos rotos, de los inquietantes mapas que formaban letras del alfabeto, de sus conversaciones con Stillman, de la desaparición de Stillman del hotel. Cuando llegó al final, preguntó:

—¿Cree usted que estoy loco?

—No —dijo Auster, que había escuchado atentamente el monólogo de Quinn—. Yo en su lugar probablemente habría hecho lo mismo.

Estas palabras fueron un gran alivio para Quinn, como si, al fin, la carga ya no fuera únicamente suya. Sintió ganas de abrazar a Auster y declararle amistad eterna.

—No me lo estoy inventando —dijo Quinn—. Incluso tengo pruebas. —Sacó su cartera y de ella el cheque de quinientos dólares que Virginia Stillman le había extendido dos semanas antes. Se lo tendió a Auster—. Como ve, está a su nombre.

Auster examinó el cheque cuidadosamente y asintió.

—Parece un cheque perfectamente normal.

—Bien, es suyo —dijo Quinn—. Quiero que se lo quede.

—No me sería posible aceptarlo.

—A mí no me sirve de nada. —Quinn miró a su alrededor e hizo un gesto vago—. Cómprase más libros. O algunos juguetes para su hijo.

—Es dinero que se ha ganado usted. Merece quedárselo. —Auster hizo una pausa—. Hay algo que puedo hacer por usted. Puesto que el cheque está a mi nombre, lo cobraré para usted. Lo llevaré a mi banco mañana por la mañana, lo ingresaré en mi cuenta y le daré el dinero cuando lo cobre.

Quinn no dijo nada.

—¿De acuerdo? —preguntó Auster.

—De acuerdo —dijo Quinn al fin—. Veremos qué pasa.

Auster dejó el cheque sobre la mesita como diciendo que el asunto estaba resuelto. Luego se recostó en el sofá y miró a Quinn a los ojos.

—Hay una cuestión mucho más importante que el cheque —dijo—. El hecho de que mi nombre se haya visto envuelto en esto. No lo entiendo en absoluto.

—Me pregunto si ha tenido usted problemas con su teléfono últimamente. A veces las líneas se cruzan. Una persona trata de llamar a un número y, aunque marque correctamente, le contesta otra persona.

—Sí, eso me ha sucedido a veces. Pero aunque mi teléfono estuviera mal, eso no explica el verdadero problema. Eso nos diría por qué recibió usted la llamada, pero no por qué querían hablar conmigo.

—¿Es posible que conozca usted a las personas interesadas?

—Nunca he oído hablar de los Stillman.

—Puede que alguien quisiera gastarle una broma pesada.

—No me trato con gente de ese estilo.

—Nunca se sabe.

—Pero lo cierto es que no se trata de una broma. Es un caso real con personas reales.

—Sí —dijo Quinn tras un largo silencio—. Soy consciente de ello.

Habían llegado al final de lo que podían hablar. Más allá de ese punto no había nada: los pensamientos fortuitos de dos hombres que no sabían nada. Quinn se dio cuenta de que debía marcharse. Llevaba casi una hora allí y se acercaba el momento de llamar a Virginia Stillman. No obstante, no tenía ganas de moverse. El sillón era cómodo y la cerveza se le había subido ligeramente a la cabeza. Aquel Auster era la primera persona inteligente con la que hablaba en mucho tiempo. Había leído la antigua obra de Quinn, la había admirado, había deseado encontrar más. A pesar de todo, era imposible que Quinn no se alegrara de aquello.

Se quedaron allí sentados durante unos minutos sin decir nada. Al fin Auster se encogió de hombros, lo cual parecía un reconocimiento de que habían llegado a un punto muerto. Se levantó y dijo:

—Estaba a punto de prepararme el almuerzo. No me cuesta nada hacerlo para dos.

Quinn vaciló. Era como si Auster hubiera leído sus pensamientos y adivinado lo que más deseaba: comer, tener una excusa para quedarse un rato más.

—En realidad debería irme —dijo—. Pero sí, gracias. Algo de comida me vendrá bien.

—¿Qué le parece una tortilla de jamón?

—Estupendo.

Auster se retiró a la cocina para preparar la comida. A Quinn le hubiera gustado ofrecerse para ayudarlo, pero no podía moverse. El cuerpo le pesaba como una losa. A falta de otra idea mejor, cerró los ojos. En el pasado a veces le había consolado hacer desaparecer al mundo. Esta vez, sin embargo, Quinn no encontró nada interesante dentro de su cabeza. Parecía como si las cosas se hubieran detenido allí dentro. Luego, en la oscuridad, empezó a oír una voz, una voz idiota que canturreaba la misma frase una y otra vez: «No puedes hacer una tortilla sin romper los huevos.» Abrió los ojos para que cesaran las palabras.

Había pan y mantequilla, más cerveza, cuchillos y tenedores, sal y pimienta, servilletas y tortillas, dos, rezumando en unos platos blancos. Quinn comió con descarada voracidad, devorando la comida en lo que parecía cuestión de segundos. Después hizo un gran esfuerzo para calmarse. Las lágrimas acechaban misteriosamente detrás de sus ojos y su voz temblaba al hablar, pero de alguna manera consiguió dominarse. Para demostrar que no era un ingrato egocéntrico, empezó a preguntarle a Auster por su trabajo. Auster se mostró algo reticente, pero al fin reconoció que estaba trabajando en un libro de artículos. El que estaba escribiendo en aquel momento versaba sobre *Don Quijote*.

—Uno de mis libros favoritos —dijo Quinn.

—Sí, mío también. No hay nada comparable.

Quinn le preguntó por el ensayo.

—Supongo que podría considerarse especulativo, ya que en realidad no pretendo demostrar nada. De hecho, está escrito irónicamente. Una lectura imaginativa, supongo que podríamos llamarlo.

—¿Cuál es su tesis?

—Principalmente tiene que ver con la autoría del libro. Quién lo escribió y cómo lo escribió.

—¿Hay alguna duda?

—Por supuesto que no. Pero me refiero al libro dentro del libro que Cervantes escribió. El que imaginó que estaba escribiendo.

—Ah.

—Es muy sencillo. Cervantes, no sé si lo recuerda, se esfuerza mucho por convencer al lector de que él no es el autor. El libro, dice, lo escribió en árabe Cide Hamete Benengeli. Cervantes describe cómo descubrió por azar el manuscrito un día en el mercado de Toledo. Contrató a alguien para que se lo tradujera al castellano y después se presenta a sí mismo únicamente como el corrector de la traducción. De hecho, ni siquiera puede garantizar la exactitud de la traducción.

—Y sin embargo luego dice —añadió Quinn— que la de Cide Hamete Benengeli es la única versión auténtica de la historia de don Quijote. Todas las otras versiones son fraudes, escritas por impostores; insiste mucho en que todo lo que se cuenta en el libro sucedió realmente.

—Exactamente. Porque, después de todo, el libro es un ataque a los peligros de la simulación. No podía fácilmente presentar una obra de la imaginación para hacer eso, ¿verdad? Tenía que afirmar que era real.

—Sin embargo, siempre he sospechado que Cervantes devoraba aquellos viejos libros de caballería. No puedes odiar algo tan violentamente a menos que una parte de ti lo ame también. En cierto sentido, don Quijote no era más que un doble de Cervantes.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué mejor retrato de un escritor que mostrar a un hombre que ha quedado embrujado por los libros?

—Precisamente.

—En cualquier caso, puesto que se supone que el libro es real, de ello se deduce que la historia tiene que estar escrita por un testigo ocular de los sucesos que en ella ocurren. Pero Cid Hamete, el autor reconocido, no aparece nunca. Ni una sola vez afirma estar presente cuando los sucesos tienen lugar. Por lo tanto, mi pregunta es ésta: ¿quién es Cide Hamete Benengeli?

—Sí, ya veo adonde quiere ir a parar.

—La teoría que planteo en el artículo es que en realidad es una combinación de cuatro personas diferentes. Sancho Panza es el testigo, naturalmente. No hay ningún otro candidato, ya que es el único que acompaña a don Quijote en todas sus aventuras. Pero Sancho no sabe leer ni escribir. Por lo tanto no puede ser el autor. Por otra parte, sabemos

que Sancho tiene un gran don para el lenguaje. A pesar de sus necios despropósitos, les da cien vueltas hablando a todos los demás personajes del libro. Me parece perfectamente posible que le dictara la historia a otra persona, es decir, al barbero y al cura, los buenos amigos de don Quijote. Ellos pusieron la historia en correcta forma literaria, en castellano, y luego le entregaron el manuscrito a Simón Carrasco, el bachiller de Salamanca, el cual procedió a traducirlo al árabe. Cervantes encontró la traducción, mandó pasarla de nuevo al castellano y luego publicó el libro, *Don Quijote de la Mancha*.

—Pero ¿por qué se tomarían Sancho y los otros tantas molestias?

—Curar a don Quijote de su locura. Querían salvar a su amigo. Recuerde que al principio queman sus libros de caballería, pero eso no da resultado. El Caballero de la Triste Figura no renuncia a su obsesión. Entonces, en un momento u otro, todos salen a buscarle con distintos disfraces (de dama en apuros, de Caballero de los Espejos, de Caballero de la Pálida Luna) con el fin de atraer a don Quijote a casa. Al final lo consiguen. El libro no era más que uno de sus trucos. La idea era poner un espejo delante de la locura de don Quijote, registrar cada uno de sus absurdos y ridículos delirios, de tal modo que cuando finalmente leyese el libro viera lo erróneo de su conducta.

—Me gusta.

—Sí. Pero hay una última vuelta de tuerca. Don Quijote, en mi opinión, no estaba realmente loco. Sólo fingía estarlo. De hecho, él mismo orquestó todo el asunto. Recuerde que durante todo el libro don Quijote está preocupado por la cuestión de la posteridad. Una y otra vez se pregunta con cuánta precisión registrará su cronista sus aventuras. Esto implica conocimiento por su parte; sabe de antemano que ese cronista existe. ¿Y quién podría ser sino Sancho Panza, el fiel escudero a quien don Quijote ha elegido para ese propósito? De la misma manera, eligió a los otros tres para que desempeñaran los papeles que les había destinado. Fue don Quijote quien organizó el cuarteto Benengeli. Y no sólo seleccionó a los autores, probablemente fue él quien tradujo el manuscrito árabe de nuevo al castellano. No debemos considerarle incapaz de tal cosa. Para un hombre tan hábil en el arte del disfraz, oscurecerse la piel y vestirse con la ropa de un moro no debía ser muy difícil. Me gusta imaginar la escena en el mercado de Toledo. Cervantes contratando a don Quijote para descifrar la historia del propio don Quijote. Tiene una gran belleza.

—Pero aún no ha explicado por qué un hombre como don Quijote desorganizaría su vida tranquila para dedicarse a un engaño tan complicado.

—Ésa es la parte más interesante de todas. En mi opinión, don Quijote estaba realizando un experimento. Quería poner a prueba la credulidad de sus semejantes. ¿Sería posible, se preguntaba, plantarse ante el mundo y con la más absoluta convicción vomitar mentiras y tonterías? ¿Decirles que los molinos de viento eran caballeros, que la bacinilla de un barbero era un yelmo, que las marionetas eran personas de verdad? ¿Sería posible persuadir a otros para que asintieran a lo que él decía, aunque no le creyeran? En otras palabras, ¿hasta qué punto toleraría la gente las blasfemias si les proporcionaban diversión? La respuesta es evidente, ¿no? Hasta cualquier punto. La prueba es que todavía leemos el libro. Sigue pareciéndonos sumamente divertido. Y eso es en última instancia lo que cualquiera le pide a un libro, que le divierta.

Auster se recostó en el sofá, sonrió con cierto irónico placer y encendió un cigarrillo. Era evidente que estaba disfrutando, pero a Quinn se le escapaba la naturaleza

precisa de aquel placer. Parecía una especie de risa muda, un chiste que no llegaba a su culminación, un regocijo sin objetivo. Quinn estaba a punto de decir algo en respuesta a la teoría de Auster, pero no tuvo ocasión. Justo cuando abrió la boca para hablar fue interrumpido por un entrecocar de llaves en la puerta principal, el sonido de la puerta al abrirse y luego cerrarse de golpe y una algarabía de voces. La cara de Auster se animó al oírlos. Se levantó de su asiento, se disculpó con Quinn y fue rápidamente hacia la puerta.

Quinn oyó risas en el vestíbulo, primero de una mujer y luego de un niño —aguda y más aguda, un *staccato* de metralla— y luego el bajo retumbante de la risotada de Auster. El niño habló:

—¡Papá, mira lo que he encontrado!

Y luego la mujer explicó que estaba tirado en la calle, y por qué no, parecía estar en perfecto estado. Un momento más tarde oyó que el niño venía corriendo hacia él por el pasillo. Irrumpió en el cuarto de estar, vio a Quinn y se paró en seco. Era un chiquillo rubio de cinco o seis años.

—Buenas tardes —le dijo Quinn.

El niño, replegándose rápidamente en su timidez, sólo respondió con un débil hola. En la mano izquierda tenía un objeto rojo que Quinn no pudo identificar. Le preguntó al niño qué era.

—Es un yoyó —contestó, abriendo la mano para enseñárselo—. Lo he encontrado en la calle.

—¿Funciona?

El niño se encogió de hombros exageradamente, como en una pantomima.

—No sé. Siri no sabe jugar. Y yo tampoco.

Quinn le preguntó si podía intentarlo y el niño se acercó a él y le puso el yoyó en la mano. Mientras lo examinaba, oyó que el niño respiraba a su lado, observando cada uno de sus movimientos. El yoyó era de plástico, parecido a aquellos con los que él había jugado de pequeño, pero algo más complicado, un artefacto de la era espacial. Quinn metió el dedo corazón en la presilla que había al extremo del cordel, se puso de pie y lo intentó. El yoyó emitió un sonido silbante al descender y en su interior saltaron chispas. El niño abrió la boca, luego el yoyó se detuvo, balanceándose al extremo del cordel.

—Un gran filósofo dijo una vez —murmuró Quinn— que el camino de subida y el camino de bajada son uno y el mismo.

—Pero tú no lo has hecho subir —dijo el niño—. Solamente ha bajado.

—Hay que continuar intentándolo.

Quinn estaba volviendo a enrollar el cordel para hacer un nuevo intento cuando Auster y su esposa entraron en la habitación. Levantó la vista y vio primero a la mujer. En ese único y breve momento supo que tenía problemas. Ella era alta, delgada, rubia, una belleza radiante, con una energía y una felicidad que parecían hacer invisible todo lo que la rodeaba. Fue demasiado para Quinn. Sintió como si Auster le estuviera atormentando con todo lo que había perdido, y reaccionó con envidia y rabia, con una lacerante autocompasión. Sí, a él también le gustaría tener aquella mujer y aquel niño, estar sentado

todo el día pariendo bobadas sobre libros antiguos, estar rodeado de yoyós y tortillas de jamón y plumas estilográficas. Rezó para sus adentros pidiendo la salvación.

Auster vio el yoyó en su mano y dijo:

—Veo que ya os conocéis. Daniel —le dijo al niño—, éste es Daniel. —Y luego a Quinn, con la misma sonrisa irónica—: Daniel, éste es Daniel.

El niño se echó a reír y dijo:

—¡Todo el mundo es Daniel!

—Eso es —dijo Quinn—. Yo soy tú y tú eres yo.

—Y así una vez y otra vez —gritó el niño, extendiendo los brazos repentinamente y dando vueltas y vueltas alrededor de la habitación como un giroscopio.

—Y ésta —dijo Auster, volviéndose hacia la mujer— es mi esposa, Siri.

La mujer le dirigió una sonrisa, dijo que se alegraba de conocer a Quinn como si lo dijera sinceramente y luego le tendió la mano. Él se la estrechó, notando la extraña esbeltez de sus huesos, y le preguntó si su nombre era noruego.

—No hay mucha gente que sepa eso —dijo ella.

—¿Procede usted de Noruega?

—Indirectamente —dijo ella—. Pasando por Northfield, Minnesota.

Y entonces se rió y Quinn sintió que un poco más de sí mismo se derrumbaba.

—Sé que es una invitación de último minuto —dijo Auster—, pero si tiene usted tiempo libre, ¿por qué no se queda a cenar con nosotros?

—Ah —dijo Quinn, esforzándose por dominarse—. Es muy amable por su parte. Pero realmente tengo que irme. Ya se me ha hecho tarde.

Hizo un último esfuerzo, le sonrió a la esposa de Auster y le dijo adiós con la mano al niño.

—Hasta pronto, Daniel —dijo, yendo hacia la puerta.

El niño le miró desde el otro lado de la habitación y se rió de nuevo.

—¡Adiós, yo! —dijo.

Auster le acompañó hasta la puerta.

—Le llamaré en cuanto cobre el cheque. ¿Viene usted en la guía telefónica? —le dijo.

—Sí —contestó Quinn—. Soy el único.

—Si me necesita para algo —dijo Auster—, llámeme. Estaré encantado de ayudarle.

Auster alargó la mano para estrechar la suya y Quinn se dio cuenta de que todavía tenía el yoyó. Lo puso en la mano derecha de Auster, le dio unas palmaditas en el hombro y se fue.

## 11

Ahora Quinn estaba perdido. No tenía nada, no sabía nada, sabía que no sabía nada. No sólo estaba como al principio, estaba antes del principio, tan lejos del principio que era peor que cualquier final que pudiera imaginar.

Según su reloj eran casi las seis. Quinn volvió a casa por donde había venido, alargando sus pasos a cada nueva manzana. Cuando llegó a su calle, iba corriendo. Hoy es dos de junio, se dijo. Intenta recordarlo. Esto es Nueva York y mañana será tres de junio. Si todo va bien, pasado mañana será cuatro. Pero nada es seguro.

Hacía rato que había pasado la hora de su llamada a Virginia Stillman, y dudó si hacerla. ¿Sería posible pasar de ella? ¿Podría abandonarlo todo, así, por las buenas? Sí, se dijo, es posible. Podría olvidar el caso, volver a su rutina, escribir otro libro. Podría hacer un viaje si quería, incluso marcharse del país por algún tiempo. Podría ir a París, por ejemplo. Sí, eso era posible. Pero cualquier sitio serviría, pensó, cualquier sitio.

Se sentó en el cuarto de estar y miró las paredes. Recordaba que habían sido blancas, pero ahora habían adquirido una curiosa tonalidad amarilla. Quizá se irían ensuciando aún más, poniéndose grises, o incluso marrones, como una pieza de fruta tocada. Una pared blanca se convierte en una pared amarilla que luego se convierte en una pared gris, se dijo. La pintura se gasta, la ciudad invade con su hollín, el yeso se desmorona. Cambios y más cambios.

Fumó un cigarrillo, y luego otro, y luego otro. Se miró las manos, vio que las tenía sucias y se levantó para lavárselas. En el cuarto de baño, con el agua corriendo en el lavabo, decidió afeitarse también. Se puso espuma en la cara, sacó una cuchilla nueva y empezó a quitarse la barba. Por alguna razón encontraba desagradable mirarse al espejo y trataba de rehuir su imagen con los ojos. Te estás volviendo viejo, se dijo, te estás convirtiendo en un viejo imbécil. Luego entró en la cocina, se tomó un cuenco de cereales y se fumó otro cigarrillo.

Ya eran las siete. Una vez más debatió consigo mismo si debía llamar a Virginia Stillman. Mientras le daba vueltas al asunto se le ocurrió que ya no tenía criterio. Veía el argumento a favor de hacer la llamada y al mismo tiempo veía el argumento a favor de no hacerla. Al final, fue la educación la que le decidió. No sería justo desaparecer sin avisarla. Una vez lo hubiera hecho, sería perfectamente aceptable. Con tal que le digas a la gente lo que vas a hacer, razonó, da igual lo que hagas. Eres libre de hacer lo que quieras.

El teléfono, sin embargo, comunicaba. Esperó cinco minutos y volvió a marcar. El teléfono seguía comunicando. Durante la hora siguiente Quinn marcó y esperó alternativamente, siempre con el mismo resultado. Al fin llamó a la operadora y le preguntó



si el teléfono estaba averiado. Le cobrarían treinta centavos por la consulta, le advirtieron. Luego oyó un chisporroteo en la línea, el sonido de marcar, más voces. Quinn trató de imaginar qué aspecto tendrían las operadoras. Luego la primera mujer le habló de nuevo: el número comunicaba.

Quinn no sabía qué pensar. Había tantas posibilidades que ni siquiera podía empezar a considerarlas. ¿Stillman? ¿El teléfono descolgado? ¿Alguna otra persona?

Encendió la televisión y vio las dos primeras entradas del partido de los Mets. Luego marcó una vez más. Lo mismo. Al comienzo de la tercera St. Louis marcó con una base robada y un bombo sacrificado. Los Mets igualaron esa carrera en mitad de la entrada con un doble de Wilson y un sencillo de Youngblood. Quinn se dio cuenta de que le daba igual. Apareció un anuncio de cerveza y quitó el sonido. Por vigésima vez trató de hablar con Virginia Stillman y por vigésima vez le ocurrió lo mismo. Al comienzo de la cuarta entrada St Louis marcó cinco carreras y Quinn quitó la imagen también. Encontró su cuaderno rojo, se sentó ante su mesa de trabajo y escribió sin parar durante las siguientes dos horas. No se molestó en leer lo que había escrito. Luego llamó a Virginia Stillman y oyó nuevamente la señal de comunicar. Colgó el teléfono con tanta fuerza que el plástico se rompió. Cuando intentó volver a llamar, ya no pudo conseguir el tono para marcar. Se levantó, entró en la cocina y se preparó otro cuenco de cereales. Luego se fue a la cama.

En su sueño, que más tarde olvidó, se encontraba andando por Broadway llevando de la mano al hijo de Auster.

Quinn pasó todo el día siguiente andando. Empezó temprano, justo después de las ocho, y no se detuvo a considerar adonde iba. Ese día vio muchas cosas en las que no se había fijado antes.

Cada veinte minutos entraba en una cabina telefónica y llamaba a Virginia Stillman. Lo que había ocurrido la noche anterior seguía ocurriendo ese día. A aquellas alturas Quinn esperaba que el número diera señal de comunicar. Ya ni siquiera le molestaba. La señal se había convertido en un contrapunto a sus pasos, un metrónomo que marcaba constantemente en medio de los ruidos fortuitos de la ciudad. Encontraba cierto consuelo en la idea de que cada vez que marcara el número, el sonido estaría allí, siempre invariable en su negativa, negando el discurso y la posibilidad del discurso, tan insistente como los latidos de un corazón. Virginia y Peter Stillman estaban ahora fuera de su alcance. Pero podía tranquilizar su conciencia con el pensamiento de que continuaba intentándolo. Fuera cual fuera la oscuridad a la que le conducían, él no los había abandonado todavía.

Bajó por Broadway hasta la calle Setenta y dos, torció al este hacia Central Park West y siguió hasta llegar a la Cincuenta y nueve y la estatua de Colón. Allí torció de nuevo hacia el este, avanzando por Central Park South hasta Madison Avenue, donde tiró a la derecha y caminó hacia la estación Grand Central. Después de dar vueltas al azar por unas cuantas manzanas, continuó hacia el sur cosa de un kilómetro, llegó al cruce de Broadway con la Quinta Avenida en la calle Veintitrés, se detuvo para mirar el edificio Flatiron y luego cambió de rumbo, cogiendo una transversal en dirección oeste hasta que llegó a la Séptima Avenida, donde viró a la izquierda y siguió hacia el centro. En Sheridan

Square giró de nuevo hacia el este, deambulando por Waverly Place, cruzando la Sexta Avenida y continuando hasta Washington Square. Pasó bajo el arco y se abrió camino hacia el sur entre el gentío, deteniéndose momentáneamente para mirar a un funambulista que estaba haciendo su número sobre una cuerda tendida entre una farola y el tronco de un árbol. Luego dejó el parquecito por la esquina este, cruzó las viviendas universitarias con sus parterres de hierba y torció a la derecha en Houston Street. En West Broadway giró de nuevo, esta vez a la izquierda, y siguió hasta Canal. Desviándose ligeramente a su derecha, pasó por un parque de bolsillo y se metió por Varick Street, pasó por el número seis, donde había vivido algún tiempo, y luego retomó su rumbo sur, cogiendo nuevamente West Broadway donde se cruza con Varick. West Broadway le llevó hasta la base del World Trade Center y al vestíbulo de una de las torres, donde hizo su decimotercera llamada del día a Virginia Stillman. Quinn decidió comer algo, entró en uno de los restaurantes de comida rápida de la planta baja y consumió despacio un sandwich mientras trabajaba en el cuaderno rojo. Después continuó andando hacia el este, vagabundeando por las estrechas calles del distrito financiero, y luego se dirigió hacia el sur, hacia Bowling Green, donde vio el agua y las gaviotas que volaban sobre ella a la luz del mediodía. Por un momento consideró la posibilidad de dar un paseo en el transbordador de Staten Island, pero luego lo pensó mejor y echó a andar en dirección norte. En Fulton Street se metió a la derecha y siguió en dirección noreste por East Broadway, que le llevó a las miasmas del Lower East Side y luego a Chinatown. Desde allí encontró el Bowery, que le condujo por la calle Catorce. Después torció a la izquierda, cortó diagonalmente por Union Square y siguió a lo largo de Park Avenue South. En la calle Veintitrés se dirigió hacia el norte. Unas manzanas después torció otra vez a la derecha, anduvo una manzana hacia el este y luego subió por la Tercera Avenida durante un rato. En la calle Treinta y dos torció a la derecha, llegó a la Segunda Avenida, torció a la izquierda, subió tres manzanas y luego torció a la derecha por última vez, encontrándose en la Primera Avenida. Entonces anduvo los siete bloques de las Naciones Unidas y decidió tomarse un breve descanso. Se sentó en un banco de piedra en la plaza y respiró hondo, relajándose al aire y al sol con los ojos cerrados. Luego abrió el cuaderno rojo, sacó del bolsillo el bolígrafo del sordomudo y comenzó una página nueva.

Por primera vez desde que había comprado el cuaderno rojo, lo que escribió no tenía nada que ver con el caso de los Stillman. Más bien se concentró en las cosas que había visto mientras paseaba. No se detuvo a pensar en lo que estaba haciendo ni analizó las posibles implicaciones de aquel acto inusual. Sentía la necesidad de registrar ciertos hechos y quería escribirlos antes de que se le olvidaran.

Hoy, como nunca antes: los vagabundos, los desarrapados, las mujeres con las bolsas, los marginados y los borrachos. Van desde los simplemente menesterosos hasta los absolutamente miserables. Dondequiera que mires, allí están, en los barrios buenos como en los malos.

Algunos mendigan con una apariencia de orgullo. Dame ese dinero, parecen decir, y pronto volveré a estar entre vosotros, yendo y viniendo apresuradamente en mi rutina cotidiana. Otros han renunciado a la esperanza de salir algún día de su marginalidad. Están ahí despatarrados sobre la acera con un sombrero, una taza o una caja, sin molestarse siquiera en mirar al transeúnte, demasiado derrotados como para dar las gracias a quienes dejan caer una moneda ante ellos. Otros tratan por lo menos de trabajar para ganarse el dinero que les dan: el ciego vendedor de lápices, el borracho que te lava el parabrisas del

coche. Algunos cuentan historias, generalmente trágicos relatos de su propia vida, como para dar a sus benefactores algo a cambio de su bondad, aunque sean sólo palabras.

Otros tienen verdadero talento. Por ejemplo, el viejo negro de hoy que bailaba claqué mientras hacía malabarismos con cigarrillos, aún digno, claramente en otro tiempo un artista de variedades, vestido con un traje morado, una camisa verde y una corbata amarilla, la boca fija en una sonrisa teatral a medias recordada. También están los que hacen dibujos con tizas en la acera y los músicos: saxofonistas, guitarristas, violinistas. Ocasionalmente, incluso te encuentras con un genio, como me ha ocurrido a mí hoy:

Un clarinetista de edad indefinida, con un sombrero que le oscurecía la cara, sentado en la acera con las piernas cruzadas a la manera de un encantador de serpientes. Justo delante de él había dos monos de cuerda, uno con una pandereta y el otro con un tambor. Mientras uno sacudía y el otro golpeaba, marcando un extraño y preciso ritmo, el hombre improvisaba infinitas y minúsculas variaciones con su instrumento, balanceando el cuerpo rígidamente hacia adelante y hacia atrás, imitando enérgicamente el ritmo de los monos. Tocaba con garbo y elegancia, vivas y ondulantes figuras en tono menor, como si estuviera contento de encontrarse allí con sus amigos mecánicos, encerrado en el universo que él mismo había creado, sin levantar los ojos ni una sola vez. Seguía y seguía, al final siempre lo mismo, y sin embargo cuanto más le escuchaba más me costaba marcharme.

Estar dentro de esa música, ser atraído al círculo de sus repeticiones: quizá ése sea un lugar donde uno pueda al fin desaparecer.

Pero los mendigos y los artistas constituyen sólo una pequeña parte de la población vagabunda. Son la aristocracia, la élite de los caídos. Mucho más numerosos son quienes no tienen nada que hacer, ningún sitio adonde ir. Muchos son borrachos, pero ese término no hace justicia a la devastación que encarnan. Sacos de desesperación, cubiertos de harapos, las caras magulladas y sangrantes, avanzan por las calles arrastrando los pies como si llevaran cadenas. Dormidos en las puertas, tambaleándose entre el tráfico, derrumbados en las aceras, parecen estar por todas partes en el momento en que los buscas. Algunos morirán de inanición, otros morirán de frío, otros serán apaleados, quemados o torturados.

Por cada alma perdida en ese infierno particular, hay varias otras encerradas en la locura, incapaces de salir al mundo que se halla al otro lado de sus cuerpos. Aunque parecen estar ahí, no se puede contar con que estén presentes. Por ejemplo, el hombre que va a todas partes con un juego de palillos de tambor, aporreando la acera con ellos a un ritmo precipitado y desatinado, incómodamente encorvado mientras avanza por la calle golpeando insistentemente el cemento. Quizá piensa que está haciendo algo importante. Quizá, si no hiciera lo que hace, la ciudad se vendría abajo. Quizá la luna se saldría de su órbita y se estrellaría contra la tierra. Hay quienes hablan solos, quienes mascullan, quienes gritan, quienes maldicen, quienes gimen, quienes se cuentan historias a sí mismos como si lo hicieran a otra persona. Como el hombre que he visto hoy, sentado como un montón de basura, enfrente de la estación Grand Central, diciendo en voz alta y aterrada mientras la multitud pasaba apresuradamente a su lado: «Tercero de infantería de marina... comiendo abejas... las abejas me salían por la boca.» O la mujer que le gritaba a un compañero invisible: «¡Y qué pasa si no quiero! ¡Y qué pasa si no me da la real gana!»

Hay mujeres con bolsas de plástico y hombres con cajas de cartón, que cargan con sus pertenencias de un sitio a otro, siempre en movimiento, como si importara dónde

estuvieran. Hay un hombre envuelto en la bandera americana. Hay una mujer con una máscara de carnaval en la cara. Hay un hombre con un abrigo andrajoso, los pies envueltos en trapos, que lleva en la mano una percha con una camisa blanca perfectamente planchada, aún enfundada en el plástico de la tintorería. Hay un hombre con traje de ejecutivo, los pies descalzos y un casco de fútbol americano en la cabeza. Hay una mujer cuya ropa está cubierta de los pies a la *cabeza* de chapas de campaña presidencial. Hay un hombre que camina con la cara entre las manos, llorando histéricamente y repitiendo una y otra vez: «No, no, no. Él ha muerto. Él no ha muerto. No, no, no. Él ha muerto. Él no ha muerto.»

Baudelaire: Il me semble que je serais toujours bien là où je ne suis pas. En otras palabras: me parece que siempre seré feliz allí donde no estoy. O, más directamente: dondequiera que no estoy es donde soy yo mismo. O bien, cogiendo el toro por los cuernos: en cualquier parte fuera del mundo.

Era casi de noche. Quinn cerró el cuaderno rojo y se guardó el bolígrafo en el bolsillo. Quería pensar un poco más en lo que había escrito pero descubrió que no podía. El aire a su alrededor era suave, casi dulce, como si ya no perteneciera a la ciudad. Se levantó del banco, estiró los brazos y las piernas y se dirigió a una cabina telefónica, desde donde llamó a Virginia Stillman una vez más. Luego se fue a cenar.

En el restaurante se dio cuenta de que había tomado una decisión. Sin siquiera saberlo, la respuesta ya estaba allí, totalmente formada en su cabeza. La señal de comunicar, ahora lo comprendía, no había sido arbitraria. Era un signo, y le decía que todavía no podía romper su relación con el caso aunque quisiera. Había tratado de contactar con Virginia Stillman para decirle que había terminado con el asunto, pero el destino no se lo había permitido. Quinn se paró a considerar esto. ¿Era «destino» realmente la palabra que quería usar? Parecía una elección demasiado fuerte y anticuada. Y sin embargo, cuando la examinó más a fondo, descubrió que era precisamente lo que quería decir. O, si no precisamente, se acercaba más que ningún otro término que se le ocurriera. Destino en el sentido de lo que era, de lo que resultaba ser. Era algo parecido a la palabra «it» en la frase «it is raining» o «it is night».<sup>7</sup> Quinn nunca había sabido a qué se refería «it». Una condición generalizada de las cosas tal y como eran, quizá; el estado de ser que era el terreno en el que tenían lugar los sucesos del mundo. No podía ser más concreto. Pero quizá en realidad no buscaba nada concreto.

Era el destino, entonces. Pensara lo que pensara, por mucho que deseara que fuese diferente, no podía hacer nada al respecto. Había dicho que sí a una proposición y ahora era impotente para deshacer ese sí. Lo cual significaba una sola cosa: tenía que seguir hasta el final. No podía haber dos respuestas. Era esto o aquello. Y era así, tanto si le gustaba como si no.

Lo de Auster era claramente una equivocación. Quizá había existido alguna vez un detective privado en Nueva York con ese nombre. El marido de la enfermera de Peter era

---

<sup>7</sup> Pronombre neutro de la tercera persona del singular que se usa como sujeto gramatical de verbos y frases impersonales, en las cuales no se traduce. *It is raining*, «llueve»; *it is night*, «es de noche». (*N. de la T.*)

un policía retirado, por lo tanto no era un hombre joven. En sus tiempos sin duda había un Auster con una buena reputación y, naturalmente, había pensado en él cuando le pidieron que les diera el nombre de un detective. Había buscado en la guía telefónica, había encontrado una sola persona con ese nombre y había dado por supuesto que se trataba del mismo hombre. Luego les dio el número a los Stillman. En ese punto se produjo la segunda equivocación. Había una avería en las líneas y de alguna manera su número se cruzó con el de Auster. Esas cosas ocurrían todos los días. Así que él había recibido la llamada que, en cualquier caso, iba destinada al hombre equivocado. Todo encajaba perfectamente.

Quedaba un problema. Si no podía contactar con Virginia Stillman, si, como él creía, se pretendía que *no* contactara con ella, ¿qué debía hacer exactamente? Su trabajo consistía en proteger a Peter, en asegurarse de que no le ocurriera nada malo. ¿Acaso importaba lo que Virginia Stillman pensase que estaba haciendo, siempre y cuando él hiciera lo que tenía que hacer? En teoría un detective debía mantenerse en estrecho contacto con su cliente. Ése había sido siempre uno de los principios de Max Work. Pero ¿era realmente necesario? Con tal que Quinn hiciera su trabajo, ¿qué podía importar? Si había algún malentendido, seguramente podría aclararse una vez que el caso se resolviera.

Entonces, podía proceder como quisiera. Ya no tendría que telefonar a Virginia Stillman. Podría abandonar la oracular señal de comunicar de una vez por todas. A partir de ahora nada le detendría. A Stillman le sería imposible acercarse a Peter sin que Quinn lo supiera.

Quinn pagó la cuenta, se metió un palillo mentolado en la boca y echó a andar de nuevo. No tenía que ir muy lejos. Por el camino se detuvo en un Citibank y pidió su saldo en el cajero automático. Había trescientos cuarenta y nueve dólares en su cuenta. Retiró trescientos, se metió el dinero en el bolsillo y siguió andando. En la calle Cincuenta y siete torció a la izquierda y continuó hasta Park Avenue. Allí torció a la derecha y siguió caminando hacia el norte hasta llegar a la calle Sesenta y nueve. En ese punto torció a la derecha para entrar en la manzana de los Stillman. El edificio tenía el mismo aspecto que el primer día. Miró hacia arriba para ver si había alguna luz en el piso, pero no podía recordar cuáles eran las ventanas de los Stillman. La calle estaba absolutamente tranquila. No pasaban coches ni transeúntes. Quinn cruzó al otro lado, encontró un sitio adecuado en un estrecho callejón y se instaló allí para pasar la noche.

## 12

Pasó mucho tiempo. Cuánto exactamente es imposible saberlo. Semanas ciertamente, pero quizá incluso meses. El relato de este periodo es menos completo de lo que el autor habría deseado. Pero la información es escasa y ha preferido pasar por alto lo que no podía confirmar de un modo definitivo. Dado que esta historia se basa enteramente en hechos, el autor cree que es su deber no sobrepasar los límites de lo verificable, resistirse a toda costa a los peligros de la invención. Incluso el cuaderno rojo, que hasta ahora ha proporcionado una detallada relación de las experiencias de Quinn, es sospechoso. No podemos saber con certeza lo que le sucedió a Quinn durante este periodo, ya que en este punto de la historia es donde él empieza a perder el control.

Permaneció la mayor parte del tiempo en el callejón. No resultaba incómodo una vez que se acostumbró y tenía la ventaja de quedar bien oculto a la vista. Desde allí podía observar todas las idas y venidas al edificio de los Stillman. Nadie podía entrar o salir sin ser visto por él. Al principio le sorprendió no ver a Virginia ni a Peter. Pero había muchos chicos de recados entrando y saliendo constantemente y al fin se dio cuenta de que no tenían necesidad de salir del edificio. Podían encargarlo todo. Fue entonces cuando Quinn comprendió que también ellos estaban escondidos, esperando dentro de su piso a que el caso terminara.

Poco a poco, Quinn se adaptó a su nueva vida. Tuvo que enfrentarse a algunos problemas, pero consiguió resolverlos uno por uno. Antes que nada, estaba la cuestión de la comida. Dado que se le exigía la máxima vigilancia, se resistía a dejar su puesto por mucho rato. Le atormentaba pensar que pudiera suceder algo en su ausencia y se esforzó por minimizar los riesgos. Había leído en alguna parte que entre las 3.30 y las 4.30 de la noche era cuando más personas se hallaban dormidas en sus camas. Estadísticamente hablando, las probabilidades de que no ocurriera nada durante esa hora eran mayores, por lo tanto Quinn eligió ese momento para hacer sus compras. En Lexington Avenue, no lejos de allí, había una tienda de comestibles abierta toda la noche, y a las 3.30 Quinn entraba a paso rápido (para hacer ejercicio y también para ahorrar tiempo) y compraba lo que necesitaba para las siguientes veinticuatro horas. Resultó no ser mucho y a medida que pasaba el tiempo necesitaba cada vez menos. Porque Quinn aprendió que comer no era necesariamente la solución al problema de la alimentación. Una comida no era más que una frágil defensa contra la inevitabilidad de la siguiente comida. El alimento en sí mismo nunca podía ser la respuesta a la cuestión del alimento: solamente retrasaba el momento en que habría que plantear la cuestión en serio. El mayor peligro, por lo tanto, era comer demasiado. Si tomaba más de lo que debía, aumentaba su apetito para la siguiente comida y en consecuencia necesitaba más alimento para satisfacerse. Manteniendo una estrecha y constante vigilancia sobre sí mismo, Quinn pudo invertir el proceso gradualmente. Su

ambición era comer lo menos posible, y de esta manera retrasar su hambre. En el mejor de todos los mundos, tal vez habría podido aproximarse al cero absoluto, pero no quería ser excesivamente ambicioso en sus actuales circunstancias. Prefirió conservar el ayuno absoluto en su mente como un ideal, un estado de perfección al que podía aspirar pero nunca conseguir. Se recordaba a sí mismo todos los días que no quería morir de hambre, simplemente quería darse a sí mismo la libertad de pensar en las cosas que verdaderamente le preocupaban. Por ahora eso significaba mantener el caso en el primer plano de sus pensamientos. Afortunadamente, esto coincidía con su otra ambición principal: hacer que los trescientos dólares le duraran lo más posible. No es preciso decir que Quinn perdió mucho peso durante este periodo.

Su segundo problema era el sueño. No podía permanecer despierto todo el tiempo, pero eso era lo que la situación requería realmente. También en esto se vio obligado a hacer ciertas concesiones. Como ocurría con la comida, Quinn consideró que podía bastarle con menos de lo que tenía por costumbre. En lugar de las seis u ocho horas de sueño a que estaba acostumbrado, decidió limitarse a tres o cuatro. Adaptarse a eso fue difícil, pero mucho más difícil fue el problema de cómo distribuir esas horas para mantener la máxima vigilancia. Estaba claro que no podía dormir tres o cuatro horas seguidas. Los riesgos eran demasiado grandes. Teóricamente, la utilización más eficaz del tiempo sería dormir treinta segundos cada cinco o seis minutos. Eso reduciría casi a cero las probabilidades de perderse algo. Pero se daba cuenta de que aquello era físicamente imposible. Por otra parte, utilizando esta imposibilidad como una especie de modelo, trató de entrenarse para echar una serie de cortos sueñecitos, alternando entre el sueño y la vigilia lo más a menudo que podía. Fue una larga lucha que exigía disciplina y concentración, porque cuanto más duraba el experimento, más agotado se encontraba. Al principio intentó secuencias de cuarenta y cinco minutos cada una, luego gradualmente las redujo a treinta. Hacia el final, había empezado a conseguir la siestecita de quince minutos con bastante éxito. Una iglesia cercana le ayudaba en sus esfuerzos, ya que sus campanas tocaban cada quince minutos: una campanada en el cuarto, dos campanadas en la media, tres campanadas en los tres cuartos y cuatro campanadas en la hora, seguidas del número de campanadas de la hora exacta. Quinn vivía al ritmo de aquel reloj y acabó teniendo dificultad para distinguirlo de sus propias pulsaciones. Empezaba su rutina a medianoche, cerraba los ojos y se dormía antes de que dieran las doce. Quince minutos más tarde se despertaba, con la doble campanada de la media hora se dormía nuevamente y con la triple campanada de los tres cuartos se despertaba otra vez. A las 3.30 iba a comprar su comida, volvía a las 4 y se dormía otra vez. Tuvo pocos sueños durante este periodo. Cuando los tenía, eran extraños: breves visiones de lo inmediato: las manos, los zapatos, la pared de ladrillo que había a su lado. Tampoco hubo nunca un momento en el que no estuviera mortalmente cansado.

Su tercer problema era encontrar cobijo, pero éste lo resolvió más fácilmente que los otros dos. Afortunadamente, el tiempo siguió siendo bueno, y a medida que la primavera se iba convirtiendo en verano, hubo pocas lluvias. De vez en cuando lloviznaba y una o dos veces cayó un aguacero con truenos y relámpagos. Pero en conjunto no estuvo mal, y Quinn no dejaba de dar gracias por su suerte. En el fondo del callejón había un gran contenedor metálico de basura, y cada vez que llovía por la noche, Quinn se metía dentro para protegerse. En el interior el hedor era insoportable e impregnaba su ropa durante días, pero Quinn prefería eso a mojarse, ya que no quería correr el riesgo de coger un resfriado o caer enfermo. Felizmente, la tapa estaba deformada y no ajustaba bien sobre el contenedor.

En una esquina quedaba un hueco de unos quince o veinte centímetros que formaba una especie de respiradero por el que Quinn podía asomar la nariz para aspirar el aire de la noche. Descubrió que poniéndose de rodillas encima de la basura y apoyando el cuerpo contra una pared del contenedor, no estaba totalmente incómodo.

Las noches claras dormía debajo del contenedor, poniendo la cabeza de tal modo que en el momento en que abría los ojos veía el portal del edificio de los Stillman. En cuanto a vaciar la vejiga, generalmente lo hacía al fondo del callejón, detrás del contenedor y de espaldas a la calle. Su intestino era otra historia, y para eso se metía en el contenedor con objeto de asegurarse la intimidad. Al lado del contenedor había también varios cubos de basura de plástico y generalmente Quinn podía encontrar en uno de ellos suficiente papel de periódico limpio como para limpiarse, aunque una vez, en una emergencia, se vio obligado a usar una página del cuaderno rojo. Lavarse y afeitarse eran dos de las cosas de las que Quinn había aprendido a prescindir.

Cómo consiguió mantenerse oculto durante este periodo es un misterio. Pero parece que nadie le descubrió ni advirtió de su presencia a las autoridades. Sin duda aprendió pronto el horario de los basureros y se aseguraba de estar fuera del callejón cuando aparecían. Lo mismo hacía con el portero del edificio, que depositaba la basura todas las noches en el contenedor y los cubos. Por raro que parezca, nadie se fijó nunca en Quinn. Era como si se hubiera fundido con las paredes de la ciudad.

Los problemas de intendencia y vida material ocupaban cierta porción de cada día. Sin embargo, en general Quinn disponía de mucho tiempo. Como no quería que nadie le viera, tenía que evitar a los demás del modo más sistemático posible. No podía mirarles, no podía hablarles, no podía pensar en ellos. Quinn siempre se había considerado un hombre a quien le gustaba estar solo; durante los últimos cinco años, de hecho, había buscado activamente la soledad. Pero solamente ahora, mientras su vida continuaba en el callejón, empezó a comprender la verdadera naturaleza de la soledad. No tenía nada de que echar mano excepto él mismo. Y de todas las cosas que descubrió durante los días que estuvo allí, ésta era la única de la que no le cabía duda: estaba cayendo. Lo que no entendía, sin embargo, era esto: si estaba cayendo, ¿cómo podía sujetarse a la vez? ¿Era posible estar arriba y abajo al mismo tiempo? No parecía tener sentido.

Pasó muchas horas mirando al cielo. Desde su posición en el fondo del callejón, encajado entre el contenedor de basura y la pared, había pocas otras cosas que ver, y a medida que pasaban los días empezó a encontrar placer en el mundo de las alturas. Sobre todo, vio que el cielo nunca estaba quieto. Incluso en días sin nubes, cuando el azul parecía estar por todas partes, había pequeños cambios constantes, graduales perturbaciones cuando el cielo clareaba y se espesaba, repentinas blancuras de aviones, pájaros y papeles voladores. Las nubes complicaban el cuadro, y Quinn pasó muchas tardes estudiándolas, tratando de aprender su comportamiento, viendo si podía predecir lo que les sucedería. Se familiarizó con los cirros, los cúmulos, los estratos, los nimbos y todas sus diversas combinaciones, observando cada una de ellas por turno y viendo cómo cambiaba el cielo bajo su influencia. Las nubes introducían también el aspecto del color y había una amplia gama a la que enfrentarse, que abarcaba del negro al blanco, con una infinidad de grises en medio. Había que investigarlos todos, medirlos y descifrarlos. Además, estaban los tonos pastel que se formaban siempre que el sol y las nubes se mezclaban a ciertas horas del día. El espectro de variables era inmenso, el resultado dependía de la temperatura de los



diferentes niveles de la atmósfera, de los tipos de nubes presentes en el cielo y de dónde se encontraba el sol en ese preciso momento. De todo esto salían los rojos y rosas que tanto le gustaban a Quinn, los púrpuras y bermellones, los naranjas y lavandas, los oros y los malvas evanescentes. Nada duraba mucho rato. Los colores se dispersaban pronto, mezclándose con otros y alejándose o desvaneciéndose cuando se acercaba la noche. Casi siempre había un viento que aceleraba estos acontecimientos. Desde donde estaba sentado en el callejón, Quinn raras veces lo notaba, pero observando su efecto en las nubes podía calcular su intensidad y la naturaleza del aire que transportaba. Una por una, todas las condiciones atmosféricas pasaron sobre su cabeza, del sol a la tormenta, de un cielo encapotado a un cielo radiante. Había amaneceres y crepúsculos que observar, las transformaciones del mediodía, de la tarde, de la noche. Ni siquiera en su negrura el cielo descansaba. Las nubes se desplazaban en la oscuridad, la luna tenía siempre una forma diferente, el viento continuaba soplando. A veces una estrella se instalaba en el trozo de cielo de Quinn y mientras la contemplaba se preguntaba si seguiría estando allí o si se había apagado mucho tiempo atrás.

Así pasaron los días. Stillman no aparecía. Al final Quinn se quedó sin dinero. Al principio intentó prevenirse para ese momento y en los últimos días reservaba sus fondos con maniática precisión. No gastaba ni un céntimo sin valorar primero la necesidad de lo que creía necesitar, sin sopesar primero todas las consecuencias, los pros y los contras. Pero ni siquiera las más severas economías pudieron detener la llegada de lo inevitable.

Hacia mediados de agosto Quinn descubrió que ya no podía resistir más. El autor ha confirmado esta fecha por medio de diligentes investigaciones. Es posible, sin embargo, que este momento se produjera a finales de julio o a principios de septiembre, ya que toda investigación de esta clase debe contemplar cierto margen de error. Pero, según su leal entender, habiendo considerado las pruebas cuidadosamente y examinado todas las aparentes contradicciones, el autor sitúa los siguientes sucesos en agosto, en algún momento entre el doce y el veinticinco de ese mes.

Quinn no tenía ya casi nada, unas cuantas monedas que no llegaban a un dólar. Estaba seguro de que habría recibido dinero durante su ausencia. Era simplemente cuestión de retirar los cheques de su apartado de correos, llevarlos al banco y cobrarlos. Si todo iba bien, podría estar de vuelta en la Sesenta y nueve Este al cabo de pocas horas. Nunca sabremos los tormentos que sufrió por tener que dejar su puesto.

No tenía suficiente dinero para coger el autobús. Por primera vez en muchas semanas, echó a andar. Era extraño estar de nuevo en marcha, moviéndose constantemente de un sitio a otro, balanceando los brazos hacia detrás y hacia adelante, notando el pavimento bajo las suelas de sus zapatos. Y sin embargo allí estaba, caminando hacia el oeste por la calle Sesenta, torciendo a la derecha al llegar a Madison Avenue y comenzando su andadura hacia el norte. Notaba las piernas débiles y le parecía que tenía la cabeza llena de aire. Debía detenerse de vez en cuando para coger aliento y una vez, a punto de caerse, tuvo que agarrarse a una farola. Descubrió que las cosas iban mejor si levantaba los pies lo menos posible, avanzando despacio y arrastrando los pies. De esta manera podía reservar

sus fuerzas para las esquinas, donde tenía que equilibrarse cuidadosamente antes de bajar y subir el bordillo.

En la calle Ochenta y cuatro se detuvo momentáneamente delante de una tienda. Había un espejo en la fachada y, por primera vez desde que había comenzado su vigilia, Quinn se vio. No era que hubiese temido enfrentarse a su imagen. Sencillamente, no se le había ocurrido. Había estado demasiado ocupado con su trabajo para pensar en sí mismo y era como si la cuestión de su aspecto hubiera dejado de existir. Ahora, mientras se miraba en el espejo de la tienda, no se sintió espantado ni decepcionado. No sintió nada al respecto, porque lo cierto es que no se reconoció en la persona que veía allí. Pensó que había visto a un desconocido en el espejo y en ese primer momento dio media vuelta rápidamente para ver quién era. Pero no había nadie cerca de él. Entonces se volvió otra vez para examinar el espejo más atentamente. Rasgo por rasgo, estudió la cara que tenía delante y lentamente empezó a advertir que aquella persona tenía cierto parecido con el hombre que siempre había sido él. Sí, parecía más que probable que aquél fuese Quinn. Sin embargo, ni siquiera entonces se disgustó. La transformación en su aspecto había sido tan drástica que no pudo evitar sentirse fascinado por ella. Se había convertido en un vagabundo. Su ropa estaba descolorida, desmadejada, corrompida por la suciedad. Tenía la cara cubierta de una espesa barba negra con diminutas manchas blancas. Llevaba el pelo largo y enmarañado, en mechones enredados detrás de las orejas y cayendo en rizos casi hasta los hombros. Más que nada, se recordó a Robinson Crusoe, y se maravilló de lo rápidamente que se habían producido aquellos cambios. Había sido únicamente cuestión de meses, y en ese tiempo se había convertido en otra persona. Trató de acordarse de cómo era antes, pero le resultó difícil. Miró a aquel nuevo Quinn y se encogió de hombros. En realidad, no importaba. Antes era una cosa y ahora era otra. Ni mejor ni peor. Era diferente, nada más.

Continuó andando varias manzanas más, luego torció a la izquierda, cruzó la Quinta Avenida y siguió a lo largo de la tapia de Central Park. En la calle Noventa y seis entró en el parque y se alegró de encontrarse entre la hierba y los árboles. Lo avanzado del verano había secado buena parte del verdor y el suelo estaba salpicado de parches marrones y polvorientos. Pero los árboles seguían llenos de hojas y por todas partes había un centelleo de luz y sombra que a Quinn le pareció milagroso y bellísimo. Era por la mañana y faltaban varias horas para el intenso calor de la tarde.

En medio del parque le venció una urgente necesidad de descansar. Allí no había calles, no había manzanas que marcaran las etapas de su camino y de pronto le pareció que llevaba horas andando. Tuvo la sensación de que llegar al otro lado del parque le costaría un día o dos de obstinado caminar. Siguió unos minutos más, pero al fin sus piernas cedieron. Había un roble no lejos de donde estaba y Quinn se dirigió a él, tambaleándose como un borracho camino de su cama después de toda una noche de juerga. Utilizando el cuaderno rojo como almohada, se tumbó en un montículo herboso en el lado norte del árbol y se quedó dormido. Era el primer sueño ininterrumpido que se permitía en meses, y no se despertó hasta la mañana del día siguiente.

Su reloj marcaba las nueve y media y se encogió al pensar en el tiempo que había perdido. Se levantó y echó a correr a medio galope en dirección oeste, asombrado de haber recuperado sus fuerzas, pero maldiciéndose por las horas que había desperdiciado en ello. No tenía consuelo. Hiciera lo que hiciera ahora, le parecía que siempre llegaría demasiado tarde. Podría correr cien años y seguiría llegando justo cuando las puertas se cerraban.

Salió del parque en la calle Noventa y seis y siguió hacia el oeste. En la esquina de la Columbus Avenue vio una cabina telefónica, lo cual le recordó repentinamente a Auster y el cheque de quinientos dólares. Tal vez podría ahorrar tiempo recogiendo el dinero ahora. Podría ir directamente a casa de Auster, meterse el dinero en el bolsillo y evitarse el viaje a la oficina de correos y el banco. Pero ¿tendría Auster el dinero a mano? Si no, quizá podrían quedar en el banco de Auster.

Quinn entró en la cabina, rebuscó en su bolsillo y sacó el dinero que le quedaba: dos monedas de diez centavos, una de veinticinco y ocho peniques. Llamó a información para pedir el número, recuperó su moneda de diez en la cajita de devolución, volvió a depositarla y marcó. Auster cogió el teléfono al tercer timbrado.

—Soy Quinn —dijo.

Oyó un gruñido al otro lado.

—¿Dónde diablos se ha metido? —Había irritación en la voz de Auster—. Le he llamado mil veces.

—He estado ocupado. Trabajando en el caso.

—¿El caso?

—El caso. El caso Stillman. ¿Recuerda?

—Claro que recuerdo.

—Por eso le llamo. Quiero ir a buscar el dinero ahora. Los quinientos dólares.

—¿Qué dinero?

—El cheque, ¿se acuerda? El cheque que le di. El que estaba a nombre de Paul Auster.

—Por supuesto que me acuerdo. Pero no hay dinero. Por eso he estado intentando hablar con usted.

—No tenía ningún derecho a gastárselo —gritó Quinn, repentinamente fuera de sí—. Ese dinero me pertenecía.

—No me lo he gastado. Me devolvieron el cheque.

—No le creo.

—Puede usted venir aquí y ver la carta del banco, si quiere. La tengo encima de la mesa. Era un cheque sin fondos.

—Eso es absurdo.

—Sí, lo es. Pero ya no importa, ¿verdad?

—Claro que importa. Necesito el dinero para continuar con el caso.

—Pero si ya no hay caso. Todo ha terminado.

—¿De qué está usted hablando?

—De lo mismo que usted. Del caso Stillman.

—Pero ¿qué quiere usted decir con lo de que ha terminado? Yo sigo trabajando en él.

—No puedo creerlo.

—No sea tan condenadamente misterioso. No tengo ni la menor idea de qué me está usted hablando.

—No puedo creer que no lo sepa. ¿Dónde diablos ha estado usted? ¿No lee los periódicos?

—¿Los periódicos? Maldita sea, diga lo que tenga que decir. Yo no tengo tiempo de leer los periódicos.

Hubo un silencio al otro lado de la línea y por un momento Quinn pensó que la conversación había terminado, que de alguna manera se había quedado dormido y acababa de despertarse con el teléfono en la mano.

—Stillman se tiró del puente de Brooklyn —dijo Auster—. Se suicidó hace dos meses y medio.

—Está usted mintiendo.

—Apareció en todos los periódicos. Puede usted comprobarlo.

Quinn no dijo nada.

—Era su Stillman —continuó Auster—. El que había sido catedrático de la Columbia. Dicen que murió en el aire antes de llegar al agua.

—¿Y Peter? ¿Qué hay de Peter?

—No tengo ni idea.

—¿Lo sabe alguien?

—Imposible saberlo. Tendrá que averiguarlo usted mismo.

—Sí, supongo que sí —dijo Quinn.

Luego, sin despedirse de Auster, colgó. C cogió la otra moneda de diez centavos y la utilizó para llamar a Virginia Stillman. Todavía se sabía el número de memoria.

Una voz mecánica le repitió el número y le comunicó que había sido desconectado. La voz repitió el mensaje y luego la línea se cortó.

Quinn no estaba seguro de lo que sentía. En aquellos primeros momentos fue como si no sintiera nada, como si todo aquello no tuviera el menor sentido. Decidió posponer el pensar en ello. Ya habría tiempo para eso más tarde. Por ahora, lo único que parecía importar era irse a casa. Regresar a su apartamento, quitarse la ropa y darse un baño caliente. Luego hojearía las revistas nuevas, pondría algún disco, limpiaría un poco la casa. Entonces, quizá, empezaría a pensar en ello.

Volvió a la calle Ciento siete. Las llaves de su casa seguían en su bolsillo y mientras abría la puerta del portal y subía los tres tramos de escalera hasta su piso, se sintió casi feliz. Pero entonces entró en el apartamento y se acabó toda su alegría.

Todo había cambiado. Parecía un lugar totalmente distinto y Quinn pensó que tal vez había entrado en otro apartamento por equivocación. Volvió al vestíbulo y comprobó el número de la puerta. No, no se había equivocado. Era su apartamento; era su llave la que había abierto la puerta. Volvió a entrar y evaluó la situación. Habían cambiado de sitio los muebles. Donde antes había una mesa ahora había una silla. Donde antes se hallaba el sofá ahora había una mesa. Había cuadros nuevos en las paredes, una alfombra nueva en el suelo. ¿Y su mesa? La buscó pero no pudo encontrarla. Estudió los muebles más atentamente y vio que no eran los suyos. Se habían llevado los muebles que tenía la última vez que estuvo en el apartamento. Su mesa había desaparecido, sus libros habían desaparecido, los dibujos de su hijo muerto habían desaparecido. Pasó del cuarto de estar al dormitorio. Su cama había desaparecido, su cómoda había desaparecido. Abrió el cajón superior de la cómoda que estaba allí. Había ropa interior de mujer entremezclada en montones: panties, sujetadores, braguitas. El cajón siguiente contenía jerséis de mujer. Quinn no siguió investigando. En una mesa cerca de la cama había una fotografía enmarcada de un hombre joven, rubio y con la cara carnosa. Otra fotografía mostraba al mismo joven sonriente, de pie en la nieve, rodeando con el brazo a una chica de aspecto corriente. Ella también sonreía. Detrás de ellos había una pendiente, un hombre con dos esquís al hombro y el cielo azul invernal.

Quinn volvió al cuarto de estar y se sentó en un sillón. Vio en un cenicero un cigarrillo a medio fumar manchado de barra de labios. Lo encendió y se lo fumó. Luego entró en la cocina, abrió la nevera y encontró un poco de zumo de naranja y una barra de pan. Se bebió el zumo, se comió tres rebanadas de pan y luego regresó al cuarto de estar, donde volvió a sentarse en el sillón. Quince minutos más tarde, oyó pasos que subían la escalera, un repiqueteo de llaves fuera de la puerta y la chica de la fotografía que entraba. Llevaba un uniforme de enfermera blanco y sostenía entre los brazos una bolsa marrón de comestibles. Cuando vio a Quinn dejó caer la bolsa y chilló. O bien primero chilló y luego dejó caer la bolsa. Quinn nunca pudo estar seguro. La bolsa se rompió al dar contra el suelo y la leche resbaló formando un camino blanco hacia el borde de la alfombra.

Quinn se puso de pie, alzó la mano en un gesto de paz y le dijo que no se preocupara. No iba a hacerle daño. Lo único que quería era saber por qué estaba viviendo en su apartamento. Sacó la llave de su bolsillo y la sostuvo en alto como para demostrar sus buenas intenciones. Tardó un rato en convencerla pero al fin el pánico de ella disminuyó.

Eso no quería decir que hubiera empezado a confiar en él o que estuviera menos asustada. Se quedó junto a la puerta abierta, dispuesta a echar a correr a la primera señal de peligro. Quinn mantuvo la distancia, dispuesto a no empeorar las cosas. Su boca no cesaba de hablar, explicando una y otra vez que ella estaba viviendo en su casa. Estaba claro que ella no creía una palabra de lo que le decía, pero le escuchaba para seguirle la corriente, sin duda confiando en que él terminase de hablar y finalmente se marchara.

—Llevo un mes viviendo aquí —dijo ella—. Es mi apartamento. He firmado un contrato de un año.

—Pero ¿por qué tengo yo la llave? —preguntó Quinn por séptima u octava vez—. ¿No la convence eso?

—Hay cientos de maneras por las que puede usted tener esa llave.

—¿No le dijeron que había alguien viviendo aquí cuando alquiló usted el apartamento?

—Me dijeron que era un escritor. Pero había desaparecido. Llevaba meses sin pagar el alquiler.

—¿Ése soy yo! —exclamó Quinn—. ¡Yo soy el escritor!

La chica le miró fríamente y se echó a reír.

—¿Escritor? Eso es lo más divertido que he oído nunca. Mírese. En mi vida he visto mayor desastre.

—He tenido algunos problemas últimamente —murmuró Quinn a modo de explicación—. Pero son sólo temporales.

—El casero me dijo que se alegraba de librarse de usted. No le gustan los inquilinos que no tienen un puesto de trabajo. Utilizan demasiada calefacción y estropean las instalaciones.

—¿Sabe usted qué ha sido de mis cosas?

—¿Qué cosas?

—Mis libros. Mis muebles. Mis papeles.

—No tengo ni idea. Probablemente vendió lo que pudo y tiró el resto. El apartamento estaba vacío cuando yo me mudé.

Quinn dio un profundo suspiro. Había llegado al final de sí mismo. Lo sentía ahora, como si al fin se le hubiera revelado una gran verdad. No quedaba nada.

—¿Se da cuenta de lo que esto significa? —preguntó.

—Francamente, me tiene sin cuidado —dijo la chica—. Es su problema, no el mío. Yo sólo quiero que salga de aquí. Ahora mismo. Ésta es mi casa y quiero que se vaya. Si no se marcha, llamaré a la policía para que le arresten.

Ya daba igual. Podría quedarse allí discutiendo con la chica todo el día y seguiría sin recuperar su apartamento. Lo había perdido, él se había perdido, todo estaba perdido. Tartamudeó algo inaudible, se disculpó por robarle su tiempo, pasó por su lado y salió por la puerta.

## 13

Como ya no le importaba lo que sucediera, a Quinn no le sorprendió que el portal del edificio de la calle Sesenta y nueve se abriera sin llave. Tampoco le sorprendió, cuando llegó a la novena planta y recorrió el pasillo hasta el piso de los Stillman, que aquella puerta también estuviese abierta. Y lo que menos le sorprendió fue encontrar el piso vacío. El lugar había sido despojado de todo y las habitaciones no contenían nada. Eran todas idénticas: un suelo de madera y cuatro paredes blancas. Esto no le causó ninguna impresión especial. Estaba agotado y sólo pensaba en cerrar los ojos.

Fue a una de las habitaciones del fondo del piso, un pequeño espacio que no medía más de tres metros por uno y medio. Tenía una ventana con tela metálica que daba a un estrecho patio y de todas las habitaciones parecía la más oscura. Dentro de esta habitación había una segunda puerta que llevaba a un cubículo sin ventana que contenía un retrete y un lavabo. Quinn puso el cuaderno rojo en el suelo, sacó el bolígrafo del sordomudo de su bolsillo y lo tiró sobre el cuaderno. Luego se quitó el reloj y se lo metió en el bolsillo. Después se quitó la ropa, abrió la ventana y una por una dejó caer cada prenda al patio: primero el zapato derecho, luego el izquierdo; un calcetín, luego el otro; la camisa, la chaqueta, los calzoncillos, los pantalones. No se asomó para verlos caer ni comprobó dónde caían. Luego cerró la ventana, se tumbó en el suelo y se durmió.

Estaba oscuro cuando despertó. Quinn no podía estar seguro de cuánto tiempo había transcurrido, de si era la noche de aquel día o la noche del siguiente. Incluso era posible, pensó, que no fuese de noche. Quizá simplemente estaba oscuro dentro de la habitación y fuera, más allá de la ventana, brillaba el sol. Durante unos momentos pensó en levantarse e ir a la ventana a mirar, pero luego decidió que no importaba. Si ahora no era de noche, pensó, se haría de noche más tarde. Eso era seguro, y tanto si miraba por la ventana como si no, la respuesta sería la misma. Por otra parte, si era de noche allí en Nueva York, seguramente el sol brillaría en algún otro lugar. En China, por ejemplo, sin duda sería media tarde y los recolectores de arroz estarían enjugándose el sudor de la frente. Noche y día no eran más que términos relativos; no se referían a una condición absoluta. En cualquier momento dado, siempre era de noche y de día. La única razón de que no lo supiéramos era que no podíamos estar en dos lugares a la vez.

Quinn pensó también en levantarse e ir a otra habitación, pero luego se dio cuenta de que estaba muy a gusto donde estaba. El sitio que había elegido era cómodo y descubrió que le gustaba estar tumbado de espaldas con los ojos abiertos, mirando al techo, o lo que habría sido el techo, si hubiese podido verlo. Sólo le faltaba una cosa, y era el cielo. Se dio cuenta de que echaba de menos tenerlo sobre su cabeza después de tantos días y noches pasados a la intemperie. Pero ahora estaba en un interior, y eligiera la habitación que

eligiera para acampar, el cielo seguiría estando oculto, inaccesible incluso al límite más lejano de la vista.

Pensó que se quedaría allí hasta que no pudiera más. Habría agua en el lavabo para calmar su sed y eso le permitiría ganar tiempo. Finalmente sentiría hambre y tendría que comer. Pero llevaba tanto tiempo preparándose para necesitar poquísimos que sabía que pasarían varios días hasta que llegara ese momento. Decidió no pensar en ello mientras no tuviera que hacerlo. No tenía sentido preocuparse, pensó, no tenía sentido inquietarse por cosas que no importaban.

Trató de pensar en la vida que había vivido antes de que comenzara aquella historia. Le costó un gran esfuerzo, ya que ahora le parecía muy remota. Se acordó de los libros que había escrito con el nombre de William Wilson. Era extraño, pensó, que hubiera hecho aquello, y se preguntó por qué lo hacía. En su corazón comprendió que Max Work estaba muerto. Había muerto en algún lugar camino de su siguiente caso, y Quinn no conseguía lamentarlo. Ahora todo le parecía poco importante. Pensó en su mesa de trabajo y en los miles de palabras que había escrito allí. Pensó en el hombre que había sido su agente y se dio cuenta de que no recordaba su nombre. Estaban desapareciendo tantas cosas que era difícil seguirles la pista. Quinn trató de recordar la alineación de los Mets, posición por posición, pero su mente empezaba a desvariar. El centrocampista, recordó, era Mookie Wilson, un joven prometedor cuyo verdadero nombre era William Wilson. Seguramente había algo interesante ahí. Quinn persiguió la idea durante unos momentos pero luego la abandonó. Los dos William Wilson se anulaban el uno al otro. Eso era todo. Quinn se despidió de ambos mentalmente. Los Mets acabarían en el último puesto de la clasificación una vez más y nadie sufriría por ello.

Cuando volvió a despertarse, el sol entraba en la habitación. Había una bandeja con comida a su lado en el suelo, en los platos humeaba lo que parecía carne asada. Quinn aceptó aquello sin protestar. No se quedó sorprendido ni perturbado por ello. Sí, se dijo, es perfectamente posible que me dejen comida aquí. No sintió curiosidad por saber cómo o por qué había sucedido aquello. Ni siquiera se le ocurrió salir de la habitación para buscar la respuesta en el resto del piso. Examinó la comida de la bandeja más atentamente y vio que además de los dos grandes trozos de carne asada había siete patatitas asadas, un plato de espárragos, un panecillo tierno, una ensalada, una jarra de vino tinto, unas tajadas de queso y una pera de postre. Había una servilleta de hilo blanco y los cubiertos eran de la mejor calidad. Quinn se tomó la comida, o más bien la mitad de ella, que fue lo máximo que pudo tragar.

Después de su almuerzo empezó a escribir en el cuaderno rojo. Siguió escribiendo hasta que la oscuridad volvió a la habitación. Había una pequeña lámpara en medio del techo y un interruptor junto a la puerta, pero la idea de utilizarlo no le atrajo. Poco después se durmió de nuevo. Cuando despertó, había luz del sol en la habitación y otra bandeja con comida a su lado en el suelo. Comió lo que pudo y luego volvió a escribir en el cuaderno rojo.

La mayor parte de las anotaciones de este periodo consisten en cuestiones marginales relativas al caso Stillman. Quinn se preguntaba, por ejemplo, por qué no se había molestado en buscar las noticias del arresto de Stillman en los periódicos de 1969. Examinaba el problema de si el aterrizaje en la luna de ese mismo año había estado



relacionado de alguna manera con lo sucedido. Se preguntaba por qué se había fiado de la palabra de Auster cuando le dijo que Stillman había muerto. Trataba de pensar en los huevos y escribía frases tales como «Un buen huevo», «Él tenía huevo en la cara», «Poner un huevo», «Ser tan parecidos como dos huevos». Se preguntaba qué habría sucedido si hubiese seguido al segundo Stillman en lugar de al primero. Se preguntaba por qué San Cristóbal, el patrón de los viajes, había sido descanonizado por el Papa en 1969, justo en la época del viaje a la luna. Reflexionaba sobre la cuestión de por qué don Quijote no había querido simplemente escribir libros como los que tanto le gustaban, en vez de vivir sus aventuras. Se preguntaba por qué tenía él las mismas iniciales que don Quijote. Consideraba la posibilidad de que la chica que se había trasladado a su apartamento fuese la misma que había visto en la estación Grand Central leyendo su libro. Se preguntaba si Virginia Stillman habría contratado a otro detective cuando él dejó de ponerse en contacto con ella. Se preguntaba por qué había creído a Auster cuando le dijo que le habían devuelto el cheque. Pensaba en Peter Stillman y se preguntaba si habría dormido alguna vez en la habitación en la que él estaba ahora. Se preguntaba si el caso había terminado realmente o si de alguna manera continuaba trabajando en él. Se preguntaba qué aspecto tendría el mapa de todos los pasos que había dado en su vida y qué palabra se escribiría con ellos.

Cuando estaba oscuro, dormía, y cuando había luz, comía y escribía en el cuaderno rojo. Nunca estaba seguro de cuánto tiempo había transcurrido en cada intervalo, ya que no se molestaba en contar los días o las horas. Le parecía, sin embargo, que poco a poco la oscuridad había comenzado a ganar a la luz, que mientras al principio había un predominio de sol, gradualmente la luz se había vuelto más tenue y pasajera. Primero lo atribuyó a un cambio de estación. Seguramente ya había pasado el equinoccio y quizá se aproximaba el solsticio. Pero incluso después de que llegara el invierno y teóricamente el proceso hubiera debido empezar a invertirse, Quinn observaba que los periodos de oscuridad continuaban ganando a los periodos de luz. Le parecía que cada vez tenía menos tiempo para comer y escribir en el cuaderno rojo. Finalmente le pareció que estos periodos habían quedado reducidos a una cuestión de minutos. Una vez, por ejemplo, terminó su comida y descubrió que sólo tenía suficiente tiempo para escribir tres frases en el cuaderno rojo. La siguiente vez que hubo luz, sólo pudo escribir dos frases. Empezó a saltarse las comidas para dedicarse al cuaderno rojo, comiendo sólo cuando le parecía que no podía aguantar más. Pero el tiempo continuaba disminuyendo y pronto no pudo comer más que un bocado o dos antes de que volviera la oscuridad. No se le ocurrió encender la luz eléctrica porque hacía tiempo que había olvidado que la tenía.

Este periodo de creciente oscuridad coincidió con la disminución de las páginas del cuaderno rojo. Poco a poco Quinn estaba llegando al final. En un momento dado comprendió que cuanto más escribiera, antes llegaría el momento en que ya no podría escribir más. Empezó a pesar sus palabras con gran cuidado, haciendo un esfuerzo por expresarse del modo más económico y claro posible. Lamentó haber desperdiciado tantas páginas al principio del cuaderno y hasta llegó a sentir haberse molestado en escribir sobre el caso Stillman. Porque ahora había dejado el caso muy atrás y ya no se tomaba la molestia de pensar en él. Había sido un puente hacia otro lugar en su vida, y ahora que lo había cruzado, había perdido su significado. Quinn ya no sentía el menor interés por sí mismo. Escribía acerca de las estrellas, la tierra, sus esperanzas para la humanidad. Sentía que sus palabras habían quedado separadas de él, que ahora formaban parte del ancho mundo, tan reales y específicas como una piedra, un lago o una flor. Ya no tenían nada que ver con él.

Recordaba el momento de su nacimiento y cómo había sido arrancado suavemente del útero de su madre. Recordaba la infinita bondad del mundo y de todas las personas a las que había amado. Ya nada importaba excepto la belleza de todo esto. Quería continuar escribiendo acerca de ello y le dolía saber que no sería posible. No obstante, trató de enfrentarse al final del cuaderno rojo con valor. Se preguntó si sería capaz de escribir sin pluma, si podría aprender a hablar en lugar de escribir, llenando la oscuridad con su voz, diciendo las palabras al aire, a las paredes, a la ciudad, incluso aunque la luz no volviera nunca más.

La última frase del cuaderno rojo dice: «¿Qué sucederá cuando no haya más páginas en el cuaderno rojo?»

En este punto la historia se vuelve oscura. La información se agota y los sucesos que siguieron a esta última frase nunca se sabrán. Sería estúpido incluso aventurar una hipótesis.

Regresé de mi viaje a África en febrero, justo unas horas antes de que comenzara a caer una nevada sobre Nueva York. Llamé a mi amigo Auster esa tarde y él me insistió en que fuese a verle en cuanto pudiera. Había algo tan apremiante en su voz que no me atreví a negarme, aunque estaba agotado.

En su piso Auster me explicó lo poco que sabía de Quinn y luego pasó a describirme el extraño caso en el que se había visto envuelto accidentalmente. Había llegado a obsesionarle, me dijo, y quería que le aconsejara respecto a lo que debía hacer. Después de oírle hasta el final, empecé a enojarme con él por haber tratado a Quinn con tanta indiferencia. Le regañé por no haber participado más en aquellos sucesos, por no haber hecho algo para ayudar a un hombre que tan evidentemente tenía problemas.

Auster pareció tomarse mis palabras muy a pecho. Me dijo que por eso me había pedido que fuera. Se sentía culpable y necesitaba desahogarse. Me dijo que yo era la única persona en quien podía confiar.

Había pasado los últimos meses tratando de localizar a Quinn, pero sin éxito. Quinn ya no vivía en su apartamento y todos sus intentos de encontrar a Virginia Stillman habían fracasado. Fue entonces cuando le sugerí que echáramos un vistazo al piso de los Stillman. No sé cómo, tuve la intuición de que allí era donde Quinn había acabado.

Nos pusimos el abrigo, salimos y cogimos un taxi hasta la calle Sesenta y nueve Este. Nevaba desde hacía una hora y las calles ya presentaban peligro. Tuvimos poca dificultad para entrar en el edificio, nos colamos por la puerta con uno de los inquilinos que llegaba en ese momento. Subimos y encontramos la puerta de lo que había sido el piso de los Stillman. Estaba abierta. Entramos cautelosamente y descubrimos una serie de habitaciones vacías. En un cuarto pequeño al fondo, impecablemente limpio como todas las demás habitaciones, vimos el cuaderno rojo tirado en el suelo. Auster lo cogió, lo hojeó brevemente y dijo que era de Quinn. Luego me lo entregó y me pidió que lo guardara. El asunto le había trastornado tanto que temía quedárselo él. Le dije que lo conservaría hasta que estuviera en condiciones de leerlo, pero negó con la cabeza y me contestó que no

quería verlo nunca más. Luego salimos y caminamos bajo la nieve. La ciudad estaba enteramente blanca y la nieve seguía cayendo, como si no fuera a cesar nunca.

Por lo que respecta a Quinn, me es imposible decir dónde está ahora. He seguido el cuaderno rojo lo más atentamente que he podido y cualquier inexactitud en la historia debe atribuírseme a mí. Había momentos en que el texto resultaba difícil de descifrar, pero he hecho todo lo que he podido y me he abstenido de cualquier interpretación. El cuaderno rojo, por supuesto, es sólo la mitad de la historia, como cualquier lector sensible entenderá. En cuanto a Auster, estoy convencido de que se portó mal desde el principio al fin. Si nuestra amistad ha terminado, él es el único culpable. En cuanto a mí, sigo pensando en Quinn. Siempre estará conmigo. Y se encuentre donde se encuentre, le deseo suerte.